

ACUARELAS DE LA TOLUCA DESAPARECIDA
ENCUENTROS Y DIÁLOGOS ENTRE LA VISTA Y LA MEMORIA

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Luja
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

AYUNTAMIENTO DE TOLUCA

Doctor en Derecho Parlamentario
Raymundo Edgar Martínez Carbajal
Presidente Municipal Constitucional de Toluca

Licenciado en Ciencias Políticas y Administración Pública
Jorge Fernando Fuentes Zepeda
Coordinador de Cultura y Turismo

ACUARELAS DE LA TOLUCA DESAPARECIDA

Encuentros y diálogos entre la vista y la memoria

Gerardo Novo Valencia

Benito Nogueira Ruiz

Ricardo Barraza Sánchez Armass

Coordinadores



Universidad Autónoma
del Estado de México



Ayuntamiento de Toluca
2022-2024

“2022, Celebración de los 195 Años de la Apertura de las Clases en el Instituto Literario”

Primera edición, abril 2022

Acuarelas de la Toluca desaparecida

Encuentros y diálogos entre la vista y la memoria

Gerardo Novo Valencia

Benito Nogueira Ruiz

Ricardo Barraza Sánchez Armass

Coordinadores

D. R. © Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: 722 481 1800

<http://www.uaemex.mx>

Registro Nacional de Instituciones y Empresas Científicas y Tecnológicas (Reniecyt): 1800233

D. R. © Ayuntamiento de Toluca

Av. Independencia Pte. 207

Centro, Toluca de Lerdo, México

C.P. 50000

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Autónoma del Estado de México.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

ISBN: 978-607-633-438-6 (Universidad Autónoma del Estado de México)

ISBN: 978-607-97541-3-6 (Ayuntamiento de Toluca)

Impreso y hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de las personas autoras.



CONTENIDO

| | |
|--|----|
| PRESENTACIÓN | 11 |
| PRÓLOGO | 13 |
| INTRODUCCIÓN | 15 |
| ADVERTENCIA | 19 |
| | |
| PANORÁMICA ANTIGUA DE TOLUCA | 25 |
| ANTIGUO CAMPO DE AVIACIÓN | 27 |
| CONVENTO FRANCISCANO | 29 |
| TEMPLO DEL CARMEN | 31 |
| CALLEJÓN DEL CARMEN | 33 |
| EXTERIOR DEL PORTAL MADERO | 35 |
| INTERIOR DEL PORTAL 20 DE NOVIEMBRE | 37 |
| FISIOLOGÍA DE LOS PORTALES | 39 |
| FUENTE DE LEDA Y EL CISNE | 41 |
| ANTIGUA PLAZA PRINCIPAL DE TOLUCA | 43 |
| PALACIO VIEJO Y JARDÍN | 45 |
| PALACIO DE GOBIERNO Y JARDÍN DE LOS MÁRTIRES | 47 |
| PALACIO MUNICIPAL | 49 |
| CALLE DE LA CONCORDIA | 51 |
| ANTIGUA ESTACIÓN DEL FERROCARRIL NACIONAL MEXICANO | 53 |

| | |
|--|-----|
| MANIOBRAS EN LA ANTIGUA ESTACIÓN DEL FERROCARRIL | 55 |
| ESTACIÓN CON EL TREN HACIA MÉXICO | 57 |
| PALACIO DE GOBIERNO Y ARCO TRIUNFAL | 59 |
| EL PÓRTICO DE LA EXPOSICIÓN, 1883 | 61 |
| COMPAÑÍA CERVECERA TOLUCA Y MÉXICO, S.A. | 63 |
| ANTIGUA CERVECERÍA | 65 |
| CALLE DE LA LIBERTAD | 67 |
| CALLE DE JUÁREZ | 69 |
| CALLE DE LA LEY CON TRANVÍA | 71 |
| AVENIDA JOSÉ VICENTE VILLADA | 73 |
| CASA DEL RISCO | 75 |
| ANTIGUO MOLINO DE LA UNIÓN | 77 |
| JARDÍN DE LOS MÁRTIRES | 79 |
| CASA BARBABOSA | 81 |
| CASA BARBABOSA Y FUENTE | 83 |
| PASEO COLÓN Y QUIOSCO | 85 |
| CALZADA O PASEO COLÓN | 87 |
| FUENTE DEL CENTENARIO | 89 |
| LA GLORIETA LLAMADA EL ÁGUILA | 91 |
| MONUMENTO A CRISTÓBAL COLÓN | 93 |
| CALZADA Y PANTEÓN DE LA SOLEDAD | 95 |
| ANTIGUO COLEGIO DEL BEATO GABRIEL | 97 |
| CASA DE LAS DILIGENCIAS Y AVENIDA JUÁREZ | 99 |
| LAVADEROS PÚBLICOS | 101 |
| ANTIGUO JARDÍN MORELOS | 103 |

| | |
|---|-----|
| PALACIO DE GOBIERNO Y JARDÍN DE LOS MÁRTIRES | 105 |
| HOSPITAL GENERAL | 107 |
| HOSPITAL GENERAL JOSÉ VICENTE VILLADA | 109 |
| MONUMENTO A MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA | 111 |
| COLEGIO GUADALUPANO | 113 |
| ESTACIÓN DEL FERROCARRIL TOLUCA-TENANGO | 115 |
| EL EDIFICIO INSTITUTENSE | 117 |
| ANTIGUO INSTITUTO LITERARIO | 119 |
| INSTITUTO CIENTÍFICO Y LITERARIO | 121 |
| CÁRCEL CENTRAL | 123 |
| ANTIGUO MERCADO 16 DE SEPTIEMBRE | 125 |
| ARCO EFÍMERO DE LA CARRETERA INTERNACIONAL | 127 |
| AVENIDA DE LA INDEPENDENCIA | 129 |
| CINE COLISEO | 131 |
| TOLUCA ANTIGUA, 1940 | 133 |
| ANTIGUA CALLE DEL MAÍZ | 135 |
| ESQUINA DE LIBERTAD Y MELCHOR OCAMPO | 137 |
| ANTIGUA ESQUINA DE RIVA PALACIO E INDEPENDENCIA | 139 |
| MONUMENTO A LOS NIÑOS HÉROES | 141 |
| ANTIGUO MERCADO HIDALGO | 143 |
| ANTIGUA CASA DE LOS GOBERNADORES | 145 |
| CATEDRAL SIN CÚPULA | 147 |
| FUENTES CONSULTADAS | 149 |



PRESENTACIÓN

La acuarela se encuentra en todo el arte de la humanidad.
Nadie, desde tiempos inmemoriales,
se sintió libre de mezclar el agua y el color.

ALFREDO GUATI ROJO

La pintura a la acuarela destaca por su transparencia, la claridad de sus colores y la espontaneidad, lo que la hace ser muy apreciada y ejercitada por artistas pintores. Así, durante el Renacimiento y los siglos posteriores, todos los estudios previos, bocetos, dibujos y apuntes al aire libre se realizaban con una aguada, principalmente de color sepia. El siglo XVIII fue la época más brillante de la acuarela, pues los pintores del Romanticismo inglés elevaron esta técnica a su máximo nivel. De los trabajos realizados en acuarela se obtienen resultados extraordinarios gracias a la gran facultad de los artistas en el conocimiento de su uso y talento en el manejo de su soporte, el papel.

La escritora Dolores Castro, doctora Honoris Causa por nuestra *alma mater*, señala: “La acuarela, en manos de sus creadores, es como un rescate, pues una imagen la guardan en su memoria, tratan de expresar lo que la memoria vio después de conmoverse; todo arte tiene imágenes, la poesía, la música y hasta la danza, pero captar lo que los ojos pueden decir después de haber visto me parece lo más emocionante. El que ama la vida puede decir mucho de ella porque también el amor es indispensable”.

La Universidad Autónoma del Estado de México y el Ayuntamiento de Toluca se han dado a la tarea de hacer llegar a la sociedad mexiquense esta obra conformada por sesenta y dos aportaciones de connotados artistas, quienes reconstruyen, mediante la acuarela, parte fundamental del patrimonio cultural de la ciudad capital del Estado de México.

La edición de este libro coincide con los quinientos años de la fundación de Toluca, celebrados en marzo de 2022; su principal objetivo es dar a conocer, a través de las colaboraciones artísticas de cuarenta y seis acuarelistas, edificios, paisajes, jardines,

estaciones de ferrocarril, callejones, escenas callejeras, entre otros, que existen o existieron en la ya nombrada ciudad capital.

Esta obra colectiva aporta elementos para comprendernos mejor a nosotros, a nuestro pasado, así como al pasado de nuestros lugares comunes para construir una mejor comunidad.

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

CARLOS EDUARDO BARRERA DÍAZ

Rector

PRÓLOGO

Dibujar a Toluca es retratar la historia. Con la maestría de los acuarelistas que han dedicado su talento a Toluca, podemos constatar que nuestra ciudad ha sido inspiración de muchos artistas que encontraron en la naturaleza y en la vida de nuestro valle el lugar propicio para desarrollar su actividad.

Esta obra, además de contener imágenes de alto valor estético, nos refiere a un pasado que nos inspira y nos recuerda que quienes vivimos en Toluca somos herederos de una ciudad con un bagaje cultural muy amplio, una diversidad cultural generosa y una capacidad inspiradora que nos compromete a construir sobre su herencia gloriosa un presente lleno de vida.

Al retratar espacios emblemáticos de nuestra capital, este libro nos narra, con la magia del color y el agua, episodios que aún existen en la memoria colectiva de generaciones pasadas y que parecen haberse detenido en el tiempo al mirarlos. Es inevitable quedar inmersos en la pintura y escuchar, oler, vibrar y sentir los momentos que se plasman con detalle y que solo la maestría, combinada con el talento, puede producir en el observador.

Toluca, desde el corazón de su centro histórico y hasta sus afueras distantes son protagonistas de este libro, y de esa misma manera han sido protagonistas de innumerables generaciones que han habitado este valle. No es de extrañarse que la majestuosidad del Nevado de Toluca, el dinamismo del centro histórico, la tranquilidad de los pueblos y el radiante movimiento de sus calles se hayan inmortalizado en las obras que integran este compendio.

El valor de este impreso es trascendente no solo por la potencia que cada imagen transmite, sino porque lleva al observador al bullicio de una tarde en el centro capitalino, lo mismo que a una fría mañana en las faldas del Xinantécatl. Revisar esta obra es sumergirse en un momento de nuestra historia, una historia que no solo es social y natural, sino que trasciende hasta la más personal de las vivencias.

Para el Ayuntamiento de Toluca es muy grato acompañar la edición de este libro, pues materializa el valor de una sociedad que al transcurrir del tiempo ha dejado una comunidad unida por su historia, por su arte, por sus emblemáticas construcciones y

por lo cotidiano de sus escenas, que están fijadas en las acuarelas mas no inertes en la obra de los destacados artistas que nos regalan sus trazos y colores.

Cuando la luz, el agua, el talento y el color se mezclan con las virtudes de nuestra ciudad, la seducción artística es inevitable. Al final, Toluca es una ciudad llena de vida y estas sesenta y dos obras son prueba fiel de ello. No son dibujos de una ciudad pasada, son momentos de una historia presente.

Doctor en Derecho Parlamentario
RAYMUNDO EDGAR MARTÍNEZ CARBAJAL
Presidente Municipal Constitucional de Toluca

INTRODUCCIÓN

En este año 2022, Toluca celebra que hace quinientos años se inició una etapa más de su historia que en sus orígenes es aún más remota; no conmemoramos los momentos aciagos producidos a la llegada de los españoles en 1519, pero sí festeja que en ese parto difícil hubo un alumbramiento afortunado por la suma de dos culturas, de dos formas de pensamiento y de muchas maneras de actuar en los sustratos culturales más importantes.

Este libro es acerca de bienes patrimoniales perdidos; no ensalzaremos el menoscabo de ello, pero sí alabaremos que el conjunto de visiones que dan las acuarelas con su respectivo respaldo explicativo constituye un rescate visual de algo que solo así podemos admirar con un enfoque estético y un tanto lúdico.

¿Cómo nació este libro? Mi estimado amigo el maestro Benito Nogueira Ruiz, director del Museo de la Acuarela del Estado de México, mi igualmente apreciado amigo Ricardo Barraza Sánchez Armass, acuarelista de la misma pinacoteca, y el que esto escribe, en una charla sostenida casualmente, decidimos acometer un atractivo proyecto consistente en reconstruir en acuarelas una parte del patrimonio cultural de Toluca —principalmente el construido o material— que se ha perdido o modificado radicalmente por diversas razones. Al ya no existir esos inmuebles y espacios entrañables de nuestra ciudad, había que partir de grabados o fotografías que afortunadamente los habían captado cuando aún existían.

En orden de requerimientos, me correspondió seleccionar una serie de fotografías antiguas y proporcionárselas a un grupo de cuarenta y seis respetables pintoras y pintores acuarelistas, a quienes les tocaría transformar en acuarela lo registrado por las imágenes antes citadas, todo bajo la dirección del maestro Nogueira.

Los motivos y temas, tan variados y diversos, originaron la colección de vistas que conforman este libro: edificios, paisajes, jardines, estaciones de ferrocarril, callejones, escenas callejeras y demás, que no tienen una articulación que los eslabone entre sí. El hilo conductor que los une es simplemente lo ya perdido, transformado o, por lo menos, que ya no está como originalmente fue. De esa manera intentamos que la muestra, además de su pluralidad, tuviera ejemplos de las diferentes etapas, un tanto contemporáneas de nuestro discurrir histórico.

Procuramos que, en materia de arquitectura, hubiese muestras de variados edificios como nuestros Portales, primera obra civil de importancia que tuvo Toluca y que ahí siguen con variantes; inmuebles residenciales como la señorial casa de la familia de hacendados Barbabosa, o la casa con aspiraciones provenzales del empresario refresquero don Enedino Arévalo, también conocida como Casa de los Gobernadores; elegimos ejemplos de arquitectura social como los lavaderos públicos; estaciones de transportes como la Casa de las Diligencias o las estaciones de ferrocarriles, tanto del Nacional Mexicano como del interurbano Toluca-Tenango; escogimos edificios educativos como nuestro Instituto Científico y Literario, hoy edificio de Rectoría, que no se ha perdido pero ha cambiado su imagen ahora con cuatro torreones, balaustrada y sus jardines de la Autonomía y Neoclásico; asimismo, el Colegio Guadalupano. Se incluyó arquitectura industrial como el antiguo Molino de La Unión y la Compañía Cervecera Toluca y México, S.A.; reunimos casos de diferentes estilos constructivos, desde el neoclásico hasta el *art déco*, pasando por el *art nouveau*; no olvidamos nuestros angostos y provincianos callejones, templos de diferentes religiones, momentos festivos, paseos y jardines, edificios públicos, mercados, la Cárcel Central, el Hospital Civil, el Panteón General, entre otros temas más.

El homogéneo grupo de artistas, en cuanto a su vocación y especialidad, pero heterogéneo por otras características: mujeres y hombres, noveles y consagrados, jóvenes y mayores, eligieron libremente sus temas a desarrollar, trabajando de forma inmediata y entusiasta.

Así, las y los acuarelistas seleccionaron las escenas realizando un notable trabajo artístico que ha quedado materializado en más de seis decenas de obras.

Terminadas las acuarelas por parte de los artistas, el que firma esta presentación realizó el trabajo de dar sustento explicativo a cada una de las acuarelas de esta ciudad cambiante, por la que a veces no hemos sentido pasión, y mucho menos, compasión; en este caso, nuestro patrimonio cultural tangible que ha sufrido terribles y dolorosas pérdidas.

La renovación bien o mal entendida, la ignorancia, la especulación, el vandalismo, la carencia de mecanismos y programas, la falta de visión o la indiferencia, la carencia de recursos de todo tipo, y otros factores, han provocado la pérdida o modificación de edificios que la actual generación ya no conoció; no deja de ser asombroso que algunas y algunos jóvenes hayan pintado lugares que nunca vieron: la Casa Barbabosa, el Cine Coliseo, los viejos palacios antes de ser transformados, la estación de Santa Clara, la elegante calle de la Concordia —después Belisario Domínguez—, el Hospital General, la Cárcel Central, la candorosa y provinciana plaza principal, los tranvías y demás.

Estas acuarelas, por razón lógica y natural, conforme pase el tiempo tendrán destinos diferentes: algunas quizá llegarán a formar acervos museográficos, otras irán a colecciones privadas, unas serán conservadas por sus creadoras o creadores, por lo tanto, será difícil volver a integrar el conjunto, así que surgió otra aspiración: integrar un libro.

El proyecto de este libro tiene como columna vertebral las acuarelas y a cada una de ellas se les ha sumado un texto explicativo, esta exégesis se refiere a la época en que la imagen fue detenida en un grabado o fotografía que a su vez dio lugar a la creación artística de la acuarela. Esta interacción entre la imagen y el recuerdo produce un diálogo.

Hoy que los virus nos mantienen en un estado de alarma permanente resulta alentador recordar lo que nos dicen los científicos,

en el sentido de que los virus también nos aportan beneficios adaptativos; no podríamos vivir sin ellos; los hombres dedicados a estas ramas de la ciencia nos transmiten algo que es verdaderamente asombroso: los virus contribuyen a que “podamos almacenar recuerdos en pequeñas burbujas de proteína”.

Así que los recuerdos apresados en los textos y las imágenes atrapadas en las acuarelas abren un diálogo, denominador común que nos conduce a la lectura de una Toluca desaparecida y añorada, hoy felizmente recapturada con la magia del arte de la acuarela.

La Universidad Autónoma del Estado de México y el H. Ayuntamiento de Toluca, en una más de las afortunadas colaboraciones que suelen emprender, han patrocinado este libro de crónica toluqueña, que pretende ser ligero y ameno, con una enorme aportación de datos de todo tipo que enriquecen la información acerca de la ciudad de Toluca, especialmente para las nuevas generaciones que no conocieron los íconos desvanecidos por el inexorable paso del tiempo, pero que se

muestran rehidratados con la humedad del agua polícroma, tonificados con la absorción del papel y rejuvenecidos por la mano firme de un pincel guiado por una mano sensible.

Esperamos que esta obra, por modesta que parezca, sea algo más que un almanaque de épocas de nuestra ciudad, deseamos también que opere como contribuyente, para que al ver lo perdido reflexionemos y hagamos frente a la inexorable pérdida de nuestros íconos de identidad; por ello quisimos coronar este trabajo con la edición del libro que tiene en sus manos el lector-contemplador, para que sus páginas nos recuerden en todo momento que:

Los pueblos cultos son los que siempre conservan lo valioso de su pasado.

GERARDO NOVO VALENCIA



ADVERTENCIA

El libro presenta las acuarelas en páginas par y a su lado, en página impar, su respectiva descripción, respaldándose recíprocamente.

Sesenta y dos acuarelas conforman el elenco de este libro. Es importante advertir que las obras pictóricas tienen un título que su autor o autora decidió ponerle, lo cual es enteramente legítimo; sin embargo, es probable que el texto descriptivo de esa acuarela lleve otro título, explicable porque la narrativa obedece a lo que en su momento fue el motivo reflejado en la acuarela, pero que en la actualidad ya no es así.

En cuanto a los textos, el autor de ellos, en una respetable proporción de su contenido, ha recurrido a lo que se llama *historia recordada*, dado que su edad así se lo ha permitido, pero también debe asentarse que lo referente a datos precisos, como nombres, fechas y demás, han sido cotejados y revisados cuidadosamente en documentos de archivo, libros, hemerografía y demás fuentes que al final se citan parcialmente.

A quien tiene una edad un tanto avanzada no le resultará difícil recordar o ubicar de qué se trata la imagen —en su mayoría, entornos exteriores a la vista de mucha gente—; para las nuevas generaciones resulta obligado un referente actual para ubicar al lector de los textos y al contemplador de las imágenes, que en su mayoría corresponden a inmuebles, rincones, monumentos, conjuntos, escenas costumbristas, entre otros.

En los casos en que la imagen presenta más de un elemento, existentes o ya desaparecidos, en el texto descriptivo se le da prioridad a lo inexistente, porque el espíritu del libro es la Toluca desaparecida.

En atención a la fecha calculada de cuando fue captada la imagen en la fuente original, se procura la congruencia con ese momento, por ejemplo: puede aparecer el actual edificio de Rectoría de la Universidad Autónoma del Estado de México, pero la referencia quizá sea del Instituto Científico y Literario.



PAISES INTERNACIONALES SON BENEFICIOS NUESTRA
ESTOS PAISES ESTAN PIDIENDO UNA CARRETERA

DOSALY CIA
COGNAC
HENNESSY

En mis casi sesenta años de incursionar en la crónica, estoy convencido —y nuevamente recorro a sus ideas— que Enrique Aragón Echeagaray, arquitecto, urbanista y acendrado sorjuanista, a quien recuerdo con afecto, tenía mucha razón cuando afirmaba:

El historiador contempla y escudriña el pasado, para atraerlo; el cronista vive un presente, para proyectarlo en el futuro. El primero intenta resucitar lo acontecido, el segundo trata de inmortalizar lo que presencia. Las finalidades de ambos son distintas, pero que, complementándose, son necesarias para poder interpretar una vida o una época.

GERARDO NOVO VALENCIA



para decir que se conoce el drama y la
comedia de su vida, para saber del
ideal y de la realidad que toda ciudad tiene,
es necesario conocer los escenarios
en que se desarrolla la vida urbana.

Los nombres de las calles
expresan mucho de la acción
que en ellas se desarrolla
y de los actores que la viven.

ENRIQUE ARAGÓN ECHEGARAY



PANORÁMICA ANTIGUA DE TOLUCA

Toluca, ya como asentamiento novohispano, no tuvo una fecha de fundación como la poseen otras poblaciones en donde hubo algún protocolo: la colocación de una lápida con alguna inscripción, la reunión de dos o más testigos o protagonistas, la expedición de una cédula real u otras formas fundacionales; por lo menos hasta ahora no hay manera de documentar una situación al respecto.

A falta de documentación fehaciente recurrimos a la verosimilitud histórica, lo que nos permite conjeturar que el inicio de la Toluca mestiza fue en 1521, es decir, hace quinientos años. Cuando decimos mestiza no solo nos referimos al mestizaje biológico, sino a las fusiones, confusiones, prácticas, sistemas y sincretismos que se dieron en todos los sustratos culturales más importantes.

La villa de San José de Toluca o Toluca de Saint Joseph en sus primeros tiempos giró fundamentalmente dentro de la órbita religiosa franciscana.

El arquitecto toluqueño Víctor Manuel Villegas afirma que no resulta extraño que, sin excepción, todas las construcciones toluqueñas, importantes o no, tengan el sello de los primeros edificios franciscanos, tanto en la concepción de sus plantas como en los alzados, en las cubiertas y en todos los detalles. La arquitectura en Toluca, en suma, debió ser en poco menos de tres siglos arquitectura franciscana. El maestro Villegas acota:

Toluca, ciudad de poca importancia en lo que a la arquitectura colonial se refiere, fue gracias a su proverbial tranquilidad y frialdad refugio de

artistas que sin ser grandes arquitectos o maestros de grandes pretensiones, encontraron en su quietud, su clima aparentemente hostil y en la fácil adquisición de los medios de vida, al refugio deseado para sus cuerpos y espíritus, no en consonancia con el boato, intrigas y carestía de la vida de ciudades más importantes y más favorecidas.

Toluca nunca fue una ciudad señorial como las ciudades de Puebla, Morelia, Guanajuato y Oaxaca; primero fue una villa y después ciudad, importante, sí, pero modesta en la fisonomía de sus construcciones, sin fastuosidades, con solo lo requerido para vivir con dignidad.

Su importancia radicó en que era prácticamente el granero y la dehesa, en un principio, de la capital de la Nueva España, después ciudad de México.

En su parte física, como lo demuestra esta interesante panorámica de Toluca, la ciudad era de una arquitectura popular muy bella, a base de techos de teja de una o dos aguas con leves aleros, tapancos con tejamanil, muros de adobe, puertas y ventanas de madera, pisos de baldosas y soleras, con una destacadísima herrería de los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX.

A partir de 1830, ya como capital de estado, los portales constituyeron un modelo para las azoteas planas que fueron sustituyendo los antiguos tejados, y para la época del Porfiriato la arquitectura se volvió más elegante, dando lugar a la llamada “Toluca la Bella”.



ANTIGUO CAMPO DE AVIACIÓN

La segunda escena de este libro es un excelente ejemplo del permanente cambio de Toluca, en el que junto a la transfiguración también se encuentra lo perdurable; ahí está el templo de El Ranchito, que ocupa un lugar principal en esta acuarela; su primera piedra fue colocada el 25 de junio de 1885 y se concluyó, sin la torre, el 3 de julio de 1892.

Como el hilo conductor de este libro es el patrimonio perdido tangible e intangible, en esta acuarela no nos ocuparemos del templo, que allí sigue, sino que haremos añoranza de lo que ya no está: el campo de aviación de Toluca, que ocupa la mitad superior de la acuarela.

En 1928, un accidente aéreo registrado en el Paseo Colón originó que al inicio de los años treinta el gobernador del Estado de México, coronel Filiberto Gómez, ordenara que un amplio terreno ejidal, mediante una permuta, se habilitara como incipiente campo de aviación, el cual recibió el nombre de Pablo L. Sidar, en homenaje al primer piloto que aterrizó en Toluca, en su avión Ejército Mexicano, el 23 de marzo de 1929, aunque no lo hizo en ese campo, sino en un terreno acondicionado en 1921 en la Hacienda de Santa Teresa, aproximadamente en lo que hoy son las fábricas Pfizer y Mueller Brass.

En 1932 se ensanchó aquel campo y hasta se colocaron tribunas, pues aquel emocionante movimiento aéreo era un espectáculo para los toluqueños. Durante muchos años en esa modesta pista despegaron y aterrizaron las avionetas que comunicaban a Toluca con la región calentana que ocupa el llamado punto trino en que se unen los Estados de México, Guerrero y Michoacán.

Ante la ausencia de carreteras en el sur del estado, aquel transporte cumplió hasta 1963 muchas funciones: movimiento de pasajeros, bienes, pequeñas mercancías y correspondencia; pero, sobre todo, jugó un papel importante en el traslado de enfermos y heridos a la capital de la entidad. De gran trascendencia fue su función de llevar veterinarios, vacunas y medicamentos en la batalla contra la fiebre aftosa que asoló a nuestro país a mediados del siglo pasado; no puede dejarse al margen que a pacientes de tos ferina se les recomendaba “dar una vuelta en aquellos avioncitos”.

El *Diario de Toluca*, de fecha 25 de septiembre de 1947, en su primera plana informaba del aterrizaje de cinco aviones caza de la Fuerza Aérea Mexicana que a las 15 horas del día anterior tocaron tierra en el campo de aviación de Toluca, se señalaba que estaban de paso a la ciudad de México después de participar en el estado de Guerrero en la búsqueda de unos asaltantes que habían perpetrado un ilícito unos días antes.

En esta acuarela se observa difusamente un espacio de doce hectáreas que en los años sesenta se convirtieron en instalaciones de la Universidad Autónoma del Estado de México, donde hoy funciona, desde la Escuela Preparatoria número 1 “Adolfo López Mateos”, hasta una moderna plaza comercial, teniendo en sucesión el gimnasio Guillermo Ortega Vargas, escuelas y facultades, laboratorios, clínicas, aulas y hasta un panel perimetral para exposiciones urbanas, entre otras.



CONVENTO FRANCISCANO

Esta acuarela, inspirada no en una fotografía, sino en un grabado muy antiguo, reproduce lo que fue el enorme e importante Convento Franciscano de la Asunción de Toluca, que estuvo ubicado en el rectángulo que hoy ocupan Los Portales antiguos, más la actual calle de Bravo y la Plaza José María González Arratia, hasta la actual calle de 5 de febrero. Según el historiador Miguel Salinas, los primeros frailes evangelizadores que llegaron a Toluca en el segundo cuarto del siglo XVI encontraron valiosa colaboración de su señor natural o antiguo cacique para la construcción de la iglesia y convento de San Francisco.

Alrededor de esta edificación se asentaron las casas de un poblado que llegó a ser villa, después ciudad y hoy una enorme metrópoli con fuertes visos de megalópolis.

Además de su misión evangelizadora y de administración de sacramentos, tuvieron muchas otras funciones; su convento no se reducía al lugar de residencia de frailes que convivían bajo las reglas de la Iglesia y de su Orden en particular.

En el convento se dio un intenso programa educativo, ahí se enseñaron y aprendieron lenguas, se curaba a los enfermos, se albergaba a peregrinos, se adaptaron y cultivaron frutas y verduras desconocidas, se enseñó la preservación de alimentos, se domesticaron animales, se enseñaron oficios y se dio cristiana sepultura a los difuntos.

Los religiosos, con el apoyo del tequio —forma de trabajo comunitario—, también participaron en el trazo de caminos y en la construcción de obras hidráulicas.

De acuerdo con una planimetría de principios del siglo XIX, el Convento de Toluca tenía varios conjuntos de edificaciones, unos eran espacios públicos a donde tenían acceso los fieles y otros eran privados, para el uso exclusivo de los frailes.

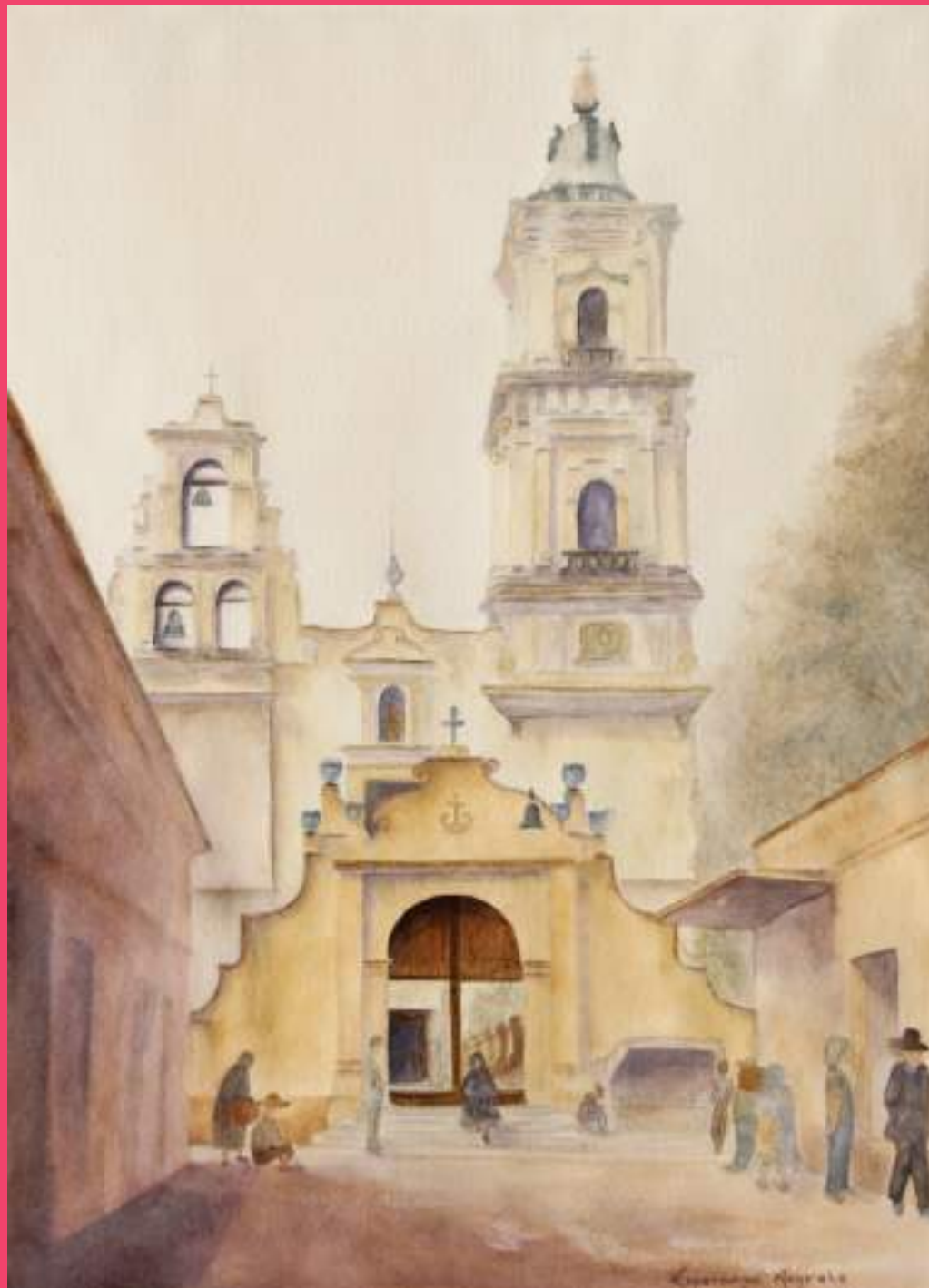
En esta acuarela se aprecian la iglesia grande y sus capillas, cuya portada veía hacia el poniente y hacía eje con la famosa Casa del Risco; es decir, el arco central de esta y la puerta del templo estaban sobre el mismo eje, además del cuadrante, la capilla para los casamientos, la notaría y la portería del curato. Adentro se hallaban la habitación del cura, el patio del convento, la habitación del padre presidente, el refectorio, la cocina, el patio de la cocina, la bodega, el pequeño corral, la portería y el bautisterio.

Formaban otra unidad las celdas, el coristado, los cuartos del sacristán, la guardianía y, contigua al presbiterio, la sacristía del siglo XVIII, hoy conocida como Capilla Exenta.

El 9 de diciembre de 1860, en guerra intestina, el combatiente conservador Miguel Miramón ordenó disparar un metrallazo contra el Convento, provocando serios daños.

A principios del siglo XX fray Sebastián de Aparicio Cedillo, último fraile franciscano que atendió la parroquia, se despidió, terminando la labor de los franciscanos, a partir de entonces fueron sustituidos por el clero secular; el primer párroco fue el propio Cedillo, quien permaneció en el cargo hasta el 19 de abril de 1903.

ESPERANZA NEGRETE ESTÉVEZ



TEMPLO DEL CARMEN

La actual calle de Riva Palacio —antiguo callejón del Carmen— tiene como sendos remates visuales dos templos: la Santa Veracruz, por el sur, y el de Nuestra Señora del Carmen, por el norte.

El Templo del Carmen ha sufrido modificaciones, especialmente en sus exteriores; sin embargo, en esta acuarela destacan dos características que distinguen a este bello templo toluqueño: la espadaña y la torre.

Manuel González Galván, en su *Glosario de términos arquitectónicos*, define *espadaña* como “campanario consistente en un muro aislado y horadado con uno, dos o más vanos que se utilizan para colocar las campanas”. Generalmente se encuentra como remate en las fachadas de los templos, aunque no necesariamente.

En un principio, el templo solo tuvo la espadaña con un alzado de dos arcos abajo y uno arriba con remates colaterales y una cruz en su cúspide, como las diseñadas por el religioso carmelita fray Andrés de San Miguel (1577-1652). Después se construyó la torre, que fue concluida en 1814; tiene arcos campaneros con columnas corintias adosadas a cada lado. Entre los capiteles y la cornisa que divide el primer cuerpo del segundo hay una especie de friso. En la última restauración, el enorme atrio perdió sus árboles y en el exterior de su muro atrial sus puestos de escapularios, hábitos, imágenes y oraciones.

Fray Andrés no trabajó en Toluca, pero dejó su sello en la espadaña del Templo del Carmen y en la de la Hacienda de San Juan de la Cruz de la misma orden, hoy fraccionamiento Carlos Hank. Al fraile quizá le llamó más la atención Vitruvio y Vignola que la teología y la filosofía, pues su verdadera vocación fue la arquitectura y sus diseños están en los templos y conventos de su orden y Toluca no fue la excepción. Andrés de Segura de la Alcuña, su verdadero nombre, nació en Medina Sidonia (Andalucía), fue miembro de una familia pobre, pero honrada; siendo quinceañero ya exploraba Sevilla buscando la oportunidad de embarcarse hacia la Nueva España, lo que logró en 1593. En 1601 recibió la profesión de vicario, pero el pensamiento de fray Andrés estaba más en las ciencias de su época: arquitectura, hidrología, matemáticas, entre otras.

Andrés de San Miguel realizó un tratado de arquitectura que quedó guardado en la biblioteca del Convento de San Ángel hasta 1860 en que, por la excomunión de los religiosos, pasó a manos privadas y los herederos, en 1921, vendieron íntegra aquella biblioteca a la Universidad de Texas. Dicho manuscrito se conserva en Austin, en la Colección Latinoamericana de la mencionada universidad.



CALLEJÓN DEL CARMEN

Toluca fue una villa que tenía más callejones que calles, los nombres de los primeros —algunos muy curiosos— han desaparecido de la nomenclatura citadina casi en su totalidad: Rosario, Herradura, Casillas, Blas, Los Locos, Morales, Garduño, Puerta falsa, del Muerto, Zeniso (*sic*), Jácome, Neria, Confituría, Beaterio, Compositor, Vidriero, Aguiluz y otros; pero un callejón cuyo nombre llegó casi hasta el siglo XXI fue el del Carmen.

Después de muchas solicitudes y negaciones a las mismas, finalmente el 28 de noviembre de 1698 se logró que el virrey José Sarmiento y Valladares, conde de Moctezuma y Tula, mandara que se ejecutase la fundación del Templo y Convento del Carmen y el 8 de diciembre del mismo año se inició formalmente la comunidad Carmelita en Toluca; alrededor de 1700 empezó entonces la construcción del templo que dio nombre al callejón que da vida a esta acuarela.

La perspectiva que se aprecia recuerda la intensa vida que tuvo este callejón con la fábrica de hilados y tejidos La Industria Nacional, cuyos trabajadores dieron tanta animación a las tradicionales fiestas del Carmen, que se desarrollaban durante todo el mes de julio de cada año, así como con su aguerrido equipo de fútbol Industria, uniformado con camisetas de algodón blanco y calzoncillos de azul mezclilla que les proporcionaba la empresa.

Fue un callejón en el que existían muchos negocios de sombreros con un asombroso surtido: Sahuayo, Chilapa, Tlapehuala, tehuacano, oaxaqueño, regiomontano, Churchill, cubanito, jarocho, yucateco, cuatro pedradas y, desde luego, charro.

En ese callejón estuvo también el famoso puente del Carmen que permitía cruzar el río, justamente donde ahora está la puerta posterior de la Cámara de Diputados. El 25 de junio de 1935 se inundó el callejón y toneladas de lodo ingresaron al Portal 20 de Noviembre.

En el primer plano de esta acuarela, del lado izquierdo, se alcanzan a ver las letras *res*, de la última sílaba de la palabra *billares*, que correspondía a la popular cantina de don José Salazar: Jockey Club, que contaba con boliche y billares, modalidad que impusieron los invasores norteamericanos en 1848, quienes buscaban: *bar, beer and cue*.

El nombre anterior que había tenido era: La Puerta del Sol, propiedad de don Carlos Irusteta, de origen español; la tradición oral cuenta que aquel negocio era, además, una casa de juego que el gobernador Abundio Gómez gustaba frecuentar.

En la esquina contraria estuvo hasta los años sesenta una gasolinería, construida con el seudo estilo arquitectónico llamado *californiano*. Después de la expropiación petrolera en 1938 adoptó los colores verde, blanco y rojo que hasta la fecha identifican a la empresa PEMEX.



EXTERIOR DEL PORTAL MADERO

Es indubitable que después del traslado de la capital del Estado de México de San Agustín de las Cuevas, Tlalpan, a Toluca en 1830, hubo la necesidad de construir nuevos edificios para alojar, desde los Supremos Poderes, hasta una migración considerable de nuevos habitantes, residentes, colonos y empleados de gobierno, radicados antes en lo que hasta hacía poco tiempo había sido la capital de la Nueva España.

El historiador Francisco de la Maza decía que el enorme Convento franciscano era el corazón de la ciudad, pero que era un “corazón hipertrofiado”, porque robaba en espacio lo que ahora es desahogo de todos sus habitantes, con sus largos, alegres y productivos portales.

En ese siglo XIX, el Convento lucía abandono en las afueras de su barda, que eran un verdadero estercolero. González Arratia se acercó a los franciscanos con esos argumentos para negociar la cesión de tres lados de su convento para construir unos portales; sin embargo, la respuesta de la orden franciscana para conceder ese espacio se hizo esperar un buen tiempo; lograda la aceptación, constituyó la primera mutilación que sufrió el Convento Franciscano de la Asunción, a la que siguieron otras de diversa índole.

El emprendedor ejemplar González Arratia comunicó entonces su plan a algunos hacendados, comerciantes y otros toluqueños ricos, invitándolos a acometer la construcción de la ambiciosa obra, mediante

una participación con acuerdo a la voluntad, disposición de capital y audacia de cada inversionista y así levantar la obra por fragmentos de uno o más arcos con su respectivo segundo nivel.

Una vez construidos, Los Portales toluqueños se convirtieron en una especie de membrana invisible; ingresar a Los Portales o salir de ellos es entrar o escapar de dimensiones distintas.

No puede dejar de mencionarse que los principales hoteles que tuvo Toluca estuvieron en Los Portales: el Gran Hotel, donde Antonieta Rivas Mercado y José Vasconcelos se conocieron en el arranque de la campaña de este por la presidencia de la República; el San Carlos, con su legendaria cantina atendida por don Sotero Moreno. Tampoco pueden dejar de citarse sus alacenas de dulces, golosinas que endulzaban las penas de Vasconcelos cuando siendo niño vivió en Toluca.

Es indiscutible que la apertura de Los Portales de Toluca trajo transformaciones verdaderamente trascendentes; la vetusta barda que rodeaba al Convento se abrió en una arquería que dio vida a las calles aledañas —hoy Bravo, Galeana, Matamoros y Allende—; marcó el inicio de un comercio más formal; generalizó las azoteas planas que sustituyeron a los tejados de una o más aguas; dieron un espacio social y un signo de identidad a Toluca. Los Portales, vistos desde su exterior, son una sucesión de arcos que invitan a disfrutarlos; es una grata experiencia.



INTERIOR DEL PORTAL 20 DE NOVIEMBRE

La historia revela que los portales, o soportales, son anteriores al Renacimiento, pero, según se dice, este movimiento fue el que los abrió para escenario y paseo de hidalgos y magnates, lo que probablemente les dio un aire caballeresco, y quizá por eso algunos cronistas han escrito que los portales de otros tiempos hacían buen maridaje con las chisteras y levitas.

Desde el punto de vista arquitectónico, los portales se consideran hijos del claustro, es decir, con circulación cubierta, configurados principalmente por arcos o cerramientos rectos, sostenidos sobre columnas o pilares, que con solo cruzarlos se pasa del sol a la sombra, del abrigo a la intemperie o a la inversa.

La magnificencia de unos portales estaba demostrada por la dificultad de su construcción, verdaderamente audaz para aquella época, así como por la donación de un buen trozo de terreno en la zona más cara, que el propietario hacía a favor del viandante; después, aquellos portales renacentistas y solemnes fueron, virtual y pacíficamente, expropiados por los comerciantes y todo cambió. La magna obra del toluqueño José María González Arratia es indiscutiblemente la galería orgullo de los toluqueños.

Convencer a los franciscanos que cedieran tres lados de su convento y a los inversionistas para acometer la construcción fueron dos retos

que González Arratia venció; superadas las vicisitudes, el 6 de febrero de 1832 dio inicio la obra de construcción de Los Portales, abriendo las cepas de los cimientos de seis casas, en la actual esquina del Portal 20 de Noviembre con el Portal Madero.

La construcción de esos dos portales representa la primera mutilación que sufrió el Convento Franciscano de la Asunción, a la que siguió el tercero de ellos: el viejo Portal Merlín, hoy Portal Reforma, que se inició hasta 1870, precisamente a iniciativa del párroco de Toluca fray Buenaventura Merlín.

El recordado escritor Carlos Olvera, en algunos de sus artículos semanarios de *Crónica Toluca*, dejó escrito el registro de que en Los Portales de Toluca ha habido balaceras, ferias, mítines políticos, conciertos, asaltos, fatales explosiones de pólvora, infartos, ataques de nervios, estafas, espectáculos callejeros, cortejos de novias, desacatos, desvergüenzas de orates, reuniones literarias, delirios deportivos, festejos patrióticos, globeros y murmullos.

Nosotros agregaríamos a los melancólicos silbadores, marimbas, músicos solistas, vendedores móviles con pregones imperativos: “señora, cómpreme unos *ceríos*”, las deliciosas tortas, la Feria del Alfeñique, los aseadores de calzado, los vendedores de la suerte con sus billetes de la lotería y los desocupados ocupados en pasar el día ahí.



FISIOLOGÍA DE LOS PORTALES

Si vemos a la ciudad de Toluca como un cuerpo orgánico, seguramente estaremos de acuerdo en que nuestros Portales son un órgano muy importante de ese cuerpo.

La anatomía es la ciencia que estudia la estructura, situación y relaciones de las diferentes partes de los cuerpos orgánicos, así como de la disposición de los miembros externos que los componen. Podríamos aventurar que la parte arquitectónica de nuestros Portales son la anatomía, pero también tenemos que la fisiología es la ciencia que estudia las funciones de los seres orgánicos y los fenómenos de la vida; entonces lo que en el pasado ha sucedido en nuestros Portales y que ya no sucede nos produce nostalgia; es decir, la tristeza que se siente cuando se recuerda algo que ya no está.

Esta acuarela nos remueve la evocación del Portal 20 de Noviembre —a veces más identificado como Portal Constitución—, que nos trae a la memoria negocios de ramos que han quedado en el olvido, como las boneterías y corseterías, o las lencerías que aún existen, pero con un leve giro en su sentido.

Ya en las décadas de los años cuarenta y sesenta del siglo xx recordamos en el Portal 20 de Noviembre negocios de ropa como El Cedro de Líbano, de don Elías Nader; la corsetería La Dama Elegante, de don Adalberto Canúl; la zapatería La Cenicienta, de don Isidoro Pérez; el Café Madrid, de la familia Celorio; la telefónica Ericsson; la

Agencia de la Lotería Nacional; la sastrería de don Luis Hernández; la Pastelería Millán; ropa El Prisma, de María de los Ángeles Carniado; la peluquería La Tijera, del señor Alanís, con el diligente Elías, peluquero y vendedor de billetes de la Lotería Nacional, apodado El Brujo, por la suerte que impregnaba a sus ventas; Publicaciones Muciño, de don Serapio del mismo apellido, y la Fotografía Luna, que años después pasó a manos de don Rosendo Robles; el Gran Hotel con el restaurante de don Agapito Sánchez, sitio que sirvió de locación para la filmación de algún fragmento de la película *La sombra del caudillo*, adaptación de la famosa novela de Martín Luis Guzmán; los billares, a los que en familiar denominación apocopada se les decía El gran ho, y la tabaquería atendida por Luis Oropeza, en donde se vendía tabaco para pipa, habanos y puros, además de vender cigarros importados como Mapleton, Lucky Strike, Camel y demás; la panadería y pastelería Los Portales, de don Fermín Larregui; el Café del Rey y la radiodifusora XECH.

En la imagen aparece también el carrito que a mediados de los años cincuenta se estacionó afuera del portal y permaneció por mucho tiempo ahí, frente a la terminal de los turismo México-Toluca, pionero en la venta de *hot dogs* o “perros calientes”; y el negocio patrocinador del legendario equipo de beisbol Cachorros del Jabón Rey, y después Cachorros de la Mueblería Lux.



FUENTE DE LEDA Y EL CISNE

En los primeros intentos por embellecer los espacios públicos de Toluca se insertó la alegoría de Leda y el Cisne, que se materializó en una artística fuente construida en nuestra Alameda, bello jardín iniciado entre 1842 y 1844.

Como es bien sabido, la historia de Leda y el Cisne es una de las narraciones más sensuales de la mitología griega, que sintetiza las pasiones y debilidades de los humanos. Zeus, divinidad suprema del Olimpo, es considerado, según Homero, padre de los dioses y de los mortales; por su parte, Leda era la esposa de Tindáreo, rey de Laconia en Esparta; era tan bella que el propio Zeus la deseaba.

Uno de los atributos más sorprendentes de Zeus era su gran capacidad para transformarse en cualquier forma, principalmente en un animal manso y cariñoso, de esa manera seducía a las mujeres: primero las atraía con esas virtudes y, cuando lo acariciaban, las dominaba y hacía suyas. Un día, cuando Leda caminaba junto al río Eurotas, se le apareció Zeus en forma de cisne y la violó.

Tan sugestiva historia mítica cuenta que Leda puso dos huevos, en uno incubó a Pólux y a Helena, que eran hijos de Zeus; en el otro, a Cástor y a Clitemnestra, así surgió la Guerra de Troya. Artistas famosos como Leonardo da Vinci y Miguel Ángel recrearon en sendas pinturas el mitológico relato de Leda y el Cisne.

No puede soslayarse que los parques públicos antiguos y modernos, y la Alameda no es una excepción, también cumplen con una importante función erótica, basta ver a las parejas de enamorados que se muestran su recíproco amor, paseando entre sus prados o sentados en una banca.

En Toluca hay muchas bisabuelas que, usando un lenguaje provinciano y en desuso, cuentan a sus bisnietos que fue en una discreta banca de la Alameda en donde su bisabuelo “se le declaró”, y ella, con un léxico, igualmente candoroso, “le correspondió”.

La Fuente de Leda y el Cisne estuvo originalmente en la Alameda —como se aprecia en la acuarela—, en otra época engalanó el Jardín de los Mártires. Ha regresado a su origen, lamentablemente sin la alegoría principal y fusionada con otro memorable conjunto de cuatro esculturas metálicas femeninas.

Ese conjunto no solo es parte de nuestro mobiliario urbano, tiene además un agregado, ya que forma parte de una leyenda urbana, pues durante la fiesta y feria de la Virgen del Carmen de 1967 una de estas figuras de hierro se despegó de su base, matando a una anciana que estaba en una banca al pie de aquella “estatua homicida”, como después le llamaron algunos toluqueños.



ANTIGUA PLAZA PRINCIPAL DE TOLUCA

Las plazas centrales de las poblaciones novohispanas llevaron indistintamente los nombres de plaza mayor, plaza de armas o plaza principal; la de Toluca desde el siglo XIX lleva el nombre de Plaza de los Mártires, en honor a los insurgentes sacrificados ahí el 19 de octubre de 1811 durante la guerra de Independencia.

Un óleo pintado en 1860 por F. Ballesteros nos muestra una de las imágenes más antiguas que se conocen de nuestra plaza principal, antes de que en 1881 el coronel Jesús Preciado —quien después fuera gobernador del estado de Morelos—, con los soldados del Tercer Batallón a cuyo mando se encontraba, contribuyó a formar un jardín, obra que después se continuó con el apoyo del gobernador José Zubieta y los regidores municipales, ingenieros Silvano Enríquez y Anselmo Camacho, ambos destacados institutenses municipales, uno de Villa del Carbón y el otro de Lerma.

La antigua plaza principal de Toluca distaba mucho de ser como ahora la contemplamos, la diferencia no solamente se daba en su trazo y dimensiones, sino en la vida cotidiana que ahí ocurría.

El concepto de *ciudad* ha llegado a ser entendido como una asociación de seres humanos que comparten un sentimiento de pertenencia que les permite hacer comunidad, y que logran traducir ese sentimiento en términos de vida corporativa y práctica.

La historia de la planeación urbana muestra las transformaciones que han sufrido las plazas, pero el denominador común es que representan el sitio público por excelencia; la vida privada se refugia fuera de la plaza, que es la que preserva el carácter primordialmente humano de la vida urbana, es una síntesis del pensamiento de sus habitantes.

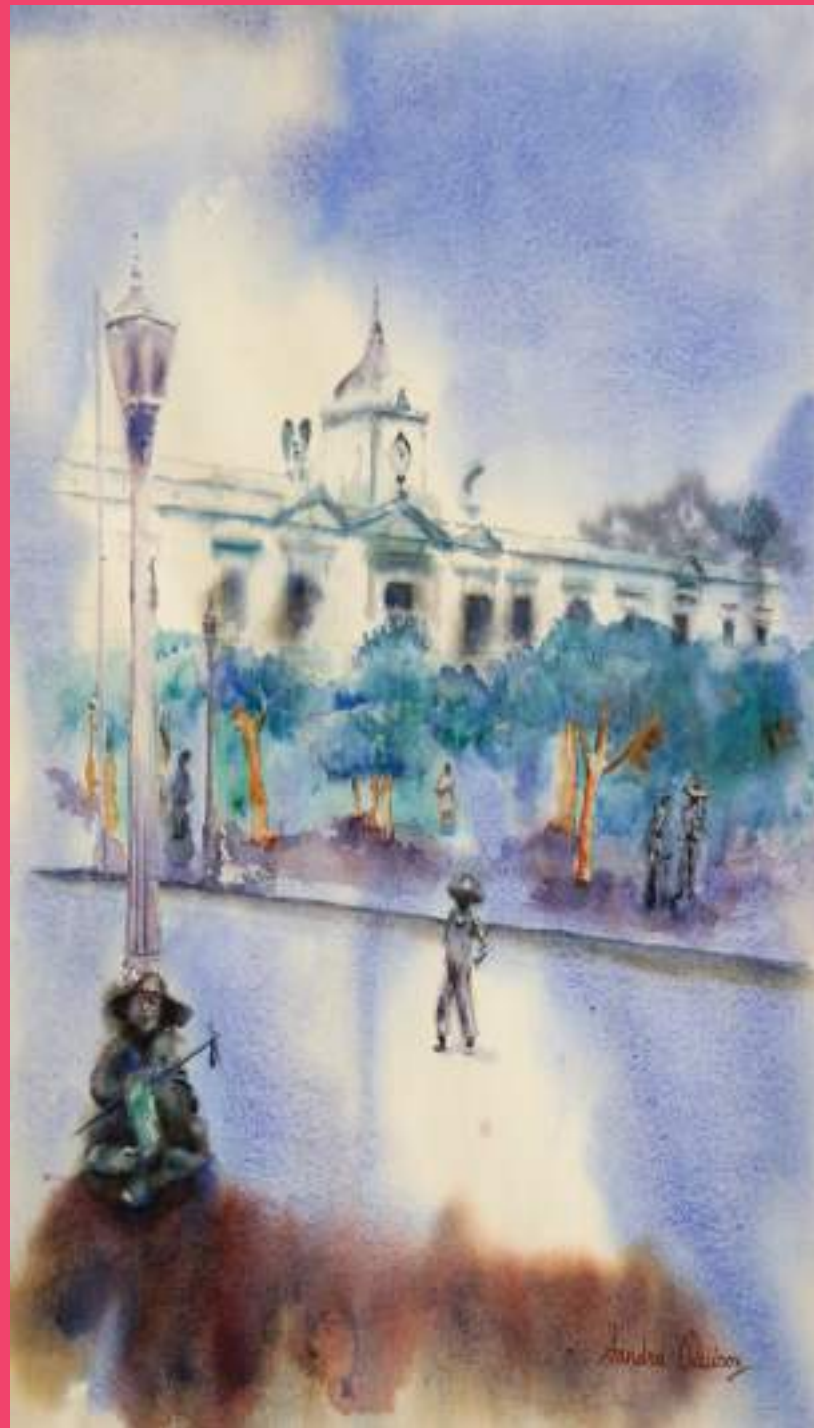
Si observamos planos antiguos, e incluso alguna litografía, podemos ver que la plaza de Toluca era pequeña, un tanto cerrada y rodeada de construcciones de antigüedad novohispana.

La vieja plaza toluqueña tuvo a partir de 1851 un monumento dedicado a don Miguel Hidalgo y Costilla, el primero erigido en su honor en toda la República, esta estatua fue ubicada en el centro de la plaza —haciendo frente a la actual Catedral— viendo al sur, simbolizando que miraba hacia el rumbo donde el patriota Vicente Guerrero había luchado hasta el logro de la Independencia y donde también había nacido el lábaro patrio.

Ese monumento elaborado con mármol de Tenancingo volvió a ese lugar, cuando en 1900 se inauguró el nuevo monumento al llamado Padre de la Patria, realizado en Italia y que actualmente se localiza al frente del edificio del Poder Legislativo.

En esta acuarela brota de manera evidente el carácter provinciano de aquella plaza que perduró aproximadamente un siglo, sufriendo variantes durante ello, por ejemplo: su bien cuidado arbolado.

SANDRA JANETH QUIROZ DELGADO



PALACIO VIEJO Y JARDÍN

En España las plazas mayores surgieron en sitios estratégicos, generalmente a la orilla de los ríos, a cuyo rededor se iban agrupando las casas formando el inicio de los tejidos urbanos, constituyendo el lugar para el incipiente mercado en donde principalmente se hacían intercambios y trueques de productos agrarios y de exiguas producciones artesanales. Nada difícil es que la plaza principal de Toluca haya nacido de una manera similar.

En el Archivo General de la Nación, Ramo del Estado y Marquesado del Valle —Hospital de Jesús—, se encuentran los documentos quizá más antiguos que hablan de la plaza mayor de Toluca. Aquella plaza tenía como límite al norte el río de la ciudad, al oriente la casa donde vivía el corregidor, al poniente las Casas Reales, donde estaba la cárcel; al sur la calle Real, donde tenía sus principales accesos el Convento de la Asunción, que también se conocía como calle de San Juan Bautista, porque en ese barrio, después pueblo, remataba por el oriente.

El historiador Javier Romero Quiroz dice que en el centro de aquella plaza había una pila de agua que había construido don Pedro Santín y que después fue sustituida por otra construida por el polémico corregidor Nicolás Gutiérrez.

El mismo autor afirma que en aquella plazuela también se encontraba la horca, para la ejecución de reos que cometían delitos

graves, y que en 1785 fue trasladada a la Plazuela del Alba —hoy Jardín Zaragoza—, denominada de esa forma porque ahí se daba el “toque del alba”, consistente en el lanzamiento de un cohete que anunciaba el alba, ya que el bando prohibía andar en la calle después de determinada hora y no se podía salir hasta que se diera dicho toque.

En la plaza se celebraba el mercado tradicional al aire libre o tianguis, que ya desde entonces era cada viernes.

Fray Gerónimo de Mendieta, que en el siglo xvi habitó el Convento de la Asunción y en donde escribió algunos fragmentos de su *Historia eclesiástica indiana*, narra en dicha obra que para ir a las doctrinas de los alrededores, zona extremadamente helada, salía muy temprano del monasterio, iba titiritando de frío y le asombraba que las mujeres, en el río de aquella naciente plaza, estaban bañando a sus hijos casi recién nacidos y que no les pasaba nada.

Es hasta después de la Independencia que la plaza empezó a transformarse con una gran lentitud. En 1851, bajo el gobierno de Mariano Riva Palacio, la plaza fue tomando el típico carácter decimonónico de muchas otras de la provincia: la presencia ya de un monumento, la jardinería, el Palacio de Gobierno y el mobiliario urbano perfilaron el espacio que en el siglo xx alcanzó potestad.



PALACIO DE GOBIERNO Y JARDÍN DE LOS MÁRTIRES

El actual edificio del Poder Judicial, que bordea el Jardín de los Mártires en su lado poniente, ocupa el lugar donde en los orígenes de la villa novohispana de San José de Toluca estuvo un edificio llamado Casas Reales o Casas Consistoriales, edificio que, a pesar de su rimbombante nombre, era modesto y la mayor parte de su existencia estuvo en condiciones deplorables, pues hasta los desastres naturales se ensañaron con él: el 18 de junio de 1742 un temblor dañó sus muros y el 16 de enero de 1763 un “huracán”, que más bien debe haber sido un gran ventarrón, también le hizo algún estrago.

Entre 1806 y 1807 Nicolás Gutiérrez, el polémico corregidor de Toluca, viendo el abandono en que estaban, decidió darles una ligera remozada, utilizando para ello fondos provenientes de un impuesto sobre tenencia de cerdos, que abundaban en esta ciudad de añeja tradición tocinera.

En 1830 Toluca se convirtió en capital de estado; no obstante, carecía de un edificio decoroso para albergar al Poder Ejecutivo, que anduvo trashumando en construcciones adaptadas.

El 5 de mayo de 1870, a instancias del gobernador Mariano Riva Palacio, se inició la construcción del edificio que originalmente estaría destinado para palacio de los Poderes Ejecutivo y Legislativo; su construcción tardó cuatro años y cuatro meses. El palacio fue proyectado por el arquitecto Ramón Rodríguez Arangoiti (1830-1882), y quedó

terminado en 1874, con un costo que se estimó aproximadamente en setenta mil pesos de aquella época.

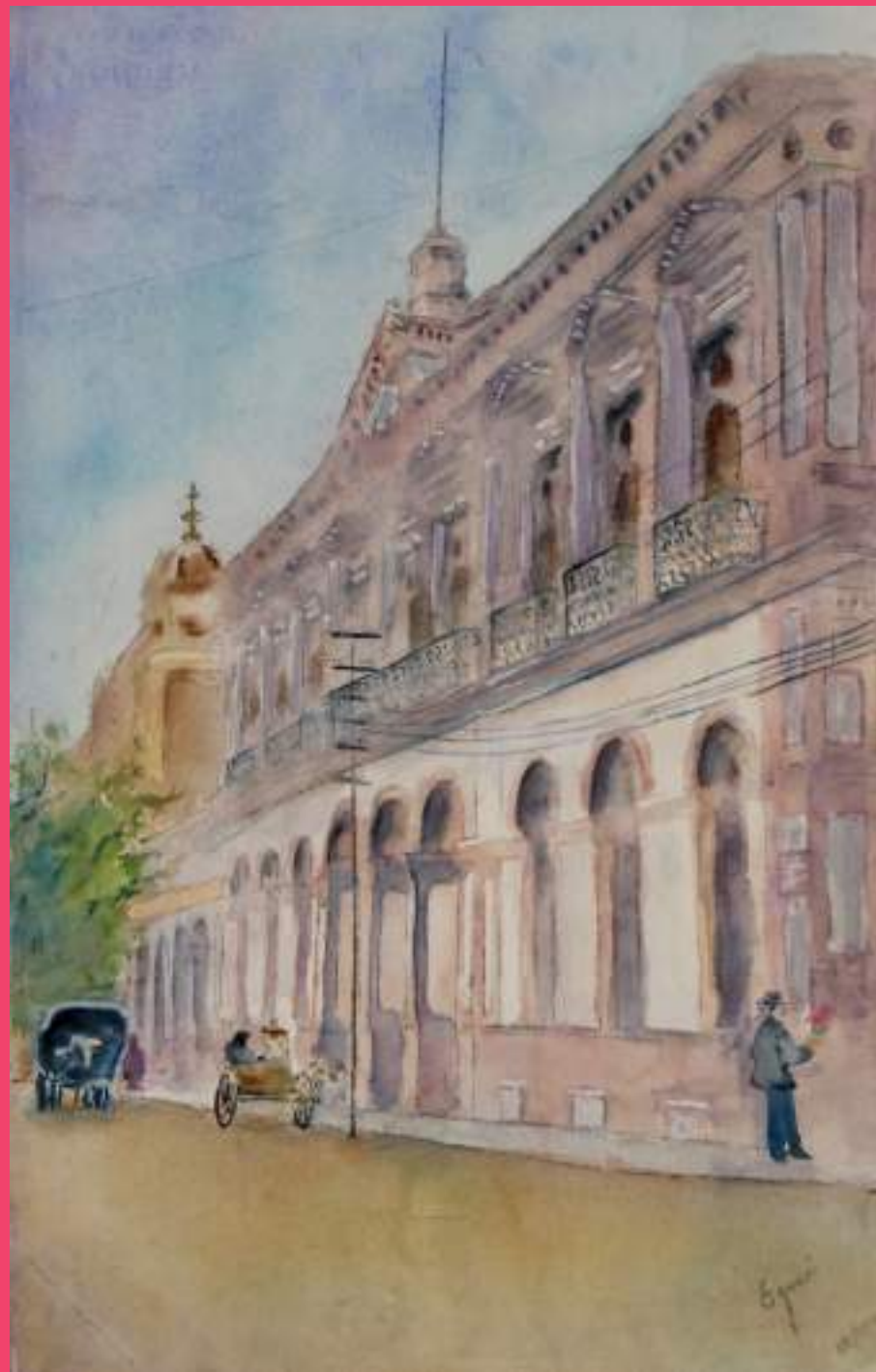
El 15 de agosto de 1893 la xv Legislatura se trasladó a su nuevo edificio de la calle de Porfirio Díaz —después llamada Belisario Domínguez—, justamente al frente de lo que fue la sacristía del Convento de la Asunción y que hoy es conocida como Capilla Exenta.

Hasta antes de 1918 el Palacio de Gobierno proyectado por Rodríguez Arangoiti tuvo una superficie de dos mil metros cuadrados, el resto de la manzana lo ocupaba el mesón de La Paloma. En el año citado, el gobernador general Agustín Millán expropió dicho predio para la ampliación del edificio hasta la actual calle de Lerdo, dándose por concluidas las obras el 15 de septiembre de 1926, ya bajo el gobierno de don Carlos Riva Palacio.

Al correrse el eje central de la fachada también se corrigió la ubicación del reloj que por muchos años remató el inmueble. En esta acuarela vemos el Palacio con el aspecto original neoclásico que le impregnó su creador.

Aquella plaza también llegó a funcionar como terminal de autobuses, que hacían servicio foráneo a poblaciones del estado, uno de ellos se incendió en marzo de 1948, con un lamentable saldo de catorce pasajeros muertos.

ELIZABETH GARCÉS DOMÍNGUEZ



PALACIO MUNICIPAL

En el catálogo de las construcciones públicas, privadas y religiosas de la ciudad, el edificio sede del H. Ayuntamiento de Toluca adquiere una relevancia especial, pues es en donde se toman las grandes decisiones para una mejor vida municipal.

El 13 de diciembre de 1812 se erigió el municipio de Toluca, estableciéndose su Ayuntamiento en acuerdo con lo dispuesto por el Título VI, Capítulo I de la todavía monárquica Constitución de Cádiz.

El 23 de marzo de 1871 se solicitó al superior gobierno del estado la autorización para la construcción del Palacio Municipal, con un proyecto del arquitecto e ingeniero Ramón Rodríguez Arangoiti y con un presupuesto de quince mil cuatrocientos ocho pesos, el cual, por Decreto número 85 del 11 de mayo de 1872, se cubrió con los precios de los lotes del exconvento.

En agosto se le comunicó al arquitecto constructor que ya se contaba con los fondos para la obra, iniciándose su edificación en terrenos que habían pertenecido al Convento Franciscano, particularmente la parte que había ocupado el cementerio para españoles.

Las bases del contrato de construcción señalaban que el expresado Rodríguez Arangoiti convenía en construir el palacio con planta baja y alta de acuerdo con el plano de fachada que presentaba; la construcción se haría: “de adobe, según la costumbre del lugar, con amarres horizontales y verticales de ladrillo y con arcos ciegos para su solidez”.

El citado contrato de construcción comprendía solamente lo relativo al edificio sin puertas, ventanas y barandales de hierro dulce, pintado interior y exteriormente de salpaxtle, sin incluir vidrios, tapices o pinturas ni estucos que debían llevar los nichos y columnas del salón.

Como parte del precio del terreno que el gobierno del estado ocupó para edificar su palacio, donde habían estado las Casas Reales, se facilitó la cantidad de cinco mil setecientos cincuenta y tres pesos para el Palacio Municipal, en partidas de veinte a treinta pesos semanarios, desde 1872 a 1879.

Después de más de diez años la obra no se concluía por la situación precaria que la había obligado a suspenderse, entonces, el Cabildo acordó que para terminarla, sin pérdida de lo ya invertido, se solicitara un préstamo al Instituto Literario del estado por un monto de diez mil pesos, y así fue como por fin pudo culminarse.

La bella fachada que se aprecia en la acuarela se mantuvo casi cien años, hasta finales de los años sesenta del siglo pasado, en que se rasuraron todas las salientes y se recubrieron con tezontle rojo y cantera, dándoles la modalidad de los notables edificios del siglo XVIII de la ciudad de México.

Lo que fueron ventanas de medio punto del primer nivel actualmente son ventanas de arco escarzano, en tanto que las ménsulas y remates salientes de los balcones del segundo nivel fueron arrasadas para dejar simplemente dinteles planos.



CALLE DE LA CONCORDIA

La calle de la Concordia de Toluca, de reducidas dimensiones, se abrió después de la expedición de las Leyes de Reforma para partir en dos lo que quedaba del Convento Franciscano de la Asunción, tal como se había hecho en la ciudad de México cuando en 1861 se abrió la calle de Gante, dividiendo el Convento de San Francisco.

El 5 de mayo de 1870 se colocó la primera piedra para la apertura de la calle de la Concordia, que orna esta acuarela y que tenía una orientación norte-sur, iniciaba en la avenida de la Independencia, justamente al paño lateral de lo que actualmente es el Palacio Municipal, y por algún tiempo permaneció cerrada en su extremo sur hasta 1885, cuando el señor Carlos González cedió el terreno para unirla con el Portal Madero, lugar hoy ocupado por la Concha Acústica.

El resto de lo que fuera aquella calle en la actualidad es un camino techado con un esqueleto metálico, que aloja las alacenas de dulces regionales, garapiña y comida rápida local, estructura inspirada probablemente en la pérgola que el arquitecto italiano Adamo Boari diseñó en tiempos porfirianos para la Alameda Central de la ciudad de México.

El último plano que se aprecia en la perspectiva de esta acuarela corresponde al sitio donde el 21 de marzo de 1951 se inauguró la primera concha acústica con un concierto de la Banda de Música del Estado, dirigida por el maestro Manuel Esquivel, fungiendo como directores huéspedes los maestros Felipe Mendoza y Alfonso Guadarrama.

En primer plano vemos construcciones desaparecidas, espacio que ahora se encuentra cubierto con bóveda transparente de cañón, en donde gente mayor baila danzón y algunos jóvenes practican bailes acrobáticos.

La calle cambió de nombre varias veces, en un principio se llamó Concordia, idea que animaba el propósito de unión de las fuerzas liberales y conservadoras que durante largo tiempo habían contendido, después se llamó Alberto García, más tarde Porfirio Díaz y desde 1914 se denomina Belisario Domínguez.

La calle tuvo edificios públicos y privados muy importantes: la Cámara de Diputados, las residencias de los generales Felipe Berriozábal y Fernando González, las de los licenciados Francisco Javier Gaxiola y Alfonso Giles, entre otros.

En el ramo comercial albergó varias sastrerías, un hotel, una funeraria, las oficinas de *El Sol de Toluca* y otros negocios; así como dos sitios para la disipación: el Casino Militar Miguel Alemán, con sus billares, y la famosa cantina El Mónaco. Esta calle quedó inmersa en la Plaza Fray Andrés de Castro, construida en el espacio de casi cinco mil metros cuadrados que el 21 de noviembre de 1960 el presidente Adolfo López Mateos cedió al Ayuntamiento Constitucional de Toluca.



ANTIGUA ESTACIÓN DEL FERROCARRIL NACIONAL MEXICANO

Aunque la estación del ferrocarril en Toluca sigue ocupando el mismo lugar desde que se inauguró el servicio el 5 de mayo de 1882, ya no es la misma construcción; originalmente fue una estación provisional que en su momento fue sustituida por otra, cuya obra estuvo a cargo del contratista Price.

La visión muy europea que nos muestra esta acuarela, hasta con un elegante Cabriolet de tipo inglés, fue proyectada con ladrillo y piedra artificial, con techos inclinados y muros escalonados en forma piramidal, edificio antiguo que un día lamentablemente fue devorado por un incendio.

Era de planta rectangular con eje mayor norte-sur, en sus lados menores tenía forma semicircular, así como un pequeño pabellón trapezoidal en su cara oriente, por donde corrían las máquinas y sus vagones.

La distribución de sus espacios comprendía el departamento de equipajes o *express*, oficina del telégrafo, administración con taquilla y dos salas de espera, a unos metros se elevaban los tanques de agua, la mitad inferior de cal y canto y la superior de metal, así como los depósitos dedicados a chapopote y aceites.

Hasta mediados del siglo xx tuvo gran movimiento de máquinas de vapor lentas y escandalosas que desplazaban numerosos vagones de

carga y de pasajeros; en 1907 la estación fue embaldosada y el 1 de febrero de 1933 se estrenó la nueva estación del Ferrocarril Nacional Mexicano, que vino a suceder a la vieja y europeizada estación.

La intensa actividad que por años desarrolló esa estación provocaba un enorme movimiento de maquinistas, llamadores, limpiadores, soldadores, herreros, garroteros, agentes de publicaciones y otros trabajadores indirectos, como las cuadrillas de estibadores a quienes, sin propósito peyorativo, se les denominaba simplemente “cargadores”.

Los alrededores de la estación estaban poblados de numerosas construcciones dedicadas a bodegas, almacenes, molinos, tocinerías, depósitos y fábricas de vidrio y de cigarros, entre otras, varias de ellas con sus respectivas espuelas de vía para maniobras.

Las locomotoras de patio se encargaban de hacer los movimientos para cambios de vía y formación de los vagones sobre los rieles, operaciones que eran un deleite para la chiquillería, que con gran emoción observaba ese mundo fascinante del ferrocarril.

Con la introducción de la vía ancha en 1949 y la llegada de las máquinas diésel, la actividad de la vieja estación sufrió cambios; actualmente, aunque la estación sigue registrando movimiento de trenes que sirven al corredor industrial Toluca-Lerma, ya no tiene la intensa vida que tuvo durante varias decenas de años.



MANIOBRAS EN LA ANTIGUA ESTACIÓN DEL FERROCARRIL

El 4 de mayo de 1882 quedó fechado el informe de Mr. James Sullivan —empresario del ferrocarril de México a Toluca— dirigido al secretario de Fomento, Colonización, Industria y Comercio del gobierno federal, el cual señalaba que al medio día había llegado a esta última la primera locomotora de la Compañía Constructora Nacional Mexicana.

Desde el 28 de abril de 1882 el periódico ilustrado *La Patria* había dado los pormenores de una expedición sin precedentes, pero que solo había llegado a Salazar, en donde los viajeros se despidieron de Mr. Sullivan, pues hasta ahí estaban los rieles; ahí llegó una pesada diligencia que brinco a brinco los llevó hasta Toluca. Ya se vislumbraba que aquel ferrocarril sería de gran utilidad y atractivo para los habitantes de las dos ciudades, lo que se consumó el 4 de mayo.

El ferrocarril a Toluca no salía de Buenavista como otros, sino de la estación Colonia, que se ubicaba precisamente en la actual calle de Sullivan —por el apellido del empresario—, espacio después ocupado por el monumento a la Madre. Aquel camino de fierro de México a Toluca era de gran mérito, pues vencía una cordillera de agrestes montañas, saltando barrancas y desfiladeros.

En el lado izquierdo superior de esta acuarela se aprecia en forma diminuta el símbolo, hoy diríamos logotipo, de la Eagle Petroleum Company, con su pequeña águila; esta discutida empresa después sería la Compañía Mexicana de Petróleo El Águila S.A., que el 28 de marzo de 1908, treinta años antes de la expropiación petrolera, informaba

que su refinería en Minatitlán, estado de Veracruz, tenía una capacidad para tratar dos mil barriles diarios de petróleo.

Ese mismo año, el 31 de agosto de 1908, la compañía quedaba finalmente constituida conforme a las leyes mexicanas; la empresa iniciaba con un capital de cincuenta millones de pesos, dividido en cinco millones de acciones, de las cuales ocho millones y medio eran de la Sociedad Petrolera Pearson and Son Ltd. Al sobrevenir la expropiación petrolera, aquella casa que registra la acuarela pasó a pertenecer a la compañía Petróleos Mexicanos, en donde despachó la nueva gerencia, varios años a cargo de don Francisco de P. Jiménez.

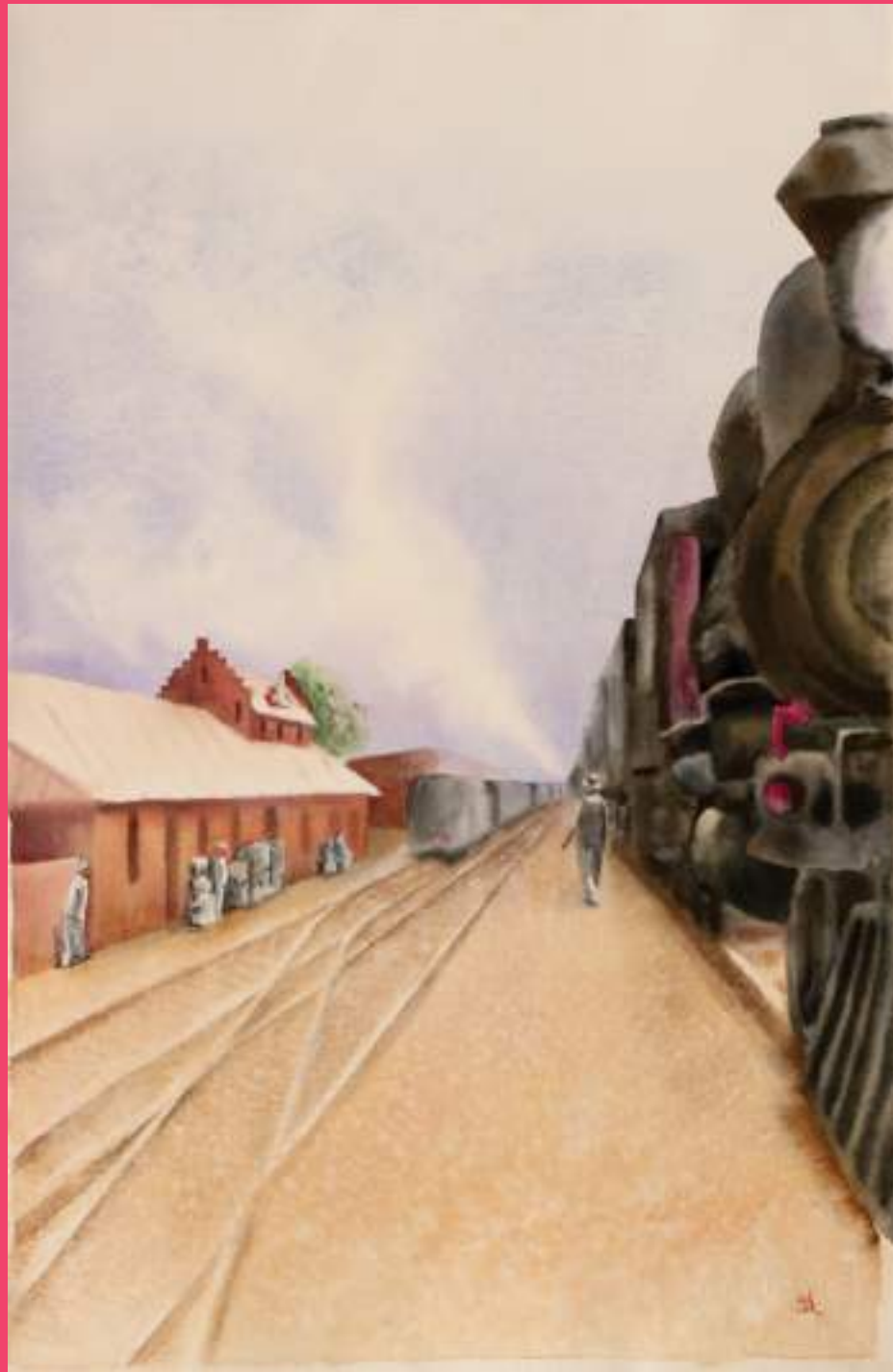
A mediados del siglo xx, decir “la estación” hacía que el pensamiento remitiera instantáneamente a la estación del tren.

Quienes tenían la oportunidad de viajar en tren aguardaban con emoción que se pusiera en movimiento la máquina para disfrutar de la apasionante aventura.

Hasta la fecha subsiste la expresión “pasó hecho la mocha”, recordando a la veloz locomotora recortada que por su forma fue bautizada como La Mocha.

En las cercanías de la estación se encuentra el Jardín Felipe Pescador, en donde hay un monumento dedicado a Jesús García *El Héroe de Nacozari*; cada 7 de noviembre los ferrocarriles sobrevivientes de la época dorada del tren acuden a una solemne guardia.

SOL CAMACHO MORFÍN



ESTACIÓN CON EL TREN HACIA MÉXICO

La autora tituló esta obra *Como si fuera abril*; quizá sin proponérselo invocó un mes que tiene mucho que ver con la estación del tren. Fue en abril de 1882 cuando el último clavo de los rieles del tren México-Toluca quedó hincado; fue también el lunes 2 de abril de 1883 cuando se inauguró la Primera Exposición del Estado de México, que mostraba todo lo susceptible de ser transportado en el vanguardista medio, pero también se cumplían 16 años de que las fuerzas republicanas, acaudilladas por el general Porfirio Díaz, vencieron en Puebla a las fuerzas intervencionistas francesas.

Al iniciar la década de los ochenta del siglo XIX, el antiguo pueblo de San Juan Bautista, después barrio, llamado también San Juan Grande para distinguirlo de San Juan Chiquito, se transformó por completo, al construirse ahí la estación del ferrocarril que quedaba unida al centro de la ciudad por la actual avenida Independencia, en una distancia de dos kilómetros.

Originalmente, el contratista Mr. Price había construido una estación provisional que fue sustituida por la que se inauguró el 3 de noviembre de 1891, con un costo de dieciséis mil pesos.

Hace aproximadamente ciento diez años, en la actual calle Alberto García, frente a la estación, funcionaba el hotel El Ferrocarril, a la usanza norteamericana: con billares y cantina, negocio propiedad de don José Adolfo Contreras.

La vieja estación fue sustituida por otra, que la generación actual todavía conoció y que tuvo su estreno el 1.º de febrero de 1933.

Aún sin embarcarse, la estación por sí sola era atrayente para los niños, a quienes les llamaba la atención aquellas construcciones un tanto extrañas y curiosas, así como su equipamiento: el cuarto de máquinas, el enorme tinaco o tanque, el depósito de leña, las máquinas, los arzones de mano, los diferentes tipos de vagones, ya fueran de carga, pasajeros o tanques, y tantas cosas más, hasta caminar saltando entre los durmientes y rieles; una diversión era poner una moneda sobre la vía y constatar cómo la dejaba el tren después de pasar sobre de ella.

La estación tuvo más de cien años de intensa vida, por sus alrededores siempre se vieron orgullosos a aquellos hombres vestidos con su “unión” azul, uniforme que en inglés se denomina *overall* (sobre todo); algunos con su estopa colgando de uno de los múltiples bolsillos.

Los cargos, puestos y oficios del gremio ferrocarrilero eran diversos: jefe de estación, empleado de Express, telegrafista, despachador de máquinas, jefe de talleres, llamador, arenero, mecánico de piso, maquinista, maquinista de patio, fogonero, garrotero, garrotero de patio, limpiador, agente de publicaciones, conductor, guarda crucero, carretillero, estibador de transporte, etcétera. Muchos de ellos en sus ratos de ocio frecuentaban los clásicos lugares de reunión: las pulquerías La Vía, El Lagarto, La Coyotera o la cantina Hay Órdenes.

Se les veía siempre animados en las fiestas de los templos cercanos de San Juan Bautista, Nuestra Señora de los Ángeles, en Huitzila, San Dieguito y Tlacopa.



PALACIO DE GOBIERNO Y ARCO TRIUNFAL

El Decreto número 30 del 12 de octubre de 1870, publicado en el periódico *La Ley* del 18 de octubre del mismo año, establecía que para la edificación del Palacio de Gobierno podría invertirse hasta la suma de veinticinco mil pesos, sin que en ese año económico quedara autorizado más gasto que el consignado para ese objetivo.

El autor del proyecto fue el arquitecto Ramón Rodríguez Arangoiti, ampliamente conocido, y la ejecución de la obra se contrató con el C. Juan F. Valdés en la suma de veinte mil pesos, sin incluir la ornamentación interior, es decir, los tapices, cortinajes, candiles, espejos, lámparas, retratos, jarrones y, por supuesto, muebles que le dieran un ambiente especial.

La obra tuvo un presupuesto inicial de doce mil pesos entre junio de 1870 y junio de 1872, en el “año económico” de julio de 1872 a junio de 1873 hubo un incremento presupuestal de treinta mil pesos, el cual se mantuvo hasta 1874; según eso, el costo del Palacio habría sido de cuarenta y dos mil pesos, aunque Aurelio J. Venegas (1894) considera que el costo del edificio fue de setenta mil pesos. El Palacio quedó terminado en 1874.

Días antes de las celebraciones patrias de ese año circuló en la ciudad un impreso en papel blanco, con letras negras y rojas, era el programa de actos de los días 15 y 16. En el primero se realizaría una función cívica por la mañana, en tanto que por la noche se daría el Grito de Independencia y Libertad.

El día 16, después de izar el Pabellón Nacional, el gobernador Alberto García, acompañado de todas las autoridades y empleados, se dirigió al Palacio de Justicia (contiguo al Templo de San Juan de Dios) para entregarlo a los ciudadanos magistrados, depositarios del Poder Judicial, para después trasladarse a inaugurar el nuevo palacio de los Poderes Ejecutivo y Legislativo.

En este último recinto funcionaron estos Poderes hasta el 15 de agosto de 1893, en que la xv Legislatura se trasladó a su nuevo edificio, en la calle Porfirio Díaz, años después calle Belisario Domínguez.

Hasta antes de 1918, el edificio proyectado por Rodríguez Arangoiti tuvo una superficie construida de aproximadamente dos mil metros cuadrados, el resto de la manzana lo ocupaba el mesón La Paloma. En ese mismo año de 1918 se iniciaron las obras de ampliación, después de que el gobernador Agustín Millán expropió la casa que colindaba con el Palacio por su lado norte, y que pertenecía a la señora Guadalupe Madrid de Pliego.

Fue hasta el 15 de septiembre de 1926 cuando se dieron por concluidas las obras de ampliación del Palacio, ya bajo el gobierno de don Carlos Riva Palacio, quedando en las dimensiones que hasta la fecha conserva ahora como Tribunal Superior de Justicia, pero en el estilo que luce en la acuarela.

Hace poco tiempo se instaló un nuevo reloj en su remate más alto y en 2021 se restauró su salón principal, con lo que se recobró su gran categoría.



EL PÓRTICO DE LA EXPOSICIÓN, 1883

Actualmente, en el lado sur de la Plaza José María González Arratia —avenida Hidalgo— se encuentra la réplica de un pórtico construido originalmente en 1883 como acceso principal del efímero Palacio de la Exposición. Anteriormente se acostumbraba que en las ciudades importantes a donde llegaba el novedoso y vanguardista medio de comunicación del ferrocarril se montaran exhibiciones de todo aquello susceptible de ser transportado en el tren. Dicha exposición fue autorizada mediante el Decreto 83 del Congreso local, fechado el 14 de octubre de 1882.

Así, aquella instalación que originalmente era el Mercado Riva Palacio, inaugurado en 1851, fue acondicionada para albergar temporalmente una importante exhibición de productos naturales, minerales, agrícolas, industriales, científicos y de bellas artes.

El 2 de abril, fecha de especial significado para el presidente de la República, general Porfirio Díaz, abrió sus puertas la citada exposición; pasada esta, el mercado volvió a su operación habitual.

En los años treinta del siglo xx, un incendio suscitado en aquel mercado dio lugar a una reconstrucción en la que el enorme predio, de aproximadamente seis mil metros cuadrados —hoy Plaza González Arratia—, se dividiera en dos, mediante la ampliación de la calle del Nigromante hasta la actual calle de Bravo norte, es decir, hasta el Portal Reforma. En la parte sur se construyó un bello edificio *art déco*, estilo

que predominaba en esa época: era el teatro que sucesivamente llevó los nombres de Municipal y Revolución, para terminar finalmente como Cine Coliseo.

En el predio del lado norte siguió funcionando el mercado que nuestra generación identificó como Mercado Hidalgo o “mercado viejo”. Al principio de los años ochenta dicho mercado cerró sus puertas para, con su mismo nombre, ser trasladado a otro lugar.

En 1996, con recursos del entonces Programa de 100 Ciudades, se construyó la actual Plaza José María González Arratia, con un proyecto del arquitecto José Luis Contreras Barriga, en el que se decidió hacer una réplica de aquel pórtico de columnas de estilo dórico, que fue entrada principal, primero del temporal Palacio de la Exposición y después del recordado mercado.

La réplica del pórtico fue levantada para reproducir a su antecesor, y a pesar de los esfuerzos económicos que se hicieron para su construcción original —aportaciones, ganancias por corridas de toros y demás— los recursos no alcanzaron para rematarlo en su parte superior con un frontón triangular que el proyecto de 1883 contenía.

Hoy, probablemente muchos de los viandantes que cruzan diariamente bajo esa columnata desconocen por qué está ahí ese singular pórtico.



COMPAÑÍA CERVECERA TOLUCA Y MÉXICO, S.A.

El hecho de que las ciudades de Toluca y Orizaba tuvieran una cervecería desde hace más de un siglo no es una casualidad. En aquellos tiempos se aprovechaban las aguas provenientes de los deshielos de las cumbres nevadas, como en los Alpes, los Andes, Milwaukee y otros sitios cerveceros por excelencia.

En la ciudad veracruzana ya citada, el Citlaltépetl o Pico de Orizaba, y en nuestra ciudad el Xinantécatl o Nevado de Toluca, permitieron que las aguas de las crestas nevadas llegaran a los respectivos valles, decantadas por gravedad y apropiadas para elaborar cerveza; hoy, los avances de la ciencia y la tecnología permiten elaborar cerveza artesanal en cualquier lugar, puesto que el tipo de agua necesaria para ese tipo de producto puede ser tratada previamente.

En Toluca, el señor Telésforo Valdés desde 1850 había fundado su cervecería El Cabrito, en el número 3 de la calle de Victoria, hoy avenida Independencia, entre Sor Juana y Pino Suárez.

En 1875 el señor Santiago Graf, ciudadano suizo nacido en 1846 y radicado en Toluca, fundó un taller de cerveza en el número 12 de la calle de Zaragoza —hoy avenida Hidalgo poniente—, donde después se levantó el edificio que hoy ocupa toda una manzana y alberga un centro cultural privado.

El 21 de agosto de 1884 el señor Graf y el ingeniero Fernando Rosenzweig, quien había nacido en Viena en 1845, se asociaron para convertir en una sociedad mercantil aquel taller que había nacido con un carácter un tanto familiar.

Graf participaba con la aportación del edificio, enseres útiles y existencia de la empresa, con un crédito, tanto activo como pasivo, de dieciocho mil pesos; Rosenzweig se comprometía a entregar seis mil pesos en efectivo, aumentando posteriormente la cantidad del capital inicial hasta cubrir la mitad del capital aportado por Graf.

Ya como gran empresa, se construyó el bello edificio proyectado por el destacado arquitecto Demetrio Zelinski, especializado en arquitectura industrial.

La cervecería tuvo su propia fábrica de vidrio, que estuvo cerca de la estación del ferrocarril, en lo que hoy, consecuentemente, se conoce como fraccionamiento La Vidriera y en donde se inauguró en 1907 un horno de vidrio con capacidad para producir hasta veintidós mil botellas diarias.

El 5 de julio de 1908 la Compañía Cervecería Toluca y México, S.A., que era su nombre oficial, obtuvo su marca industrial bajo el registro 6209 y a partir de entonces fortaleció su publicidad moderna, alcanzando un gran éxito por su excelente sistema de distribución y ventas.



ANTIGUA CERVECERÍA

La Compañía Cervecera Toluca y México, S.A. fue una empresa surgida en la etapa de incipiente industrialización que tuvo la capital del Estado de México, alrededor del último cuarto del siglo XIX; se localizaba en la parte más oriental de la ciudad, hoy en su pleno corazón.

A diferencia del vino, que tuvo como dios a Baco y a Dionisio, la cerveza consiguió un rey en la persona de Gambrinus, rollizo y rozagante personaje que cabalga en un tonel de cerveza, el ícono de Gambrinus fue alternado con la famosa muchacha de Toluca, sonrosada y radiante, con sus marcados rasgos germanos.

En la Exposición Nacional de Productos Naturales, Industriales, de Obras de Arte y otros objetos, celebrada en 1902, la Compañía Cervecera de Toluca fue considerada una de las empresas del ramo más importantes en América Latina; para entonces, proporcionaba ingreso a unas mil quinientas personas y sus acciones eran muy cotizadas.

Un importante sector de la publicidad de la Cervecería de Toluca fue confiado a la Gugler Litho, Co. de la ciudad de Milwaukee, de esta época datan las tarjetas postales que circularon en diversas partes del mundo.

La Cervecería puso también en circulación bellas copas tipo yarda, así como sus hermosos tarros y *bocks* con tapa para preservar las cualidades de la cerveza mientras se bebía.

Botellas y tarros dejaban atrás la costumbre de adquirir en las esquinas, a granel, el preciado líquido fresco y espumoso que se expendía en pequeñas barricas, llamadas familiarmente “las chicas”.

Por ese mismo año, la Cervecería ya tenía que sostener una línea publicitaria para cada una de sus marcas, de las cuales se destacaban sus características, lo que propició una publicidad especializada.

¿Por qué beber cervezas de Toluca hace 100 años? Los convincentes lemas y mensajes publicitarios respondían esta pregunta, por ser: “puras”, “inimitables”, “preferidas”, “deliciosas”, “ideales”, “populares”, “favoritas”, etcétera.

La publicidad recurrió a la fotografía, al dibujo y a los lemas; el nombre de Toluca se repetía en forma machacona, a veces con engreimiento, para resaltar la calidad de sus cervezas.

El membrete de la Cervecería amparaba una empresa cuyo edificio en Toluca era una planta moderna equipada con salas de refrigeración, casa de calderas, bodegas para conservar la malta de Bohemia y el lúpulo de Saaz, casa de cocimiento, bodegas de fermentación, reposo y clarificación, cuartos fríos y otros departamentos, incluyendo su colegio nocturno para obreros.

Del edificio central ubicado al frente del Jardín Zaragoza partía la distribución para las ciudades de México, Puebla, Celaya, Guadalajara, Veracruz, Pachuca y hacia los Estados Unidos.



CALLE DE LA LIBERTAD

El remate visual de esta acuarela es el edificio de la Compañía Cervecería Toluca y México, S.A.; sin embargo, entre el observador y la Cervecería toluqueña se interpone un edificio cuyo letrero alude a la Cervecería de Orizaba; se trata de una empresa concesionaria de los tiempos en que se iniciaban las competencias publicitarias encarnizadas, tal como hoy se siguen dando.

La fábrica toluqueña tenía un enorme edificio, en tanto que la concesionaria veracruzana tenía un local, relativamente pequeño, pero que aprovechaba la irregularidad del alineamiento para anteponerse visualmente de forma ventajosa con sus mensajes de presencia en Toluca.

Por su parte, en Orizaba en 1894 inmigrantes alemanes habían creado la cervecería que dos años más tarde se transformó en una sociedad anónima, denominada: Cervecería Moctezuma; sus fundadores fueron: Guillermo Haase, Cuno von Alten y la señora Emilia S. de Mantey, esposa de un directivo del Ferrocarril Mexicano.

La Cervecería de Toluca ofrecía sus marcas: Toluca Extra, Marzen bock, Pilsner, Victoria, entre otras; en tanto que la Cervecería de Orizaba ofertaba las marcas Sol, Luna y Siglo xx, que después perdería la palabra *siglo*.

La acuarela ofrece también una hermosa vista de la calle de la Libertad, hoy avenida Hidalgo poniente; del lado izquierdo se observa

la esquina donde se ubica la legendaria Papelería ABC y lo que fuera el Hotel León de Oro, después Hotel Colonial; en tanto que del lado derecho se aprecia la famosa tienda de granos y semillas del destacado comerciante toluqueño Andrés Salas Milanés.

La acuarela muestra el emblemático edificio en el que se aprecian sus elevadas “chimeneas cuatas”, correspondientes a su vez a las “calderas cuatas” que daban lugar a importante parte del proceso de fabricación.

Aquellas chimeneas sirvieron después para la colocación de un espectacular luminoso con luces de neón que anunciaban las marcas de cervezas de la empresa que ya había pasado a manos de un poderoso grupo industrial, para entonces ya no se producían ahí las cervezas, solamente eran oficinas y bodegas que tenían un intenso movimiento de camiones para la distribución.

Después de que el edificio permaneció varios años convertido en simple taller de restauración de refrigeradores cerveceros, se le construyó una atrevida techumbre modernista y fue acondicionado como Museo Modelo de Ciencias e Industria (MUMCI), funcionó como tal del 30 de junio de 2009 al 28 de febrero de 2014, volviendo a abrir sus puertas recientemente como centro cultural privado.



CALLE DE JUÁREZ

La antigua calle de Flores es la que vemos en la perspectiva de esta acuarela; también llevó el nombre de Congreso. A partir del 29 de abril de 1867, a menos de tres meses del fusilamiento de Maximiliano, se le cambió el nombre por el de Juárez, denominación que aún conserva.

En esta acuarela se aprecia el tramo que en el siglo XIX, antes de que el ferrocarril llegara a Toluca, unió al Instituto Literario —hoy edificio de la Rectoría de la UAEM— con la Casa de las Diligencias —actualmente centro cultural de la misma universidad—; por consecuencia, debió ser un trayecto muy transitado por alumnos y maestros que de la casa de estudios se desplazaban caminando para tomar la diligencia hacia otros destinos y, por supuesto, en sentido inverso, cuando provenientes de otros orígenes llegaban en aquellos carruajes a nuestra ciudad para asistir a clases. Imaginamos que Ignacio M. Altamirano, Ignacio Ramírez, Felipe Sánchez Solís, Agustín González Plata y tantos otros caminaron el trecho protagónico de esta imagen.

Por otro lado, la construcción y posterior funcionamiento del ferrocarril de México a Toluca trajo como resultado el arribo a la ciudad de numerosos extranjeros, principalmente de origen sajón, quienes practicaban religiones diferentes a la católica, razón por la que surgieron varios templos de esos cultos, uno de ellos es el templo metodista El Mesías, que discretamente se ve del lado izquierdo.

En 1894, el H. Ayuntamiento de Toluca recibió la siguiente comunicación:

Señores

Tengo el honor de presentaros este memorial suplicando se dignen permitir la construcción de un edificio sobre el lugar que ocupa la propiedad en que se ha fijado el No. 11 de la calle de Juárez en la ciudad de Toluca.

De nuestra parte prometemos conformidad, en la obra, con los diseños, que, con esta se me permitirá presentar para vuestra consideración y aceptación.

El encargado y responsable

D. King

Llama la atención que la solicitud no hacía referencia a que se trataba de un templo, aunque el bello dibujo a color de la fachada, presentado para su autorización, especificaba: *Design chapel*.

Este templo conserva íntegra su fachada y sigue en funciones para los practicantes de esa religión.

La calle de Juárez que vemos en la acuarela no ha desaparecido, lo que ya no se ve es el ambiente desolador que muestra en esta estampa.

En el presente, la avenida Juárez vive un agitado tránsito tanto peatonal como vehicular, en virtud de que aquella avenida residencial de familias distinguidas de Toluca se transformó en una avenida comercial de intensa actividad, a partir de que en 1961 se inauguró la terminal que agrupó a todas las líneas de autobuses foráneos que individualmente ocupaban pequeños o grandes corralones como terminales de sus servicios.



CALLE DE LA LEY CON TRANVÍA

Calle de La Ley es el nombre que a fines del siglo XIX llevó la actual avenida José Vicente Villada, porque ahí, contiguo al Templo de San Juan de Dios —hoy Santa María de Guadalupe—, estuvo el Palacio de Justicia, que ocupaba el edificio que fuera el hospital de la orden de los juaninos hospitalarios después de haber sido acondicionado para oficinas del Poder Judicial.

Esta calle tuvo simultáneamente otros nombres en sus diferentes tramos: calle de San Juan de Dios, Víctimas, José Hernández y Simón Velázquez.

El 11 de mayo de 1904, una semana después del deceso del gobernador del estado, general José Vicente Villada, un grupo de vecinos, encabezados por los ciudadanos Ramón Díaz, Santiago Graf, Eduardo Henkel, Benito Sánchez Valdés, Alberto Henkel, Alfredo Ferrat, Adolfo Henkel, Ignacio Guzmán, Francisco M. de Olaguíbel y Pedro Díaz, presentaron al H. Ayuntamiento una iniciativa para cambiar el nombre de La Ley por el de general Villada, con el fin de hacer perdurable el nombre del gobernante recto y honrado. Los ediles, de acuerdo con la fundada iniciativa, aprobaron con dispensa de trámite el cambio de nombre de la calle, denominándola en lo sucesivo avenida José Vicente Villada.

En 1882 la llegada del ferrocarril a Toluca forzó un cambio en el comportamiento social de los habitantes, pero también trajo transformaciones en la estructura física de la ciudad, entre ellas la

introducción de un servicio de transporte urbano complementario, consistente en una red de tranvías que el pueblo se encargó de bautizar con nombres familiares: a los vagones verdes les llamaron “pericos” y a los de color blanco “palomas”; en un principio fueron de “tracción de sangre” o “tracción animal”, después funcionaron con vapor.

El poeta Manuel Gutiérrez Nájera, el famoso Duque Job, que en varias ocasiones se ocupó de escribir acerca de Toluca, ya que con frecuencia la visitaba por su cargo de diputado local, en 1883 escribió su obra titulada *La novela del tranvía*, que tiene efecto en la ciudad de México, pero que pudo ser en Toluca; en ella dice:

[...] Cuando la tarde se oscurece y los paraguas se abren, como redondas alas de murciélago, lo mejor que el desocupado puede hacer es subir al primer tranvía que encuentre al paso y recorrer las calles como el anciano Victor Hugo las recorría sentado en la imperial de un ómnibus. El movimiento disipa un tanto cuanto la tristeza, y para el observador, nada hay más peregrino ni más curioso que la serie de cuadros vivos que pueden examinarse en el tranvía [...].

Esta acuarela nos muestra una imagen del ramal del tranvía, que sobre la avenida Villada llegaba hasta el arranque del Paseo Colón, conteniendo a nuestros abuelos.



AVENIDA JOSÉ VICENTE VILLADA

A la muerte del general José Vicente Villada, ocurrida el 6 de mayo de 1904, cuando desempeñaba el cargo de gobernador del Estado de México, se propuso unificar la nomenclatura de toda la avenida, imponiéndole su nombre, como una forma de perpetuar la memoria del ilustre gobernante.

El dictamen correspondiente fue aprobado en el Ayuntamiento local, el cuerpo edilicio consideró que las razones argumentadas no solo eran atendibles y fundadas, sino de perfecto acuerdo de los miembros del Cabildo. Así, con fecha 12 de mayo de 1904 firmaron el acuerdo Benito Sánchez Valdés, Alfonso María Díaz González, Alberto García, Carlos Castillo, José María Pastor, S. Graf, Silviano García, Juan de Dios Montero, Eduardo García, Pascual Morales Molina y A. Ferríz Ibáñez.

Desde entonces, la importante avenida lleva el nombre de quien fue gobernador del Estado de México de 1889 a 1904, en que sobrevino su fallecimiento; el monumento que se localiza al inicio del Paseo Colón y fin de la avenida que lleva su nombre hace perdurable su recuerdo como una muestra de gratitud al ilustre gobernante.

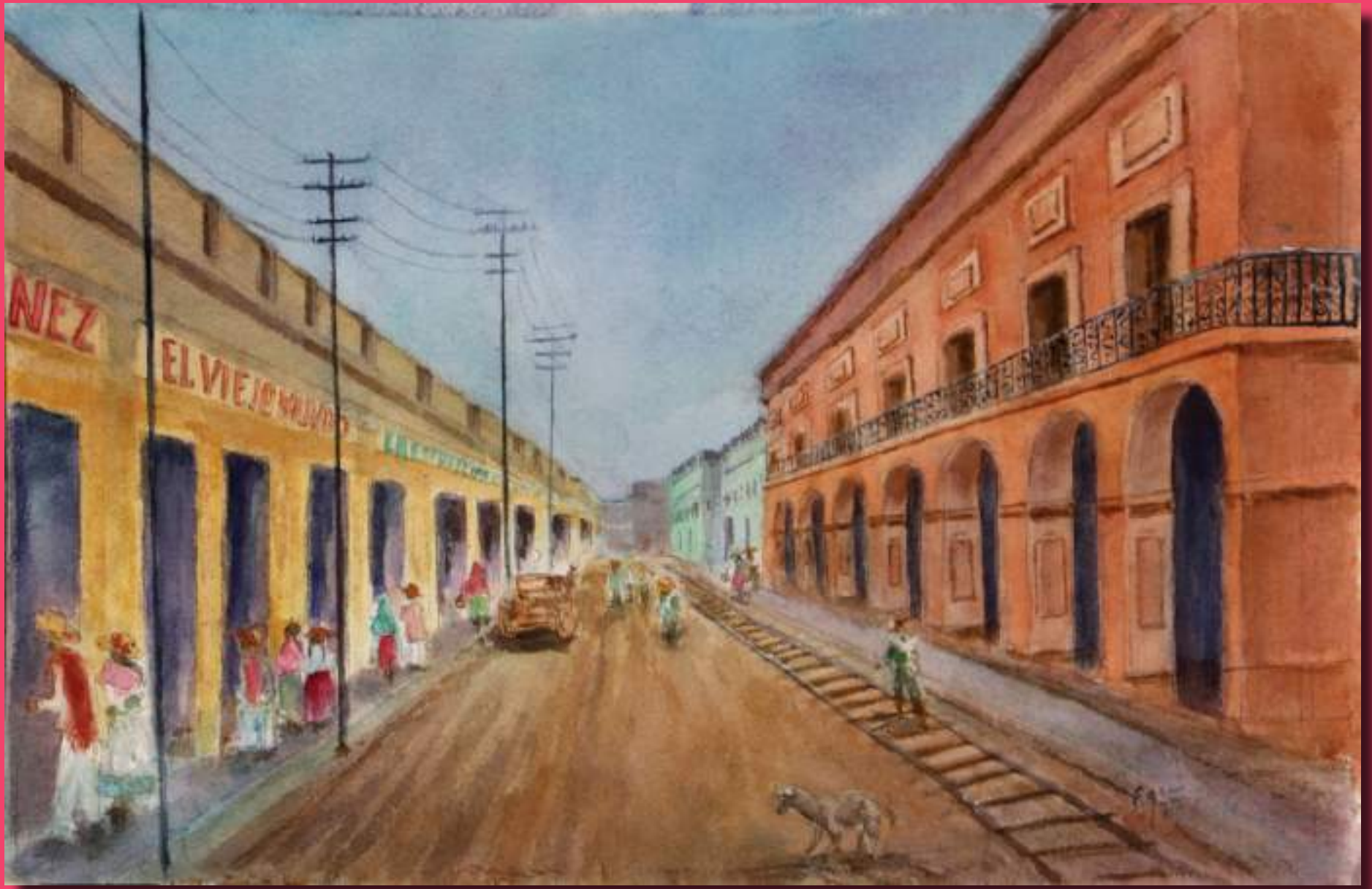
Ya no están los inmuebles de la acera oriente, donde nació el poeta Heriberto Enríquez (1884-1963) y donde después vivió el doctor Mariano C. Olivera López (1886-1977); tampoco están la Escuela Urbano Fonseca, la vivienda del pintor local Fabián Cuenca ni la enorme casa de la partera María Pliego, hoy Secundaria 2.

Por la banqueta poniente tampoco existen ya las casas de don Santos Pérez Cortina, la de don Rafel Pliego y Cortina, ni el antiguo hospital de la orden de los juaninos, que jugó un importante papel en la epidemia de *matlazahuatl* en 1737; tampoco está ya la casa de don Pascual Benavides, todos estos edificios de notables características.

Desapareció también la atrayente papelería El Cometa, propiedad de don Rafael Uribe, el recordado *teacher* Uribe, padre del ilustre intelectual Óscar Uribe Villegas. El nombre del negocio se dio porque abrió sus puertas el año de la aparición del cometa Halley.

Inolvidable también fue el singular y versátil negocio de don Tomás Escárcega: La Gruta, que se adelantó a muchos aspectos de la mercadotecnia.

En la desembocadura de la calle de Ramón Corona destaca la llamada Puerta del Calvario, que es en realidad un arco que une dos bellas casas construidas por el reconocido ingeniero Vicente Suárez Ruano, ambas datan de 1916; en la del lado norte vivió don Andrés Salas Milanés, conocido comerciante de granos y semillas; la del lado sur tuvo entre otros sucesivos habitantes a las familias Vila, Ozuna, Añoberos, Martínez, entre otras.



CASA DEL RISCO

En la actual esquina de 5 de febrero y Aquiles Serdán estuvo desde el siglo xvii hasta los años sesenta del xx una de las más pomposas residencias toluqueñas, la llamada Casa del Risco o también Portal de Riscos, cuyos nombres tienen igual número de versiones: una de ellas dice que la casa fue levantada sobre un risco del cual asomaban unas pequeñas crestas en el piso de su portal; la otra explicación, con mayor grado de probabilidad, afirma que uno de sus varios propietarios fue don Nicolás Sánchez Riscos, capitán de coraceros —soldados que usaban coraza—, quien la adquirió el 22 de septiembre de 1747, y de ahí la denominación que acompañó al inmueble hasta su demolición.

Aquella casa señorial estaba construida en un generoso terreno de más de tres mil metros cuadrados; tenía su fachada viendo al oriente y estaba compuesta de dos pisos con un portal de siete arcos en la parte baja y el mismo número de balcones en la planta alta. El arco central de su portal coincidía con el eje del templo del Convento franciscano, que viendo hacia el poniente quedaba frente a frente.

Por transmisión oral se cuenta que en 1830, cuando Toluca fue elevada a la categoría de capital del Estado de México, la ciudad carecía de edificios dignos o decorosos para ser sede de los Supremos Poderes, ante eso, la casa fue habilitada como Palacio de Gobierno provisional.

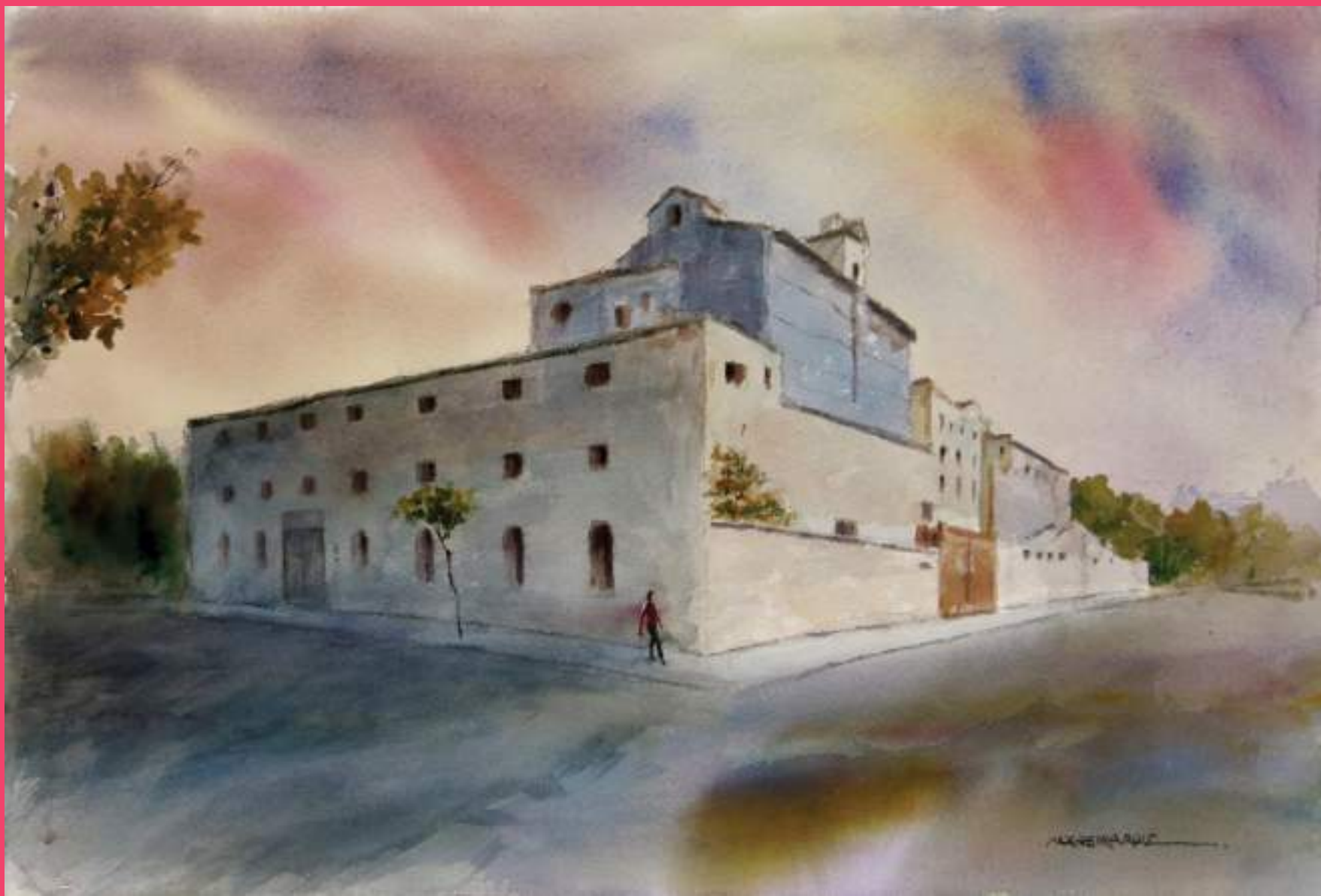
En 1842 la señora Dolores Albarrán de Pliego compró la casa. Cuando el emperador Maximiliano y su esposa Carlota visitaron Toluca, el 24 de agosto de 1864, fueron hospedados en aquella legendaria residencia y la señora Guadalupe Madrid de Pliego cedió gentilmente su recámara a la emperatriz.

En 1925 la casa fue adquirida por don José Ballesteros Pliego, poniendo la propiedad a nombre de su pequeña hija Guadalupe Ballesteros Lechuga.

Aquel inmueble de tan agitada historia también alojó a la Academia Práctica de Comercio Elena Cárdenas, que llegó a tener gran prestigio.

El 29 de agosto de 1948 fue inaugurada en esa casa la sucursal número 12 del Nacional Monte de Piedad.

Durante los años sesenta, cuando la piqueta arrasó con muchas construcciones antiguas de la ciudad, el edificio fue demolido para dar paso a un estacionamiento de automóviles, mismo que se vio envuelto en un hecho, insólito para la época, consistente en el descubrimiento de un cadáver empaquetado en la cajuela. En las décadas recientes un moderno portal vino a ocupar toda la cuadra.



ANTIGUO MOLINO DE LA UNIÓN

Actualmente en la esquina de las calles de Lerdo y Quintana Roo destaca un llamativo y moderno conjunto de varios edificios, identificado con el nombre de Paseo Molino, constituido por departamentos, oficinas, cines, bancos, restaurantes, cafés y demás negocios. Ese moderno desarrollo hace irreconocible lo que fue en buena parte del siglo xx el molino de trigo de La Unión, que a su vez había sucedido al colonial Molino de San Miguel, cuyo nombre derivaba del legendario barrio encaramado en el cerro de Apinahuizco, en la Sierrita de Toluca.

Las Ordenanzas Reales mandaban que cierto tipo de obrajes se alinearan en las márgenes de los ríos para poder verter en ellos los desechos; una considerable longitud del río de la ciudad corre entre las actuales avenidas Hidalgo y Lerdo poniente, ahí surgieron las principales tenerías, jabonerías y molinos todavía movidos por vapor.

El Molino de La Unión fue fundado por don Arcadio Henkel en el año de 1864, él y sus sucesores crearon un visionario consorcio, modelo de lo que hoy se conoce como cadena de producción; el trigo lo cultivaban en su hacienda de La Huerta y lo traían en su propio ferrocarril que circulaba de San Juan de las Huertas a Toluca y viceversa; el molino ya funcionaba con electricidad producida por su empresa eléctrica, transformaban el trigo en harina y esta en pan, que finalmente se expendía en sus panaderías de Toluca y de ciudad de México.

Los molinos toluqueños en sus diferentes momentos compitieron con los más acreditados de la República, como fueron los de Tacubaya,

Sotelo, Atolo, El Prieto, Molino Blanco, Santa Mónica, El Olivar, Santa Fe, Bezares, Viriato, La Esperanza, entre otros; sin embargo, el Molino de La Unión, por contar con todos los adelantos de la época, compitió exitosamente.

Su bella fachada fue realizada en 1883 y ampliada en 1904 con un proyecto elaborado por el ingeniero Fernando Rosenzweig, lo que le dio un enorme frente extendido hacia el poniente, donde hoy está un estacionamiento del ISSEMYM.

Al prolongarse la calle de Quintana Roo para cruzar Lerdo perdió parte de su costado poniente, donde se encontraba una de las espuelas del ferrocarril antes señalado y el 2 de agosto de 1918 A. Henkel, con poder del Molino de La Unión, S.A., solicitó al Ayuntamiento local el permiso para emprender una obra en el terreno propiedad del molino, marcado con el número 57 de la avenida Lerdo, obra proyectada por el ingeniero Demetrio Zelinski, autor también del importante edificio de la Compañía Cervecera Toluca y México, S.A. —frente al Jardín Zaragoza—, hoy Centro Cultural Toluca, de carácter privado. El ingeniero Zelinski atendía sus asuntos en José Vicente Villada número 52.

Otro dato interesante es que la secretaria de aquel grupo que hoy quizá le llamaríamos Corporativo Henkel, era la señorita Elena Cárdenas que, ante el enorme trabajo que desempeñaba, modificó su sistema de taquigrafía parlamentaria e inventó su método de taquigrafía Cárdenas.



JARDÍN DE LOS MÁRTIRES

La modesta plaza principal de Toluca fue asignada quizá desde mediados del siglo XVI, después en su lugar, y por un suceso dramático ocurrido en octubre de 1811 durante la guerra de Independencia, se convirtió en Jardín de los Mártires.

Al ser fusilado don Miguel Hidalgo y Costilla el 30 de julio de 1811, el teniente general José María Morelos y Pavón se encargó de conducir el movimiento de la insurgencia; así se creó la Suprema Junta Nacional Americana, base del movimiento libertario, que en septiembre dispuso que el comandante José María Oviedo, con ciento cincuenta hombres de caballería, se situara en el cerro de Tenango —hoy Tenango del Valle— a efecto de tener sujeto al comandante de las fuerzas realistas Rosendo Porlier Asteguieta, quien era un experimentado marino que había participado en la defensa de Cádiz cuando fue atacada por el inglés Horatio Nelson, y que también se desempeñó en la trascendental batalla de Trafalgar el 21 de octubre de 1805.

Porlier Asteguieta nació en Lima, Perú, en 1770, y trajo en su navío *Atocha*, procedente de España, a Francisco Javier Venegas, quien fungió como quincuagésimo nono virrey de la Nueva España.

Correspondió al brigadier José María Oviedo aposentarse con sus fuerzas en la parte sur del valle de Toluca; a mediados de septiembre de aquel 1811, otros contingentes se sumaron, avanzando hasta posesionarse del pueblo y cerro de Tenango, sus militantes eran

mayoritariamente indígenas de poblados de la región, además de gente de a caballo con escaso armamento.

El 21 de septiembre de 1811 Porlier, en su carácter de comandante, salió hacia Tenango a desalojar a los rebeldes, no tuvo éxito por lo accidentado del terreno y por la configuración natural del cerro, características reforzadas por la obra humana prehispánica que lo convirtió en fortaleza, estos factores influyeron para el triunfo de Oviedo, quien animado por esa victoria le dio valor para venir sobre Toluca; mientras que Porlier, por el contrario, se retiró para pedir refuerzos y reorganizar la plaza de Toluca, punto estratégico por ser la que abastecía de granos, carne y otros productos a la capital de la Nueva España.

El 14 de octubre, los insurrectos se aproximaron a Toluca y realizaron un tiroteo, sin mayores consecuencias; transcurrieron unos cuatro días y el día 19 los insurgentes fueron sorprendidos en su último reducto, el cerro del Calvario. Impuesto el terror, vino la desbandada y el desorden, los resguardos de La Merced y de San Juan de Dios, que eran los más cercanos, acudieron a aniquilar a los insurgentes; estos, dispersos, fueron sacados de sus refugios y llevados ante Porlier; en triste cortejo fueron bajados hasta llegar a cien prisioneros puestos en fila en un ángulo de la plaza principal y las descargas de fusilería los dejaron sin vida; ellos fueron los Mártires de Toluca.



CASA BARBABOSA

La familia Barbabosa fue propietaria de varias y productivas haciendas ganaderas de la región; fueron quizá los primeros hacendados que se dieron cuenta que para esa época del Porfiriato ya se podía vivir con cierta comodidad en Toluca, pues antes vivían mejor en el casco de sus haciendas; así, contrataron los servicios del conocido y prestigiado arquitecto Ramón Rodríguez Arangoiti para levantar una lujosa residencia, nada menos que en uno de los lados de la plaza principal de Toluca.

Aquella casa tenía en la planta baja locales para comercios relacionados con la producción agropecuaria y también tuvo despachos y consultorios para profesionales de la misma familia; en la planta alta lucía una galería de bellísimos balcones que tenían cabezas de toros y caballos, esculpidas en cantera, por lo que también el inmueble fue conocido como Casa de los Animales.

Rodríguez Arangoiti, al construir para los principales poderes: público, religioso y privado, creó en el primer cuadro de la ciudad un modelo arquitectónico que después fue seguido, surgiendo así la fama de “Toluca la Bella”. En materia de arquitectura residencial, otros hacendados emularon a los Barbabosa y en las avenidas y calles importantes de Toluca surgieron hermosas casas de distinguidas familias toluqueñas.

Don José Julio Barbabosa sostenía en su casa una escuela mixta dirigida por el profesor Antonio González Sandoval, quien había sido

pagador en una mina de Temascaltepec, pero que la Revolución lo había forzado a mudarse a Toluca. También, en la casa en cuestión funcionó un pequeño e incipiente museo de arqueología, auspiciado por el mismo señor Barbabosa.

En otro orden de ideas, merece recordarse que en 1934 el señor Florencio Pérez Salgado empezó a vender garapiña afuera de la casa de la familia Barbabosa —frente al Palacio Municipal—, después se instaló en una de las alacenas que el gobernador Wenceslao Labra adquirió en Casa Bretos. La familia Pérez García, descendiente de don Florencio, sigue vendiendo la refrescante y típica bebida toluqueña en la Plaza fray Andrés de Castro.

El 24 de agosto de 1967, momento en que la picota acabó con muchas construcciones antiguas y al mismo tiempo surgió una Toluca muy intervenida, el ingeniero Harmodio de Valle Arizpe, funcionario de la dirección de Obras Públicas del Gobierno del Estado de México, por medio de la prensa local informaba que se le había dado a la familia Barbabosa una cantidad superior al millón de pesos como indemnización para que pudiese ser demolida la casa; en su momento fueron numeradas las piezas de cantera labrada de su fachada para facilitar su reconstrucción en otro lugar.

Hasta la fecha no se ha confirmado a dónde fue a dar para su reconstrucción aquella lujosa residencia de cantera labrada.



CASA BARBABOSA Y FUENTE

Esta acuarela muestra la casa de la familia Barbabosa al fondo y, en primer plano, la bella fuente que actualmente se ubica en el ángulo suroeste de la Alameda o Parque Cuauhtémoc.

Los toluqueños nunca se han puesto de acuerdo en qué representan las cuatro estatuas que componen la fuente; para unos son las Musas; estas, como se sabe, eran nueve diosas, hijas de Zeus y Mnemosine, la diosa de la memoria; presidían las artes y las ciencias, además de inspirar a poetas, músicos y filósofos; de ser las Musas, surge la pregunta ¿cuáles son esas cuatro, entre Caliope, Clío, Euterpe, Melpómene, Terpsícore, Erato, Polimnia, Urania y Talía?

Para algunos más son las cuatro deidades femeninas de “las doce grandes del Olimpo”: Hestia (diosa de la Tierra), Atenea (diosa de la sabiduría), Artemisa (diosa de la Luna y de la caza) y Afrodita (diosa del amor).

Otros aseguran que al situarse en un escenario arbolado, como en el que han estado siempre, no pueden ser otra cosa más que las Ninfas, que en la mitología griega y romana son divinidades menores, pero muy importantes por ser espíritus de la naturaleza que moraban entre fuentes, árboles aislados o espesos bosques, praderas, grutas, ríos y aún en el mar; se les representa iconográficamente como jóvenes hermosas y doncellas que gustan de la música y de la danza.

Para nuestro recordado poeta Horacio Zúñiga esas estatuas toluqueñas son simplemente “las cuatro estaciones”.

Otras dudas que se tienen son: ¿quién realizó estas estatuas o cómo llegaron a Toluca? Vale la pena, entonces, recordar que elementos como los Campos Elíseos de París inspiraron reflejos proporcionados a las dimensiones e importancia de otras ciudades: el Paseo de la Reforma en la ciudad de México y después el Paseo Colón en Toluca y así sucesivamente; con los parques sucedió lo mismo, el Central Park o Parque Central de la ciudad de Nueva York fue diseñado para la isla de Manhattan por Frederick Law Olmstead y Calvert Vaux, en la década de 1850, se hizo tan popular que inspiró una serie de parques urbanos no solo en ciudades de Estados Unidos, sino de otros países, acondicionados para albergar pequeños zoológicos y también para acoger conciertos y espectáculos al aire libre.

Si bien el epicentro de este movimiento fue el Central Park, sus réplicas se registraron aún en lugares como nuestra modesta ciudad; es más, se dice que las estatuas que primero estuvieron en el Jardín de los Mártires y que ahora permanecen erguidas en nuestra Alameda son ¡desechos del Central Park!

Quien se acerque a estas cuatro figuras descubrirá que todas tienen en su base un pequeño letrero de firma que, en unos con gran claridad y en otros casi borrados por el tiempo, se lee: “J. W. Fiske, 2628, Park Place, New York”.



PASEO COLÓN Y QUIOSCO

En 1892, un grupo de toluqueños propuso el trazo de un paseo para rendir homenaje al marino Cristóbal Colón, con motivo del iv centenario del histórico Primer Viaje que ha producido encarnizados debates y que ha sido llamado Descubrimiento de América, Encuentro de Dos Mundos, entre otras formas.

Este tipo de paseos construidos en algunas ciudades del país fueron un reflejo del llamado Paseo del Emperador —hoy Paseo de la Reforma— de la ciudad de México, realizado a iniciativa de Maximiliano y que en 1864 ya se mencionaba; no se sabe con precisión quién fue el autor, aunque algunos lo atribuyen al topógrafo Alois Bolland Kuhmackl. El proyecto concebía anchas calzadas de árboles, glorietas, monumentos, bancas y demás elementos, que hoy llamamos mobiliario urbano.

Así como en Mérida se construyó el Paseo Montejo, en Toluca se hizo el Paseo Colón, cuya idea fue avalada por el entonces gobernador, general José Vicente Villada, y el presidente municipal de Toluca, doctor Juan Rodríguez, quienes consideraron adecuado prolongar la antigua calle de La Ley hasta la entrada del poblado de Capultitlán y otorgarle el nombre de Paseo Colón, precisamente para pasear.

Salvador Novo dice: “Pasear en coche es ya un contrasentido, porque pasear es dar pasos, caminar <andar a pie>, como con redundancia decimos”; y agrega que nuestros antepasados supieron pasear. El paseo

era para solaz y perduró más allá de los años veinte, hasta que los automóviles acabaron por darle muerte y extinción a esa gratificante práctica.

Muchos toluqueños pasearon plácidamente el trayecto de Toluca a Capultitlán y a la inversa, pues de acuerdo con cierto cronista toluqueño, el poblado cuyo nombre justificadamente evoca al capulín era para Toluca lo que Tacubaya fue para la ciudad de México, es decir, una población suburbana que por la cercanía, tranquilidad y ambiente bucólico ya desde entonces representaba un paraíso de descanso de quienes buscaban el aire puro y embalsamado de los campos. Manuel Payno no omitió en agregar que, así, algunos pobladores prósperos de ciertas ciudades mexicanas emulaban a la burguesía europea que desde la mitad del siglo xvii buscaba el maridaje entre la ciudad y el campo.

El quiosco que se observa, donde hoy está un muy conocido negocio, confirma el espíritu de una época en la que se paseaba para tomar el fresco y saludar a los amigos a la salida de la misa.

El trazo del Paseo Colón fue obra del ingeniero Félix de la Sierra, sobre terrenos donados por el señor José Pliego Pérez, hombre acaudalado, propietario de las haciendas de Panzacola y La Garceza. En 1992, con motivo del v centenario del acontecimiento ya referido, el Paseo fue remodelado mediante un proyecto del arquitecto Tomás García Salgado.



CALZADA O PASEO COLÓN

En alguna época la nomenclatura urbana daba el nombre de *calzada* al Paseo Colón, denominación que se considera más correcta.

El Paseo Colón en su fisonomía de calzada arbolada no ha cambiado y ahí está; sin embargo, lo que hoy llamamos uso del suelo es lo que en varias ocasiones ha modificado de manera drástica su imagen y funcionamiento, y así ha transitado por una serie de cambios.

Realizado el trazo del Paseo Colón, una comisión del Ayuntamiento, encabezada por el infatigable doctor Juan Rodríguez, empezó a realizar una simétrica plantación de árboles y arbustos de trueno, ciprés, arces y sauces llorones, dándole a la capital del estado ese paseo de sabor decimonónico que hasta la fecha sigue teniendo.

En un principio, hace aproximadamente ciento treinta años, carecía de construcciones en sus márgenes, pero poco a poco se pobló de edificaciones modestas y años más tarde se construyeron de manera aislada algunos *chalets* y villas como la Quinta Ferrat, la de la familia Sánchez y otros.

En el Archivo Histórico Municipal de Toluca existe un documento que con motivo del proyecto de mejoras al Paseo Colón en febrero de 1936, el ingeniero municipal Rogiero A. Silva pedía al presidente municipal, doctor Darío López, que urgía girar oficio a los señores Ubaldo Pereira y a la señora Damiana Corona para que cambiaran sus establos, porque además de contravenir el artículo 56 del Bando

de Policía y Buen Gobierno, el tránsito del ganado dañaba prados, árboles, etc., además, informaba que el general Mendoza, atendiendo a la súplica verbal, ya no tenía animales en su propiedad.

Alrededor de 1940 el transporte urbano comenzaba a consolidarse y prácticamente la única línea de autobuses era la denominada Colón-Nacional, cuyo nombre derivaba de que los dos puntos más extremos de la ciudad eran el Paseo Colón y la estación del Ferrocarril Nacional Mexicano; al haber un transporte para entonces moderno, vino a darle funcionalidad.

En 1950, durante los trabajos de asfaltado de las calles y pavimentación de concreto, obras a cargo de la naciente compañía Ingenieros Civiles Asociados (ICA), se colocaron ciento cuatro lámparas en el Paseo Colón.

A mediados de los años cincuenta se pensó que podía alojar industrias locales que por entonces no eran muy grandes. El 6 de agosto de 1955 el ingeniero Salvador Sánchez Colín, gobernador del estado, inauguró la Embotelladora Toluca, S.A., productora de un conocido refresco de cola; por la acera contraria también se consolidaba una fábrica de hielo que venía muy en paralelo. En los años setenta del siglo pasado la construcción y el funcionamiento de la Casa de Gobierno desarrolló el uso residencial y vino a perfilar la instalación de nuevos tipos de negocios: restauranteros, bancarios y demás.



Ayala Bueno

FUENTE DEL CENTENARIO

El monumento conmemorativo del Centenario de la Independencia está inserto en una fuente que a su vez conforma una glorieta, que se ubica en el cruce del más que centenario Paseo Colón con la moderna avenida Venustiano Carranza; la fuente, consecuentemente, fue erigida en 1910.

El pueblo identifica familiarmente esa fuente como El Águila, expresión que proviene de la figura de un águila que recoge con el pico ramas de laurel y de olivo y que remata el volumen.

En la actualidad algunos grupos de toluqueños, principalmente aficionados al fútbol, además de considerarla como un elemento que recuerda nuestra historia, usan su entorno como lugar de reunión para festejos populares, al igual que se hace en la Ciudad de México alrededor del monumento a la Independencia o El Ángel, o rodeando a la Minerva en Guadalajara, Jalisco.

La parte monumental metálica fue obra del escultor mexicano Juan de Dios Fernández, pero la fundición se realizó en la Casa Manuel Morales en Barcelona, España.

D. M. Vega y March, crítico de arte y director de la revista *Arquitectura y Construcción* de la capital catalana, hizo una detallada descripción del monumento con motivo de su inauguración, en ella refiere que la fuente representa un lago en el que unas rocas soportan

algunos vestigios ruinosos de la arquitectura azteca, entre los cuales se levanta la torre de un castillo, símbolo de la dominación española, uno de los lados del torreón está cubierto por el velo de la Historia que esconde sus periodos turbulentos

Hábilmente combinada con la torre se aprecia la campana de la parroquia de Dolores, que al impulso de la férrea mano de Hidalgo congregó a los mexicanos a dar el Grito de Independencia la madrugada del 16 de septiembre. La inscripción “Chilpancingo 1813” recuerda el Primer Congreso Constituyente; sobre el castillo vegeta el legendario nopal sobre dos libros, que simbolizan la Constitución y las Leyes de Reforma.

La fuente en sus 110 años de vida ha sufrido leves cambios y ahí sigue, lo que ha cambiado es el intenso tránsito vehicular que circula por ambas vías, lo que dificulta su apreciación, desde los vehículos que circulan a alta velocidad es imposible verla en detalle y para el peatón implica admirarla desde las banquetas que bordean la fuente en su círculo mayor; acercarse a su borde es prácticamente imposible.

A finales de los años cincuenta y principios de los sesenta del siglo pasado se pusieron en boga las carreras de automóviles denominadas Circuito Colón; esta glorieta-fuente era todo un reto para aquellos pilotos, expertos en el volante, pero finalmente aficionados.



LA GLORIETA LLAMADA EL ÁGUILA

Probablemente muchos toluqueños ignoran cuál es la fuente del Centenario, en tanto que muchos otros saben perfectamente cuál es la glorieta del Águila —quizá la primera que tuvo la ciudad—, en realidad es la misma, pero una es la denominación oficial conmemorativa y otra es el nombre ingenioso, práctico y contundente que termina imponiéndose, como también ha sucedido con la llamada “cama de piedra” que en su momento, y debido a la popularidad de la canción de ese nombre, se refirió al monumento a los Niños Héroe, pero que la identificación popular llega a ser hasta de punto de referencia bastante conocido.

La bella acuarela que orna la página es una interesante representación artística que nos permite asociar ideas y recuerdos.

El Paseo Colón por mucho tiempo tuvo una circulación vehicular en ambos sentidos, con el camellón de por medio; hoy en día, el volumen de tránsito ha obligado a los llamados pares viales, así que sus dos tradicionales carriles están dedicados a que los vehículos automotores circulen de norte a sur.

En la actualidad, la presión que produce la movilidad urbana ha obligado de igual forma a la adaptación y acondicionamiento de ciclovías y la del Paseo Colón es una de las más importantes.

Es oportuno recordar que quizá por aproximadamente setenta años el Paseo Colón no tuvo intersecciones notables que lo atravesaran,

a excepción de la llamada carretera de Circunvalación —hoy Paseo Vicente Guerrero—, abierta durante el gobierno del doctor Gustavo Baz Prada (1957-1963) y fue probablemente hasta la década de los años sesenta del siglo pasado que la fuente del Centenario en realidad se convirtió en auténtica glorieta, con el trazo y apertura de la hoy muy transitada avenida Venustiano Carranza.

Otro factor de cambio en este singular cruce de la ciudad fue la inauguración de la Escuela Preparatoria número 1 Adolfo López Mateos en 1964, cuando la zona se volvió algo así como un barrio estudiantil, un ejemplo fue el famoso Café Colón, propiedad del recordado artista chileno Orlando Silva Pulgar, autor de los murales de dicha preparatoria y del edificio de Rectoría, ahí fue cuando la glorieta adquirió en sus alrededores un entusiasmo juvenil.

Al establecerse en la emblemática esquina la sucursal de un reconocido negocio, iniciado hace más de un siglo en la ciudad de México, también ha dado un nuevo carisma al punto que sirve de motivo a esta acuarela.

Bancos, boutiques, restaurantes, pastelerías, farmacias hacen irreconocible la función de la fuente que los niños de la generación anterior disfrutamos con la ingenua actividad de ir a pescar una especie que parece en extinción y que llamábamos samborojos.



MONUMENTO A CRISTÓBAL COLÓN

En el cruce de los paseos Toloacan —no Tolloacan— y Colón se ubica el monumento erigido en honor al almirante Cristóbal Colón, inaugurado el 13 de octubre de 1900 durante una visita a Toluca del presidente de la República, general Porfirio Díaz.

Cristóbal Colón, a quien se le han atribuido diferentes lugares de nacimiento, pues ha sido considerado catalán, corso, gallego, italiano, portugués y vasco, aunque lo que ha prevalecido más es que era genovés, nació entre 1436 y 1451; murió en 1506, por lo que vivió en un periodo en el que el medioevo daba sus últimos estertores y empezaban los primeros latidos del Renacimiento.

Después de sus históricos viajes se convirtió en un personaje polémico, por lo que desprendió de ellos para bien y para mal, pero no se puede negar que nunca alguien había emprendido una travesía tan larga en mar adentro.

El monumento a Cristóbal Colón está constituido por una plataforma octagonal, las cuatro caras que ven hacia los principales puntos cardinales tienen escalinatas de ocho peldaños cada una, las cuatro restantes presentan salientes en semicírculo; un segundo cuerpo es formado por una base de cruz griega con un prisma octagonal, soportado por cuatro ménsulas rematadas con cabezas de león; el tercer

cuerpo es una esfera que representa al planeta Tierra con los continentes esgrafiados, el de América ve hacia el frente principal del conjunto; mide catorce metros y pesa cuatro toneladas, ostenta epigrañas al respecto, así como grabados con los escudos de la República mexicana y España.

El modelo lo realizó el entonces alumno de la Academia de San Carlos, Guillermo Cárdenas, la fundición se hizo en la ciudad de México, en el taller del conocido escultor hidrocálido Jesús F. Contreras. El ingeniero Ignacio P. Guzmán se encargó de la realización del pedestal y la obra de cantería corrió a cargo del maestro Eusebio Vázquez.

El pueblo por mucho tiempo identificó de manera coloquial al monumento, llamándole “el mundo de Colón” o “la bola”; precisamente sobre la esfera que motivaron estos sobrenombres descansa la estatua de Colón que, según la leyenda urbana, hubo muchos problemas para ponerla de pie.

Este monumento no ha desaparecido, sigue ahí, pero ha registrado leves cambios, como ajustarlo al cruce de las dos importantes vías. Cada 12 de octubre —llamado anteriormente Día de la Raza— se llevaba a cabo un desfile y después una romería; ahora se hace más referencia a esa celebración como Día del indigenismo, el hispanismo y el mestizaje.



CALZADA Y PANTEÓN DE LA SOLEDAD

En esta pintura se observan tanto la fachada principal del Panteón de la Soledad como la antigua calzada del Panteón, hoy avenida Morelos oriente.

Como se sabe, antiguamente se sepultaba a los difuntos en el atrio de los templos. Desde 1827 se manifestaba la preocupación por evitar contagios derivados de las inhumaciones; la ley del 31 de julio de 1853 otorgó a la autoridad civil la administración de los cementerios y las defunciones; el 12 de noviembre de aquel año el gobierno del estado comunicó al prefecto de Toluca que con fecha 1 de junio se había expedido una ley para la erección de cementerios.

El actual Panteón General de Toluca se estableció en junio de 1883, en su origen fue propiedad particular; desde 1880 el señor Jesús Montalvo había solicitado privilegio para administrarlo por veinticinco años, pero en 1889 el Ayuntamiento adquirió en diez mil pesos el enorme predio de sesenta mil metros cuadrados; la primera persona que se sepultó en el panteón aún privado fue el señor Quirino Salazar.

Al abrirse este panteón civil se cerraron los panteones de los templos de algunos barrios de la ciudad: San Juan Bautista, San Juan Evangelista, San Diego, Santa Clara, San Sebastián, Santa Bárbara y otros.

El panteón de Toluca, llamado también de La Soledad, contiene importantes monumentos de arte funerario, criptas y tumbas de

personajes importantes; otras han dejado de ser sepulcros, al quedar vacías y convertirse en cenotafios, como los casos de exhumación de los restos de personajes que han ido a la Rotonda de las Personas Ilustres en el Cementerio Municipal.

Como todos los panteones, tiene numerosas leyendas y relatos relacionados con sepulcros singulares: la pesadísima tumba del general Juan N. Mirafuentes, con gran tonelaje encima para que, según la leyenda urbana, su cadáver no se escape; la sepultura de catorce alemanes envenenados accidentalmente en un banquete celebrado en 1910, y muchas narraciones fantasmales y relatos de espantos y aparecidos.

La fachada —hoy identificada con el número 1340 de la avenida Morelos oriente— fue realizada en 1882 sobre la antigua Calzada del Panteón, donde también estuvo el legendario Centro Charro de Toluca, inaugurado el 14 de septiembre de 1939 y su casino para fiestas el día 23 de octubre del mismo año, espacio actualmente ocupado por el edificio de la antigua Procuraduría de Justicia, hoy Fiscalía.

El Centro Charro fue, además, un sitio memorable de acontecimientos sociales, ahí se realizaban bodas, fiestas de quince años, cenas de graduación, bailes inolvidables como el del Rebozo; pero también hubo sucesos lamentables, como el asesinato de un gobernador en funciones, suceso ocurrido el 6 de marzo de 1942.



ANTIGUO COLEGIO DEL BEATO GABRIEL

Al final de la avenida Villada, poco antes del arranque del Paseo Colón, se levanta el Templo de San José, El Ranchito. En 1848, durante la invasión norteamericana, los estudiantes del Instituto tuvieron que refugiarse en lo que todavía era eso, un ranchito, propiedad de la señorita Teresa Pliego y Berrio, quien terminó donándolo para la construcción del bello templo de los pasionistas. Aquellos religiosos habían llegado a México en 1865, pero debido a las Leyes de Reforma tuvieron que salir del país en 1873.

Los pasionistas consideraban que Toluca era un lugar excepcional para ejercer su programa de evangelización; el 2 de marzo de 1884, fecha de celebración civil, vinieron a Toluca en lo que de hecho fue su primera misión en nuestra ciudad; como las leyes vigentes impedían que la congregación tuviera propiedades, se realizaron algunas simulaciones para la adjudicación; poco tiempo después de aquella donación, el 22 de enero de 1885 falleció la señorita Pliego, benefactora de aquellos misioneros.

El 25 de junio de ese mismo año de 1885 se colocó la primera piedra del futuro templo, proyectado por los arquitectos Antonio Torres Torija y Juan Cardona, siendo bendecido el acto por el arzobispo de México, don Pelagio Antonio de Labastida.

Frente al templo referido actualmente hay una construcción de tres pisos, aparentemente moderna, con ventanas tipo tronera, como

si fuera fortaleza, se trata de un edificio totalmente diferente al que captó el acuarelista. El anterior era un edificio de dos pisos del que se conservaron sus gruesos muros de adobe; en la primera planta tenía ventanas de medio punto, en la segunda, balcones con arcos ojivales y una esquina truncada a manera de pan *coupé*, coronada por un vistoso remate con una pequeña ventana redonda a manera de ojo de buey, rostro totalmente modificado.

Aquel edificio también alojó a la representación de la empresa alemana Beick, Félix y Compañía, que comercializaba narcóticos terapéuticos antes de los decretos de regularización de dichos productos.

En este mismo inmueble se estableció un consejo extraordinario de guerra en enero de 1918 para determinar la culpabilidad de los acusados de un supuesto complot, aquel juicio concluyó el 14 de enero de 1918. Uno de los enjuiciados fue Aldegundo Villaseñor (1888-1918), quien había sido diputado constituyente por el Estado de México en la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos de 1917; este personaje mostró su oposición contra el gobierno de la ciudad, lo que provocó que fuera aprehendido junto con su hermano Alfredo Villaseñor Díaz y fusilados en el panteón el 13 de febrero de 1918; el recio temperamento de Aldegundo quedó manifiesto al solicitar dirigir al pelotón de fusilamiento, dando la orden de ejecución de su hermano y posteriormente la de él.



CASA DE LAS DILIGENCIAS Y AVENIDA JUÁREZ

En Toluca se han sucedido diversas etapas en la transportación de personas, originadas en los medios mecánicos que van dando lugar a ella: la diligencia, el tren, el autobús y el avión, respectiva y cronológicamente.

En nuestros días, los agitados alrededores de nuestra Terminal Única de Autobuses o de nuestro Aeropuerto Internacional de la ciudad de Toluca nos hacen pensar en el equivalente movimiento que antes de que hiciera su aparición el ferrocarril debe haber tenido la Casa de las Diligencias, que el 7 de agosto de 1788 el español Antonio Garduño compró a Manuel Villa.

La hermosa casa sigue en pie en la esquina de las avenidas de la Independencia y Juárez, restaurada y con otra función, pues el bello edificio desde 1999 alberga al Centro Cultural Universitario Casa de las Diligencias, dependiente de la Universidad Autónoma del Estado de México, donde se realizan conciertos, conferencias, recitales, exposiciones, presentaciones de libros, talleres, clases, entre otras actividades.

La Casa de las Diligencias de Toluca debe también haber mostrado en torno suyo un intenso ir y venir de usuarios, comerciantes y aun animales: caballos, burros, acémilas que, con su calidad de

semovientes, complementaban lo que hoy pomposamente llamamos movilidad urbana.

Además, aquella instalación fue un lugar de alojamiento cuyo ritmo y horario de ocupación marchaba en paralelo al de las llegadas y salidas de los eficientes carruajes, que en el caso de la ciudad de México salían de la actual esquina de 16 de septiembre y Bolívar.

Tras la desaparición del servicio de diligencias que fue sustituido por el ferrocarril, la casa se convirtió en hotel y por muchos años siguió siendo un centro de hospedaje; más tarde, aquella gran construcción tuvo otros usos, en 1931 el destacado empresario Ciro Estrada la compró a la señora Raquel Canalizo de Trevilla, su propietaria en ese momento.

La casa pasó entonces a tener un uso comercial y funcionó por varios años como depósito y distribución de refrescos; sus locales exteriores estuvieron ocupados por consultorios, comercios de diferentes ramos: cristalería, farmacia, talabartería, telas y géneros, discos, regalos, zapatería, panadería y otros.

Hoy los toluqueños pasamos con frecuencia, en automóvil, en autobús urbano o caminando, y probablemente no reflexionemos en el importante pasado de este edificio que afortunadamente conservamos como un valioso patrimonio de la ciudad.



LAVADEROS PÚBLICOS

Una de las tantas obras importantes que hizo el gobernador José Vicente Villada durante el largo periodo de tres lustros y que terminó en mayo de 1894, cuando la muerte le sorprendió en el ejercicio de su cargo, fue crear la institución denominada Lavaderos públicos Carmen Romero Rubio de Díaz, institución que se adelantó a los tiempos y que hoy sería destacada como uno de los logros del desarrollo social. La construcción empezó el 22 de septiembre de 1890. El 27 de julio de 1898 se expidió el Reglamento de Lavaderos públicos.

En aquella época el Jardín Zaragoza tenía calle por sus cuatro lados, en los años sesenta del siglo pasado se suprimió la del lado sur y ahí se construyó la escuela Tierra y Libertad; es decir, en la esquina suroeste de la Plaza Zaragoza y primer callejón del Vidriero —hoy la calle Rayón.

En esta acuarela podemos ver cómo era físicamente esta edificación, que el historiador Aurelio J. Venegas describe detalladamente: la fachada principal daba al norte, contenía una puerta con arco de medio punto, estilo renacimiento, a sus lados había dos ventanas simétricas con cerramientos escarzos, coronadas con un tímpano que recordaba el estilo románico.

En este lugar las mujeres pertenecientes a segmentos socioeconómicos débiles podían ir a lavar su ropa sin costo alguno, además de

llevar a sus pequeños hijos, para quienes había una especie de guardería y escuela.

Había cuarenta losas altas para lavar que rodeaban un estanque con abundante agua, provista por la cercana Compañía Cervecería Toluca y México, S.A.; disponían de un declive suficiente y los derrames se canalizaban por medio de tubería de un caño colector que desembocaba en la atarjea.

Todo ese espacio tenía un tejado con altura suficiente para facilitar la ventilación, el asoleo se hacía suspendiendo las prendas en cuerdas con perchas de madera y usando pinzas de presión también de madera.

Se disponía de un funcional solárium, un salón de planchado de ropa, provisto de braseros para calentar las planchas, excelentes baños de presión y un taller de costura.

Para comodidad de las mujeres que iban a lavar, había un salón pequeño para escuela de niñas y uno grande para los niños.

Simultáneamente se procuraba inhibir que se lavara la ropa en el río de la ciudad.

En años posteriores, al dejar de funcionar los Lavaderos públicos, el local se habilitó como Escuela Leona Vicario.



ANTIGUO JARDÍN MORELOS

El río que cruza nuestra ciudad de Toluca antiguamente llevó el nombre de Xihualtenco, palabra que, según algunos filólogos y lingüistas, significa: “el de las márgenes floridas” y que otros sugieren que en tal caso debió haber sido Xochihualtenco.

Ese río tiempo después adoptó el nombre de Verdiguél, seguramente por el apellido de don Lucas de Verdiguél, propietario de una importante tenería asentada en una de las márgenes del citado curso fluvial.

En el siglo XIX, lo que hoy es el lado sur del teatro Morelos, era la calle de Puente de San Fernando —hoy Aquiles Serdán—, por donde corría el cauce del río, que doblaba hacia el norte pasando en paralelo a la fachada posterior del actual edificio del Tribunal Superior de Justicia; cuando esta vertiente se embovedó se convirtió en la calle de Progreso, lo que hasta cierto punto explica por qué la avenida Independencia no continuó hacia el poniente, como ocurre con la calle de Lerdo.

Esa área era uno de los confines de la ciudad y ahí se fue conformando un rectángulo que se conoció como Plaza del Tequesquite, en virtud de que ahí se vendía ese mineral, además de otros productos como cal, leña, ocote, entre otros productos.

Al iniciar la última década del siglo XIX, los oficiales y tropa de la gendarmería del estado hicieron un jardín en aquella plazuela, dándole el nombre de Jardín Morelos, mismo que se inauguró el 5 de abril de 1890, siendo ya gobernador de la entidad el general José Vicente Villada.

El jardín tenía ocho sendas que conducían a las calles de Puente de San Fernando, Ramón Corona, Progreso y Unión; esta última tenía solamente una cuadra, prácticamente el lado sur del edificio del Tribunal, calle que la generación actual todavía conoció con el nombre de Santos Villa, el nombre de La Unión originó que varios negocios aledaños lo adoptaran.

A iniciativa del general Villada, el 21 de mayo de 1894 se empezó a construir un monumento en honor de don José María Morelos y Pavón, mismo que quedó concluido el 22 de septiembre del mismo año.

El Jardín Morelos fue un pequeño y bello parque, pero poco a poco fue perdiendo su dignidad, para finalmente desaparecer. En 1942 se construyó en ese lugar el mercado de las flores, obra que arquitectónicamente no tuvo mayor relevancia.

La antigua estatua de Morelos se puede ver aún en su actual emplazamiento: la confluencia de las calles de Sitio de Cuautla, Colegio de San Nicolás y Horacio Zúñiga, en la colonia que lleva su nombre.

La inscripción original en cantera de este monumento fue rescatada por la Universidad Autónoma del Estado de México y se conserva en el Museo Universitario José María Morelos, en el edificio de Rectoría.



PALACIO DE GOBIERNO Y JARDÍN DE LOS MÁRTIRES

Según información del primer cuarto del siglo XVIII, debidamente documentada, se sabe que en el terreno ubicado al poniente de la Plaza Principal ya existía una construcción que funcionó como sede del gobierno virreinal.

Al parecer, la incuria de esta casa de gobierno no era una exclusividad de Toluca; según la Estadística de 1831, muchas de las casas consistoriales de otras ciudades estaban igual, pues no tenían más mérito que el de su antigüedad.

Alrededor de 1758 se intentó reconstruir o hacer nuevas las Casas Reales; el maestro de arquitectura de la nobilísima ciudad de México, don Phelipe Albares, había realizado el plano.

Poco después hubo, inclusive, la posibilidad de que el famoso arquitecto español don Manuel Tolsá (1757-1816) ejecutara un proyecto para esta casa de gobierno, lo que nunca ocurrió.

En un documento localizado en el Archivo Histórico Municipal de Toluca se asienta que en 1822 José María González de Arebalo, de la Comandancia Primera de Toluca, solicitó al señor alcalde constitucional de esta ciudad que se desocuparan del mesón de la plaza las piezas necesarias para el cuerpo de artillería y para reparar las casas consistoriales o antiguo cuartel de infantería.

En una litografía posterior a 1851, porque ya aparece el monumento a don Miguel Hidalgo, se aprecian las vetustas Casas Reales.

Fue hasta el 5 de mayo de 1870 cuando se colocó la primera piedra del Palacio de Gobierno, proyectado por el arquitecto Ramón Rodríguez Arangoiti y que funcionó como tal durante noventa y tres años, de 1874 a 1967, mismo que se aprecia en esta acuarela y que bastante modificado aloja hoy al Tribunal Superior de Justicia.

El edificio original tenía una fachada con nueve vanos en cada una de sus plantas; a partir de 1918 el edificio fue ampliado hasta tener quince vanos.

Para la realización de esa obra, el Gobierno del estado solicitó al Ayuntamiento la autorización para ocupar algunas calles de la ciudad con una vía provisional de tranvía —que llamaron portátil— para trasladar el material del Centro Recreativo para Obreros (Tívoli) hasta la obra en construcción, que quedó concluida hasta 1927, con una longitud casi duplicada en su frente.

La transformación más drástica en su exterior se dio a iniciativa del gobierno del licenciado Juan Fernández Albarrán —último gobernador que ejerció sus funciones en aquel antiguo palacio—, ya que durante su régimen (1963-1969) se le quitó al edificio el aspecto neoclásico que había concebido Rodríguez Arangoiti, unificando falsamente las fachadas de los cuatro edificios públicos que fueron recubiertos con tezontle y chiluca, característica de los palacios del siglo XVII de la ciudad de México, combinación de materiales que el doctor Francisco de la Maza llamó “bicromía preciosa y rara”.



HOSPITAL GENERAL

La historia muestra que a fines del siglo XIX los gobiernos liberales encauzaron avances en las tareas de prevenir enfermedades, prolongar la vida, promover la salud física, organizar las fuerzas comunitarias en la sanitización del ambiente, controlar las infecciones, educar y difundir los principios de higiene, organizar los servicios médicos y de enfermería, realizar diagnósticos tempranos y tratamientos de enfermedades, así como hacer frente a pandemias como la viruela y el tifo.

El edificio que deja ver esta acuarela estuvo donde hoy se encuentran la Escuela Normal número 1 y la Escuela de Bellas Artes; fue el Hospital General, conocido indistintamente como Hospital Civil y Hospital Brigadier Villada, que marca el inicio de la arquitectura hospitalaria moderna en Toluca, pues hasta ese momento solo había funcionado el hospital colonial de los juaninos, contiguo al actual Templo de Santa María de Guadalupe y trasladado después de forma improvisada al antiguo Convento carmelita.

El coronel José Vicente Villada inició su periodo como gobernador del Estado de México en 1889, etapa que se prolongó por quince años hasta su muerte, ocurrida en 1904, siendo ya general brigadier, lapso en el que puso gran interés en la salud de sus gobernados.

El 4 de febrero de 1890 se adquirió del señor Nicanor Rodríguez un terreno de aproximadamente veinte mil metros cuadrados —ciento treinta y cinco de frente por ciento cuarenta de fondo— por una cantidad de mil pesos; la obra se inició a la semana siguiente. La elección

del sitio en el barrio de Huitzila no era arbitraria, obedecía a ciertos atributos favorables: vientos dominantes, terreno seco con buen drenaje y próximo a la vía del ferrocarril.

El hospital fue diseñado por los ingenieros Agustín Ayala y Félix de la Serna, este último fue también el trazador del Paseo Colón. El nosocomio tenía en el centro una planta de hexágono regular truncado en sus vértices con un quiosco de hierro y vidrio de donde partían las naves radiales con jardines intermedios.

La enorme fachada soberbiamente artística contaba con una entrada principal y dos puertas laterales separadas por catorce grandes ventanas; los accesos laterales ostentaban dos ventanas similares.

Se llegó a afirmar que quizá era el único hospital en la República que llevaba a la práctica la aplicación de los rayos X, contando con un departamento especial para ello, y la *Gaceta del Gobierno del Estado de México* el 14 de diciembre de 1898 publicaba el aviso de que se había instalado un consultorio de enfermos de los ojos, a cargo del doctor especialista Vicente Domínguez, con asistencia gratis para los pacientes pobres.

Dada la importancia del hospital, en su momento, la vía del tranvía urbano de la ciudad fue prolongada hasta aquel edificio, quedando las barracas para enfermos infecciosos al otro lado de la vía, como puede verse en la acuarela.



HOSPITAL GENERAL JOSÉ VICENTE VILLADA

Esta institución modelo empezó a funcionar en 1895, un año antes de que el Hospital General de México se comenzara a construir en 1896 con un proyecto del ingeniero Roberto Gayol y terminado por el arquitecto Manuel Robleda Guerra hasta 1905, es decir, nueve años después de su inicio y a diez de la apertura del de Toluca.

La acuarela nos muestra el acceso principal con el modesto nombre de Hospital General, que contrastaba con el espléndido edificio; la fachada estaba provista de tres elegantes arcos de estilo dórico con una amplia escalinata saliente metro y medio, cuatro columnas de roca granítica sostenían el entablamento del letrero.

El vestíbulo estaba formado por el pórtico ya descrito y en su fondo tres hermosos arcos cerrados con artísticas y elegantes puertas de cristales que permitían la entrada al establecimiento, con un amplio corredor paralelo a la fachada que ponía en comunicación todos los departamentos auxiliares divididos en dos cuerpos del edificio, destacando la buena ventilación y salubridad.

Sobre el ala izquierda se encontraba instalada la administración; frente a la guardarrope estaba la afanadoría, departamento montado a la altura de los mejores de Europa; en este departamento es donde se aseaba al enfermo para su ingreso al hospital, disponiendo de abundante cantidad de agua fría y caliente, pilas de baño, mesa especial móvil para los imposibilitados, esponjas, cepillos, cubetas, etcétera.

Llamaba la atención un carro formado por dos bicicletas tándem con una camilla de lona, dispuestas de tal manera que dos camilleros podían trasportar rápidamente al enfermo.

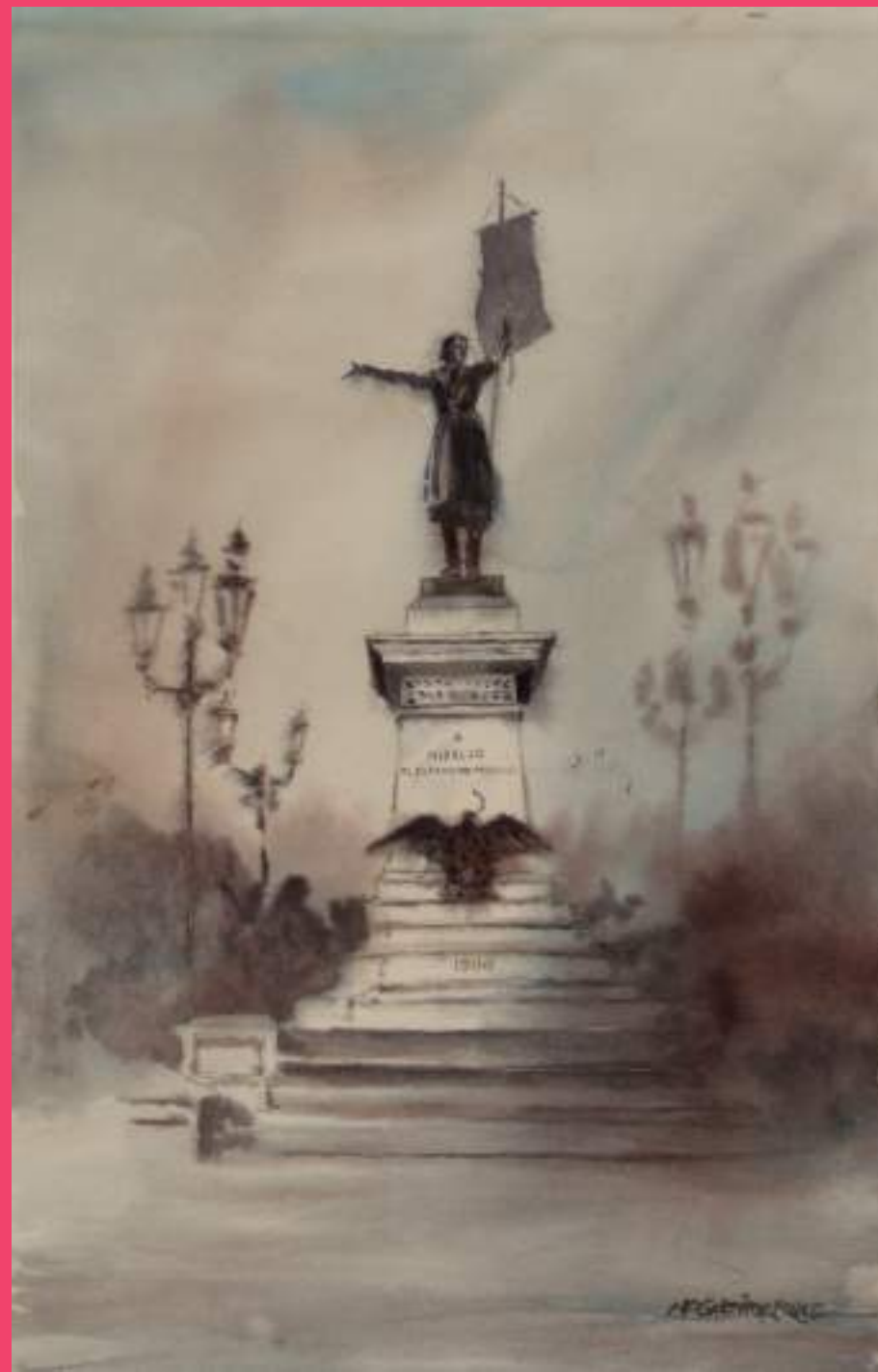
Muy dignos eran el departamento de enfermedades venereo-sifilíticas, el anfiteatro y depósito de cadáveres, las salas para enfermedades contagiosas, el almacén y laboratorios de farmacia, el departamento de baños, el de maquinaria para la calefacción y el alumbrado eléctrico del establecimiento, los talleres de reparación y construcción y la sala de operaciones.

El 31 de agosto de 1951 se inauguró el cine auditorio en el Centro Escolar Miguel Alemán y las utilidades producidas fueron a beneficio de aquel hospital.

El hospital funcionó hasta el 11 de septiembre de 1963, cuando los primeros estudiantes y egresados de la Escuela de Medicina de la Universidad Autónoma del Estado de México todavía llevaron a cabo sus prácticas y ejercicio profesional, en que fue desalojado y posteriormente demolido para dar paso al nuevo hospital Adolfo López Mateos.

La cronista de Toluca Sofía E. Arias narra que al gobernador Villada le gustaba ir diariamente en su carretela —tirada por dos caballos tordillos— a visitar el hospital de su nombre. En los alrededores del hospital, ubicado en Guadalupe Victoria número 17, algunas calles fueron designadas con nombres de médicos, como hasta la fecha perduran Dr. Hernández, Dr. Navarro, Dr. de la Serna y Dr. Castilla.

BENITO NOGUEIRA RUIZ



MONUMENTO A MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA

En 1851 se erigió en Toluca el primer monumento que hubo en el país, dedicado al cura Miguel Hidalgo y Costilla, Padre de la Patria; ese primer monumento fue realizado con mármol proveniente de los yacimientos del distrito de Tenancingo y fue colocado en la Plaza Principal de Toluca, viendo hacia el sur, en donde Vicente Guerrero había concluido el movimiento independentista.

El 27 de agosto de 1884, después de la inauguración del servicio de Ferrocarril Nacional Mexicano, el monumento a Hidalgo fue removido de la Plaza Principal a la Plazuela de la Luneta, misma que hoy ubicaríamos en el extremo norte de la Plaza de la Reforma; aquella estatua fue enviada a Tenancingo —donde permanece en una glorieta— cuando fue sustituida por otra ordenada por el gobernador José Vicente Villada.

En 1897, el general Villada solicitó permiso a la Legislatura con el objeto de firmar un contrato para la realización del citado nuevo monumento al Padre de la Patria. La autorización le fue concedida por Decreto número 27, de fecha 12 de octubre del mismo año, procediéndose a tirar la escritura pública respectiva ante el escribano Silvano García para que la obra se hiciera en la ciudad de Florencia, Italia. El apoderado fue el cónsul Dante Costa y Narváez, quien se obligaba a construir un monumento del héroe, sujetándose al boceto en fotografía aprobado por el gobernador.

La ejecución de la obra, tanto en su parte artística como en los materiales, debería ser de buena calidad, empleando para el basamento

mármol blanco durísimo de Carrara u otro que tuviera las mismas cualidades, así como bronce para los bajorrelieves.

La altura debería ser de siete metros, medidos desde la base hasta la cabeza del caudillo; la altura del estandarte se fijaría de acuerdo con las reglas del arte escultórico. Las dimensiones del águila nacional mexicana que llevaría, según el boceto, también deberían ser proporcionadas.

El precio pactado de toda la obra, incluyendo los bajorrelieves, fue de veinticinco mil francos oro, y la obra debería estar concluida en un plazo de diez meses; así, fue ejecutada en Florencia por el ilustre artista Rivalta, quien la terminó en septiembre de 1899. El monumento tenía a los lados dos bajorrelieves, uno representando la toma del Castillo (sic) de Granaditas —refiriéndose a la alhóndiga de ese nombre— y el otro, la Batalla del Monte de las Cruces.

El monumento fue inaugurado por el presidente de la República, general Porfirio Díaz, el 14 de octubre de 1900; permaneció en el Jardín de los Mártires hasta fines de los años sesenta del siglo pasado, cuando fue removido y modificado en su base.

Este monumento ahora se encuentra al frente del edificio de la Cámara de Diputados, conservándose del original solamente la estatua y los relieves, pues perdió su base, sus arbotantes y el águila, elementos que se pueden apreciar en esta acuarela.

BENITO NOGUEIRA RUIZ



COLEGIO GUADALUPANO

Esta acuarela trae a nuestra mirada una imponente construcción —que hoy mutilada ocupa el número 202 de la calle Rayón norte— que albergó al Colegio Guadalupano.

El Colegio Guadalupano, después Instituto Portilla, fue fundado por don Ezequiel Pompeyo Portilla Becerril, ilustre pedagogo nacido en 1865 y fallecido en 1930.

Aquel plantel estaba anexo a las Escuelas Elementales y a la Normal para Profesores de la Instrucción Primaria del estado; en 1894 don Aurelio J. Venegas señalaba que el Colegio Guadalupano tenía seis auxiliares y sesenta alumnos.

En el colegio se impartían cursos de instrucción primaria elemental, primaria superior, escuela de comercio, clases especiales de idioma inglés, alemán y francés, teneduría de libros, taquigrafía, escritura en máquina, música vocal e instrumental, educación física con el sistema sueco, dibujo y pintura a la acuarela.

En un libro de acuarelas no resulta ocioso hacer la digresión de que esta última materia la impartía precisamente el maestro Portilla. En estas páginas y precisamente con una acuarela se rinde homenaje al destacado educador.

El mismo Aurelio J. Venegas, en su *Directorio de vecinos de 1908*, daba como domicilio de don Ezequiel P. Portilla el número 58 de la 6.^a calle de Rayón.

Don Ezequiel fue también un destacado político, el 5 de enero de 1891, en sesión del Cabildo local, fue designado como miembro de la Junta Patriótica de la capital del Estado de México, desarrollándose también como presidente del Partido Democrático Progresista del Estado de México.

En el movimiento antirreeleccionista, ocupó la vicepresidencia de la Comisión de Recepción a don Francisco I. Madero en Toluca en septiembre de 1911 y fue coordinador de su campaña presidencial en los distritos electorales de Toluca, Ixtlahuaca, El Oro, Sultepec, Tenancingo y Zinacantepec.

En la campaña del presidente Álvaro Obregón también actuó intensamente y el 12 de mayo de 1922, adelantándose a los tiempos, planteaba al citado general Obregón la necesidad de implantar los libros de texto básicos a partir de las aportaciones técnico-académicas de catedráticos mexicanos, ante la situación económica del país y el elevado costo que representaba para los alumnos y catedráticos adquirir libros importados para los diferentes niveles de educación. Esta acuarela, de manera indirecta, reivindica la vocación docente del profesor Ezequiel Portilla, que dada la fuerza de la tradición familiar sigue vigente en varios de sus descendientes que siguen trabajando con entrega en la tarea docente y educativa.



ESTACIÓN DEL FERROCARRIL TOLUCA-TENANGO

El polígono irregular, delimitado por las avenidas Hidalgo, Josefa Ortiz de Domínguez y Morelos, y por las calles González Arratia, Mariano Escobedo e Isabel la Católica, actualmente es ocupado casi en su totalidad por instalaciones del Instituto Mexicano del Seguro Social; a fines del siglo XIX y principios del XX fue la estación ferroviaria de Santa Clara, en donde salían y llegaban los trenes del ferrocarril suburbano de Toluca-Tenango.

La participación del grupo de empresarios Henkel vinculaba el ferrocarril al sistema de electrificación de los pozos de San Pedro Zictepec, que también era propiedad de ellos. Este ferrocarril había sido concebido desde 1886 en tiempos del gobernador José Zubieta y era un proyecto que pretendía ir desde Toluca hasta el río Balsas; su continuación hasta Tenancingo y Cuernavaca permitiría conectarlo con el ferrocarril morelense hasta el Pacífico. Sin embargo, solo llegó hasta Atla, nombre apocopado de Atlatlahuca, pequeña población cercana a Tenango del Valle.

El primer tramo del citado ferrocarril, comprendido entre la ciudad de Toluca y la villa de Metepec, fue inaugurado el 28 de enero de 1884; en tanto que el ferrocarril hasta Tenango se estrenó el 12 de septiembre de 1897; nada queda de aquel servicio y aquella estación, a excepción de la calle diagonal por donde partían y arribaban los trenes y que actualmente en su prolongación lleva el nombre de “28 de octubre”, en recuerdo que un día como ese, pero de 1810, el cura Miguel Hidalgo

salió rumbo a la Batalla del Monte de las Cruces, camino por el que no pasó, pues no existía. Al dejar de funcionar el ferrocarril de Tenango, el terreno identificado con el número 43 de la avenida Hidalgo quedó ocioso y en la década de los años cincuenta del siglo pasado fue sede de varias ferias del estado.

Durante el periodo gubernamental del ingeniero Salvador Sánchez Colín se promovió una feria que mostrara la pujanza industrial y los avances del campo; así, en mayo de 1956, en los terrenos de la antigua estación, abrió sus puertas la magna exposición con maquinaria agrícola, pabellones del Servicio de Extensión, de los Servicios Agrícolas Oficiales, de Guanos y Fertilizantes de México, de productos a concurso, huerta de frutales de clima templado; maqueta de conservación del suelo, cultivos en pie, métodos de riego y un buzón del agricultor; obvio que ahí estaban presentes los mecanismos de crédito agrícola y ejidal, el seguro y la defensa agrícola, los diferentes cultivos de maíz, trigo, frijol, sorgo, papa, hortalizas, frutas, forrajes y los clubes de Mejoramiento del Hogar.

Los estudiantes de la naciente Universidad Autónoma del Estado de México participábamos en diferentes laboras de aquellas ferias.

En esta acuarela se aprecia la singular cúpula de cristal del cercano Templo de Santa Clara, tan cercana al recuerdo de la gasolinera de la familia del autor de la acuarela.



EL EDIFICIO INSTITUTENSE

El 3 de marzo de 1828 se estableció el Instituto Literario del Estado de México en San Agustín de las Cuevas, actual Tlalpan, en la ciudad de México y anteriormente Distrito Federal.

El 29 de agosto de 1830, por Decreto del Congreso, se clausuró el Instituto Literario por el traslado de los Poderes a la ciudad de Toluca, ya que en el artículo 228 de la Constitución Política del Estado de México, expedida el 14 de febrero de 1827, se establecía que en el lugar de la residencia de los Supremos Poderes debería haber un Instituto Literario para la enseñanza de todos los ramos de instrucción pública, así fue como este se reinstaló en Toluca, la nueva capital del estado.

Desde el siglo XVIII existía en Toluca un edificio que había sido construido por el toluqueño Miguel Jerónimo Serrano, quien lo había donado para sede de un beaterio —concepto similar al de los beguinatos de Flandes establecidos desde el siglo XII—; a iniciativa de una monja carmelita, desde 1736 se pretendía fundar aquel beaterio en Toluca; la cesión del inmueble estaba condicionada a que fuera para ese fin, lo que no prosperó, aunque se mantuvo el nombre de Beaterio.

Al no cristalizar aquel colegio, el edificio fue reclamado por los herederos de Serrano; sin embargo, permaneció abandonado durante varias décadas y finalmente, por Decreto estatal 318 del 30 de mayo de 1833, se declaró propiedad del estado con todos los bienes que le pertenecían, señalando que cuando fuera posible se destinara para el Instituto Literario.

Así, el Instituto Literario se estableció en la enorme edificación que sobre la actual calle de Juárez tenía su extremo norte casi en la esquina de la actual avenida Morelos y el extremo sur por la calle del Calvario, hoy Gómez Farías. Sin exageración, era una de las construcciones más grandes de Toluca, como puede verse en el plano de 1817, elaborado por el teniente de caballería José Mariano Domínguez.

Por decisión del gobernador Mariano Riva Palacio, la parte norte de aquella construcción, que ya pertenecía al Instituto Literario, se destinó en 1851 para cárcel, dejando la parte sur para el Instituto; como no era pertinente que los presos y los estudiantes compartieran el mismo edificio, se abrió una calle de por medio, prolongando hacia el oriente la antigua calle de El Chapitel, llamada así por la capilla de la familia Serrano, consagrada el 8 de diciembre de 1771.

De esa manera surgió la prolongación de la vieja calle hasta el Templo de San Sebastián, que temporalmente se llamó Felipe Sánchez Solís, en honor del director del Instituto; ya en el siglo XX se llamó Álvaro Obregón y, actualmente, Instituto Literario.

Al modificarse el esquema, el edificio del Instituto —hoy Rectoría de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM)— quedó con su fachada principal con eje mayor oriente-poniente, como lo vemos ahora.



ANTIGUO INSTITUTO LITERARIO

Probablemente la fotografía más antigua que se conoce del edificio hoy ocupado por la Rectoría de la UAEM sea la que sirvió para realizar la acuarela en la que apreciamos el edificio aún inconcluso. Cuenta con un solo torreón, pues no aparece el del observatorio y falta parte de la cornisa superior; se trata evidentemente de una imagen que corresponde al siglo XIX, brillante, en el que docentes y alumnos tuvieron una destacada participación en la historia, inclusive del país; la presencia de personajes como José María Heredia, Ignacio Ramírez, Ignacio M. Altamirano y tantos otros así lo confirman.

En el lado derecho de la imagen se aprecia que aún no se modificaba el paño de la calle que, en 1906, con motivo del centenario del nacimiento de Benito Juárez fue ampliada a partir de ese punto hacia el sur.

Durante el Segundo Imperio los conservadores habían clausurado el colegio, le cambiaron el nombre por el de Instituto del Departamento de Toluca y lo mudaron al Exconvento del Carmen. En 1864 el ingeniero Manuel Palominos elaboró un proyecto para reparar el edificio del Beaterio y así regresar a los alumnos a su edificio; el emperador Maximiliano aprobó la obra, pero no se llevó a cabo por falta de recursos.

Un ícono de la instalación es el Árbol de la Mora, que, según un estudio hecho en 2003, se calcula que fue plantado en 1796. Un universitario, en sus tiempos de estudiante, escribió

Viejo árbol de la mora,
mi silencioso y noble amigo,
¿de cuántos amores fuiste testigo?
¿y cuantos secretos tu memoria atesora?

Bien me acuerdo que en mis juveniles días
fue tu sombra mi consuelo,
tu agridulce fruto mi alegría,
y cada una de tus ramas
una escalera al cielo.

El deshojado libro de mis recuerdos
tiene páginas teñidas con la sangre
de tus amores que endulzaron nuestros juegos,
de tus moras que mitigaron nuestra hambre.

Yo en los postreros días de mi vida,
mientras tú como siempre, altivo y sereno
Dime, ¿cuántos como yo seguirás viendo?
Y, ¿cuándo te podré ver yo, desde allá arriba?
Viejo árbol de la mora,
mi silencioso y noble amigo...

Ricardo C. Gómez Urueta

Al norte de la Mora estaba la alberca —inaugurada el 10 de marzo de 1945— con su función ambivalente: goce para los veteranos y suplicio para los novatos.



INSTITUTO CIENTÍFICO Y LITERARIO

Esta acuarela nos da una idea precisa del actual edificio de Rectoría, proyecto realizado por el arquitecto José Luis Collazo y ejecutado fielmente por el ingeniero Anselmo Camacho, imagen que hoy apreciamos.

Collazo se recibió en la Escuela Nacional de Bellas Artes en 1878, mismo año en que junto con Vicente Reyes realizó el monumento al cura Miguel Hidalgo, precisamente en Dolores, Guanajuato, y que con algunas variantes y con la participación de tres escultores se construyó entre 1885 y 1891, lapso en el que Collazo diseñó la fachada del Instituto.

En la estampa se aprecia ya el torreón que actualmente alberga al Museo-Observatorio Meteorológico, que con el nombre de Observatorio Mariano Bárcena se había fundado el 19 de marzo de 1882, el día del onomástico del gobernador del Estado de México, José Zubieta, quien se distinguió por el apoyo a la institución e hizo traer de Europa un vanguardista equipo y material que permitía hacer observaciones todos los días del año.

El nombre fue en honor de Mariano Bárcena, director del Observatorio Nacional de Tacubaya, quien fungió como asesor en la instalación del observatorio institutense; diez años después la dotación de instrumentos se había completado y funcionaba ya de una manera muy consolidada desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche.

En octubre de 1900, el presidente Porfirio Díaz inauguró la fachada del edificio y se colocó la primera piedra del Salón de Actas —después Aula Magna— con un proyecto del ingeniero Ignacio Guzmán.

La acuarela no muestra el monumento Plenitud y Senectud en honor de los directores y maestros que durante cien años habían actuado, pues fue diseñado para la celebración del centenario del Instituto en 1928, con un diseño del arquitecto Vicente Mendiola y del escultor Ignacio Asúnsolo; sin embargo, por falta de recursos fue inaugurado hasta 1933, con el apoyo del exinstitutense Eduardo Vasconcelos, entonces secretario de Gobernación del gobierno federal.

El Instituto, mediante la iniciativa de ley que aprobó la xxxvi Legislatura local el 31 de diciembre de 1943, obtuvo la autonomía, conociéndose familiarmente, a partir de esa fecha, como ICLA, siglas de Instituto Científico y Literario Autónomo, que en la primavera de 1956 se transformó en Universidad Autónoma del Estado de México. La dirección se convirtió en Rectoría, la oficina de mayor jerarquía que hoy funciona en el emblemático y entrañable edificio.

El incansable y jocoso actuar de los estudiantes no desaprovechaba el monumento para sus ingeniosas y a veces vejatorias novatadas.

Actualmente, el edificio tiene cuatro torreones, balaustrada y jardines de la Autonomía y Francés.



CÁRCEL CENTRAL

El 16 de septiembre de 1851 se inauguró la Cárcel de la Acordada en la actual esquina de Juárez e Instituto Literario, espacio hoy ocupado por un restaurante. Aquella cárcel fue acondicionada en una parte del edificio conocido como el Beaterio.

Esa enorme construcción colonial del siglo XVIII había sido construida por el acaudalado toluqueño Miguel Jerónimo Serrano, quien ante al proyecto de instalar un colegio para niñas beatas donó la edificación condicionada para ese fin. Al no cuajar aquella especie de *béguinage*, una mitad terminó siendo ocupada por la cárcel de la ciudad y la otra mitad fue sede del Instituto, con una calle de por medio: la antigua calle llevaba el nombre de El Chapitel, porque precisamente el 15 de agosto de 1771 se había consagrado su capilla con ese nombre, dedicada a la Gloriosa Asunción de Nuestra Señora la Virgen María.

Con dimensión equivalente al actual frente del edificio de Rectoría de la UAEM se construyó el muro sur de la cárcel, que muchos años sirvió a los alumnos del Instituto, y después de la Universidad, para pintas de protestas, proclamas y propaganda política estudiantil.

A raíz de su adaptación para cárcel, los presos que se encontraban en las Casas Reales o Consistoriales fueron trasladados a ese edificio.

En 1892 se hicieron algunas mejoras, pero siempre conservó la casa del alcaide a la izquierda, al frente un pequeño jardín y en su interior, además de las crujiás para hombres y mujeres, algunos talleres artesanales y un frontón. La tradición oral contaba que con frecuencia los reclusos que jugaban volaban la pelota hacia la calle, gritando: “bolita por favor”; un solícito viandante que estaba prevenido y muy atento amablemente mandaba la pelota hacia el penal, solo que se trataba de otra, rellena de yerba “para usos recreativos”, diríamos ahora.

Algo un tanto insólito era que en ocasiones grupos de estudiantes del Instituto, y después de la UAEM, cultivadores de las artes escénicas, daban funciones de teatro a los presos y también acudían a encuentros de basquetbol; visitas que se hacían después de cumplir con las reglamentaciones respectivas, pasando previamente ante los “esculadores”, cuyo oficio era hacer esas revisiones de rigor.

La después llamada Cárcel Central funcionó ahí durante 116 años.

La noche del 18 de agosto de 1967 salieron los últimos reclusos de la vieja cárcel para ser trasladados al nuevo centro penitenciario de Almoloya de Juárez, la llamada “cárcel sin rejas”, más tarde transformada en reclusorio de alta seguridad del Altiplano.



ANTIGUO MERCADO 16 DE SEPTIEMBRE

Lo que desde 1980 es el Cosmovital y Jardín Botánico fue hasta 1974 el antiguo Mercado 16 de Septiembre.

El viejo Mercado Riva Palacio que funcionaba desde 1851 estaba en lo que hoy es la Plaza González Arratia y provocaba el descomunal movimiento comercial que asombró al italiano Mario Appellius. En 1908 el H. Ayuntamiento de Toluca decidió desplazarlo de un lugar tan céntrico hacia el área del Templo del Carmen y la entonces fábrica de hilados y tejidos La Industria Nacional —hoy edificio Plaza Toluca—; esas dos instituciones, una religiosa y otra fabril, durante muchos años dieron intensa vida comunitaria al barrio del Carmen, uno de los de mayor tradición en Toluca.

La idea de remover el mercado obedecía a varias razones: alejar la agitada actividad mercantil que se daba al margen del viejo Portal Merlín, hoy Portal Reforma, construirlo al margen del río para facilitar el desalojo de desechos, enviarlo con su adyacente tianguis de los viernes a una orilla de la ciudad, así como acercarlo a la estación del ferrocarril.

Para su construcción fue elegido un rectángulo generoso con eje mayor orientado poniente-este.

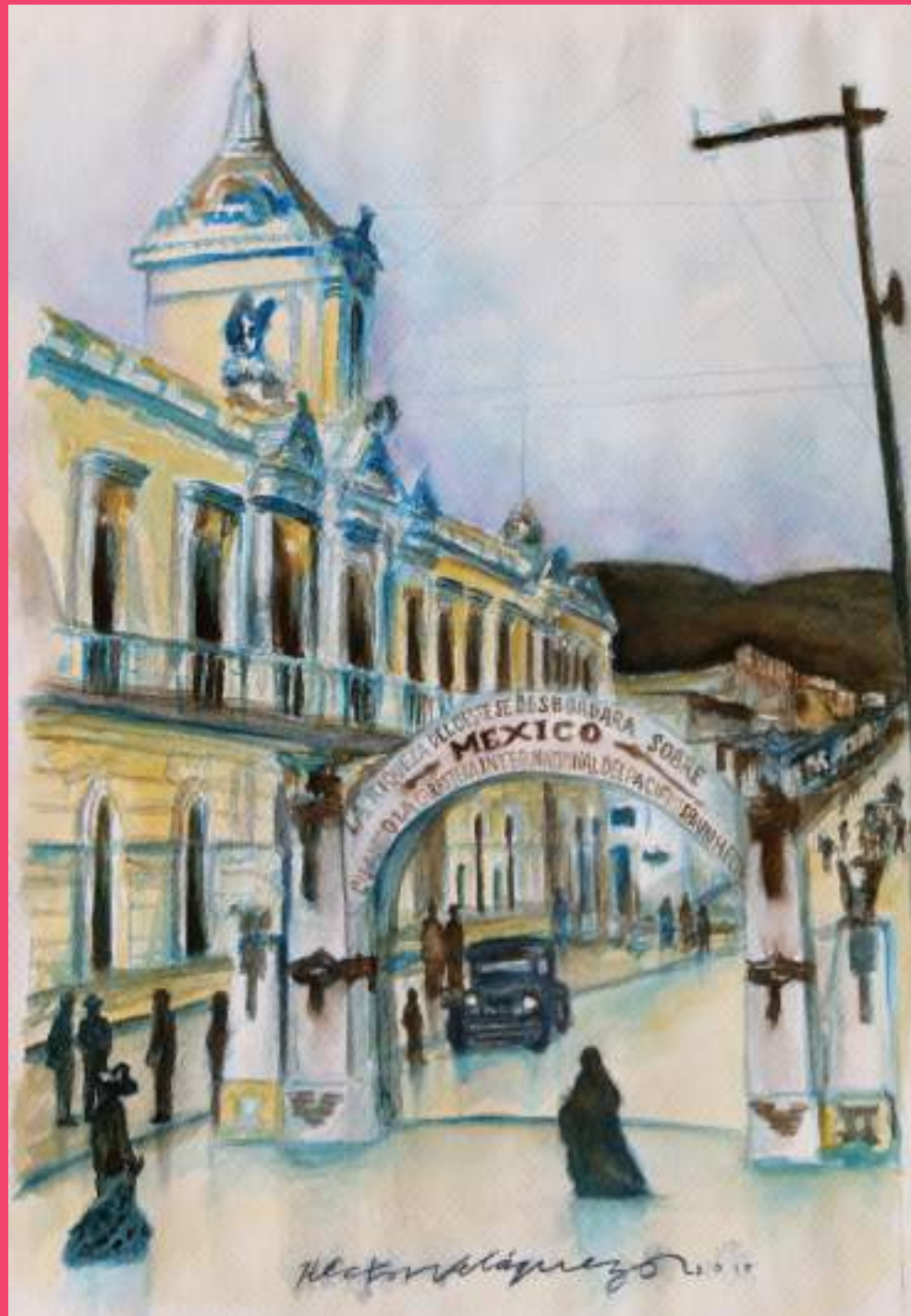
Al aprobarse la iniciativa se pretendía que estuviera concluido en septiembre de 1910 para celebrar las fiestas del centenario del inicio de la Independencia, lo que no ocurrió por el advenimiento de la Revolución mexicana.

Se comisionó al ingeniero Manuel Arratia, de la prestigiada y antigua Escuela de Puentes y Calzadas de París, para realizar los planos del proyecto y se convocó a concurso para la construcción de dicho mercado; la Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, S.A. presentó el mejor proyecto a juicio del jurado y con la que el Ayuntamiento firmó el contrato para la estructura metálica; la cotización que era de alrededor de setenta mil pesos terminó reduciéndose a sesenta y cinco mil, por la intensa competencia entre los participantes.

En febrero de 1909 se iniciaron los trabajos, no obstante, la magnitud de la obra y la adversidad de las circunstancias de diferente índole fueron difiriendo la fecha de terminación hasta la administración del presidente municipal Manuel Sánchez (1934-35), cuando le fueron colocadas las águilas, algunas vidrieras y el piso de granito, lográndose por fin la apertura del ansiado mercado que funcionó durante cuarenta años.

En 1975 fue construido el nuevo mercado que con el mismo nombre de Mercado 16 de Septiembre se erige a unos metros de la bella construcción metálica, que con un proyecto plástico del maestro Leopoldo Flores hoy es el sitio cultural más visitado de Toluca.

HÉCTOR VELÁZQUEZ QUIJADA



ARCO EFÍMERO DE LA CARRETERA INTERNACIONAL

En cumplimiento del Decreto número 4 del 29 de septiembre de 1931, en 1932 se comenzó la construcción de la porción estatal de la Carretera Internacional, contando con un apoyo otorgado por el presidente de la República, Pascual Ortiz Rubio, consistente en un significativo aumento de quince mil pesos mensuales para el ambicioso proyecto del tramo Toluca-Zitácuaro, que después permitiría conectar a Toluca con el occidente de México.

En esta acuarela vemos frente al Palacio de Gobierno un efímero arco triunfal erigido con motivo de tal proyecto.

El carácter “triumfal” de aquellos arcos se lo daba el hecho de estar dedicados a los méritos de alguien o al honor del suceso por el que se erigían.

En la época del Imperio romano se reconocía a los generales que se habían hecho acreedores del *triumphus* otorgado por el senado, y el personaje honrado marchaba victorioso a través del ojo del arco, en cortejo, acompañado de sus tropas; de aquellos arcos fijos derivaron otros efímeros que se levantaban por algún motivo singular.

Con motivo del inicio de la Carretera Internacional en lugares estratégicos se erigieron estos arcos de vida fugaz, que indirectamente homenajearon a la autoridad que hacía posible aquella trascendental obra que unía a Toluca hasta con la frontera norte, por el lado de Nogales, Sonora, para enlazarse con caminos fronterizos de la Unión Americana.

En el Estado de México, y particularmente en la ciudad de Toluca, comenzaba lo que hoy se suele denominar *conectividad*.

Debido a la Carretera Internacional la Alameda fue dividida en dos, con un camellón en medio para facilitar la salida hacia Morelia; el kilómetro cero se ubicaba en el costado oriente de dicho parque, avanzando por lo que hoy es avenida Hidalgo poniente, que durante algún tiempo se llamó Carretera Internacional, que en su tramo urbano a muchos viajeros los hacía atravesar Toluca de punta a punta desde el monumento a la Bandera hasta el Parque Guelatao, creado en 1906 a iniciativa de don Silvano García.

Como resultante de la Carretera Internacional se empezó a cristalizar la urbanización del poniente de la ciudad, desarrollándose el proyecto que desde 1918 habían elaborado los ingenieros Enrique de Silva y Luis Mendizábal y V.

El trayecto de la Carretera Internacional por el Estado de México fue intensamente transitado y contribuyó de manera indirecta al desarrollo turístico del estado de Michoacán, así como a su distribución maderera y a las obras del Sistema Hidroeléctrico Miguel Alemán, hoy instalaciones vinculadas al Sistema Cutzamala con el giro de dotación de agua y no de generación de energía eléctrica.



AVENIDA DE LA INDEPENDENCIA

La calle que se fuga en la perspectiva profunda de esta acuarela es nada menos que la avenida de la Independencia vista de oriente a poniente a partir de Juárez y cuyo remate final es el edificio ocupado actualmente por el Tribunal Superior de Justicia.

El arco de vida pasajera que se observa en el primer plano corresponde a la inauguración de la Carretera Internacional; el punto de ubicación es al lado de la Casa de las Diligencias; la fecha, primeros años de los treinta del siglo pasado.

La avenida de la Independencia fue la antigua calle Real; como se sabe, durante el periodo novohispano la palabra *real*, que alude obviamente al rey y a la realeza, tuvo un gran uso, es entonces un término típicamente monárquico.

A las casas sedes del poder público se les llamó Casas Reales; a una vía construida por el gobierno y que ponía en comunicación a varios pueblos importantes se le llamó Camino Real; al fisco se le decía la Real Hacienda; a ciertos derechos que se pagaban se les denominó Quinto Real; a los poblados con yacimientos minerales se les conoció como Reales de Minas; y a la arteria principal de un asentamiento humano de la época: Calle Real, en donde obviamente vivían los vecinos más prominentes. La sede del gobierno municipal estaba sobre esta importante arteria y también la terminal de los carruajes ya señalada.

El letrero colgante que se aprecia al lado derecho, con el anuncio de un conocido *cognac*, perteneció a la negociación conocida como La Aduana Vieja, nombre que le venía porque ahí había estado la aduana durante el periodo novohispano, igual que en la ciudad de México, y por la misma razón se le llamó Aduana Vieja a la actual calle de 5 de febrero.

La Aduana Vieja fue una importante tienda de abarrotes, vinos y ultramarinos que perteneció a don Pedro Díaz Toca y después, como lo indica el anuncio, fue adquirida por los hermanos José y Celestino Dosal Revueltas, quienes en los años cuarenta del siglo xx le cambiaron el nombre por el de Mercantil de Toluca, S.A., negocio que comercializaba diferentes marcas de alcohol, provenientes de los ingenios más prestigiados del país.

Desde principios del siglo xx, la avenida de la Independencia tuvo gran desarrollo porque era la vía que comunicaba a la estación del ferrocarril con el primer cuadro, es decir, el centro administrativo y político de la ciudad.

El tránsito de personas y de vehículos, en ambos sentidos, intensificó el comercio, razón por la cual hubo negocios muy importantes de todos los ramos; ninguna calle tenía números de su nomenclatura domiciliaria urbana tan elevados como los de esa avenida.

RICARDO BARRAZA SÁNCHEZ ARMAS



CINE COLISEO

Un entrañable edificio de la ciudad de Toluca construido en estilo *art déco* —que predominaba en esa época— e inaugurado por el gobernador Wenceslao Labra el 25 de agosto de 1939 fue el que llevó sucesivamente los nombres de Coliseo Revolución, Teatro Revolución y Teatro Municipal.

Ante el empuje del cine que se imponía rápidamente, aquel teatro se convirtió en flamante sala cinematográfica con el nombre de Cine Coliseo, nombre con el que funcionó hasta su desaparición al inicio de la década de los ochenta, a pesar de las protestas y oposiciones que fueron manifestadas en su oportunidad, lugar que sigue siendo añorado por los viejos toluqueños.

Este cine, cuyos teléfonos eran Ericsson 20-18 y Mexicana 7, tenía su frente hacia la calle de la Libertad —donde hoy está la réplica del pórtico, al sur de la plaza González Arratia— y en su parte posterior estaba la calle de Nigromante, que se prolongaba hasta el Portal Reforma.

El cine estaba flanqueado por las calles de Riva Palacio (hoy Bravo norte) y 5 de febrero, esquinas en donde hubo dos establecimientos muy populares: la dulcería Usher y la fuente de sodas El Globo, que ofrecía los novedosos *ice cream soda*, *banana split*, Tres Marías, leches malteadas y su novedosa rocola, con los asomos de la música norteamericana de la posguerra.

Durante el periodo del presidente municipal Manuel Sánchez (1934-35) el único teatro que existía en la ciudad era el Teatro Principal,

en ese momento surgió la idea de construir un teatro más moderno, aun cuando no había recursos para tal objetivo; por coincidencia, sucedió que un toluqueño, el señor Prócoro Moreno, obtuvo un jugoso premio en la lotería, por lo que se llegó a un acuerdo para que él financiara la obra, costo que el Ayuntamiento, en su momento, reembolsaría.

Ingenieros y arquitectos renombrados como Harmodio de Valle Arizpe y Vicente Mendiola Quezada participaron en el proyecto. Las armaduras de hierro se trajeron desde la ciudad de Monterrey, el tabique especial se fabricó en Santiago Miltepec y de la capital del país fueron los recubrimientos y adornos metálicos, como lo dictaba el estilo que dominó en esa época.

La historia de aquel cine-teatro fue novelesca desde su nacimiento: sus cuatro décadas de exhibir cine mexicano de la época de oro y de Hollywood; su muerte, que no fue natural, sino inducida por una mala decisión. Las últimas películas que se exhibieron fueron *La venganza del matón* y *El niño y la estrella*.

La acuarela en cuestión nos deja ver también un elegante arbotante del alumbrado público que prevaleció por muchos años, un poste de las líneas telegráficas que igualmente prestaron vital servicio de comunicación y una esquina de dos portales que dan referencia de las proporciones arquitectónicas de estos y del edificio dedicado a las artes escénicas.

IVONNE DE LA SOTA RIVA ECHÁNOVE



TOLUCA ANTIGUA, 1940

En Toluca, los años cuarenta representaron una época sin precedentes. En su obra, la acuarelista ha retomado una escena callejera que a mediados del siglo pasado era común; en ese tiempo, el mercado fijo más importante de Toluca era el antiguo 16 de Septiembre, que ocupaba el edificio que hoy es el Cosmovitral y Jardín Botánico, a cuyo alrededor se desparramaba el tianguis de los viernes.

Alrededor de aquel mercado se dispersaban pequeñas terminales de autobuses foráneos, que no eran otra cosa más que simples corralones, a donde arribaban o partían miles de compradores y vendedores.

Los viernes, desde muy temprano, se notaba la gran agitación urbana que aquel día de mercado provocaba, movimiento que no paraba hasta que los mercaderes daban por concluida su jornada.

Los viandantes que se regaban por diferentes calles de la ciudad, como la mujer que ilustra esta acuarela, asumían diversos comportamientos; algunos, procedentes de lugares cercanos, llegaban a vender generalmente productos primarios de la milpa o la huerta y con la venta adquirían artículos que en sus pueblos no podían conseguir; otros traían productos artesanales de diferentes ramas, principalmente alfarería, cestería, lapidaria, entre otros.

Muchas damas toluqueñas acudían caminando al tianguis; acompañadas de un cargador, iban a comprar sus artículos para el abasto

de la semana; gradualmente se iban llenando los enormes canastones e, igualmente, regresaban a pie hasta sus hogares.

Aquel comercio no se reducía a productos elaborados; no faltaba la compra-venta de animales de especies menores como pollos o conejos vivos, o bien animales recién extraídos del río Lerma y sus ciénagas: pescado blanco, ranas, acociles, patos y muchos otros ejemplares de nuestra fauna lacustre.

Las escenas callejeras de este tipo hacían felices a los turistas norteamericanos, que en la época de la Segunda Guerra Mundial acudían al pintoresco *indian market* de Toluca y, además de adquirir los populares *mexican curios*, capturaban en sus cámaras fotográficas aquel sorprendente cúmulo de estampas.

Por ello resultaba común ver por las calles a turistas que lo mismo podían llevar un sombrero charro que una guitarra, un títere o unas maracas, un sarape o un balero; pero también, durante cualquier viernes, era cotidiano mirar a los vecinos y habitantes, principalmente del valle de Toluca, quienes podían llevar un metate o un molcajete, una cazuela molera o un acocote, un ramo de flores o un manojo de verduras, un barrilito pulquero o un chiquihuite, o incluso, hasta ir arriando un puerquito. Todo aquello era una auténtica invitación para escritores y pintores costumbristas.



ANTIGUA CALLE DEL MAÍZ

Esta legendaria calle de Toluca fue conocida como calle del Maíz, porque ahí se vendía ese cereal tan representativo del valle de Toluca y tan utilizado para la comida tradicional. No debe olvidarse que los matlatzincas en su lengua llamaron a Toluca: Nepintaihui, que significa “la tierra del maíz”.

Esta acuarela nos muestra una vista de aquella calle que después, al igual que la Plaza de la Constitución de la capital del país, adoptó el mismo nombre, aunque ya no se refería a la Constitución de Cádiz, como en el caso de la Ciudad de México, sino a otro ordenamiento constitucional posterior.

La acuarela que ilustra la escena de este libro permite contemplar una vista de norte a sur de este andador —que los puristas prefieren decir *andadero* para distinguirlo del *andador*, que es quien anda dando pasos— en donde hay un remate visual, consistente en una hermosa casa toluqueña, una de las pocas con destellos del estilo *art nouveau* y que afortunadamente todavía se encuentra en condiciones de conservación verdaderamente excepcionales.

Un dato curioso es que precisamente en una vieja casa de la calle del Maíz el empresario de espectáculos Francisco Díaz Salcedo solía recurrir a innovaciones en sus programas, por ejemplo: en 1883, antes de sus funciones lanzaba boletos de entrada desde un globo; previo a sus

funciones de teatro quemaba bengalas, encendía bombas y corredizos, también conocidos como buscapíes; presentaba un rico repertorio de alrededor de quinientas novedosas vistas estereoscópicas de diferentes partes del mundo al precio de dos reales y con derecho a premios de juguetes, tápalos, perfumes, mascadas, pañuelos y demás.

Mucha gente, aprovechando que el ferrocarril México-Toluca se había puesto en servicio, venía desde la capital y ese era un atractivo.

Actualmente en esa calle existe un bello edificio ocupado por un banco, cuya fachada deja ver una virtual división producto de una ampliación y donde la parte norte es más antigua; ahí, el 2 de agosto de 1897 abrió sus puertas el Banco del Estado, primer banco de Toluca. El 20 de octubre de aquel año el presidente de la República, general Porfirio Díaz, hizo una visita y firmó un corte de caja extraordinario que mostraba lo saludable de las finanzas públicas. Tres meses después de su apertura emitía su primer billete, pues gozaba de la facultad de emisión con garantía de oro.

La pacífica calle de Constitución, a finales de marzo de 1950, vivió una agitada tarde cuando se suscitó una explosión en la esquina de los portales Madero y 20 de Noviembre, justamente en donde hoy se localiza una conocida óptica.



ESQUINA DE LIBERTAD Y MELCHOR OCAMPO

Los principios de *égalité, fraternité y liberté*, vinculados íntimamente con la Revolución francesa de 1789 y con la masonería, trascendieron en la nomenclatura de la Toluca decimonónica, cuando calles importantes fueron denominadas respectivamente: Igualdad, Fraternidad y Libertad.

Este último nombre fue el elegido para la actual avenida Hidalgo, en el tramo comprendido entre la calle de Rayón y la Alameda o Parque Cuauhtémoc, nomenclatura que perduró durante varios años y que dio lugar a nombres de comercios como la legendaria panadería La Libertad, negocio que remonta su fundación al año 1933 por parte de un visionario empresario de origen catalán y que subsiste en manos de la misma familia, ahora en el ramo de la pizzería.

La arteria ha sufrido varios cambios de nombre; en un tiempo, cada cuadra se llamaba diferente, por ejemplo, el primer plano que muestra esta acuarela fue la calle de Huertas; la casa que alberga hoy un museo en la piedra clave de su puerta ostenta el número 3, es decir, Huertas No. 3; la calle también se llamó Jesús Carranza y, finalmente, Libertad, antes de ser Hidalgo poniente, como hoy la conocemos.

La esquina que se aprecia en la acuarela ofrece una vista de poniente a oriente; en primer plano se ven los dos pilares ornamentales que tenía la Alameda, rematados con sendos jarrones de barro —seguramente de

alfarería de Metepec—, similares a los que adornaron bardas, templos y atrios.

La anchura de la calle permite imaginar que la escena fue captada antes de la ampliación de la calle en su acera norte y de que la Alameda fuera partida en dos por la apertura de la Carretera Internacional, que inclusive dio lugar a un camellón en donde en 1941 se colocaron los monumentos a los generales José Vicente Villada y Agustín Millán, que pueden verse en fotografías de colección.

Por tiempo muy breve la calle Libertad se llamó también Jesús Carranza, arteria que se prolongaba hasta el comienzo del Parque Guelatao, concebido por don Silviano García y puesto en marcha con la participación de los escolares de la Escuela Urbano Fonseca y los de la Escuela de San Mateo Oxtotitlán el 21 de marzo de 1906, año del centenario del nacimiento de don Benito Juárez, nombre que enorgullecía a don Silviano y cuyo lugar de nacimiento —Almoloya— lo llevaba.

En la calle Libertad hubo negocios muy queridos: la Ferretería Tanamachi, la papelería Agencia Mexicana del señor de la Mora, la farmacia Del Rincón, sellos de goma, Librería Ibáñez, la armería Guadarrama, la cantina La Ópera, la XXII Zona Militar, las oficinas del Correo, los consultorios de los doctores Efraín Díaz Arizmendi, Eduardo Vilchis y José Mejía Rosas, entre tantos vecinos más.



ANTIGUA ESQUINA DE RIVA PALACIO E INDEPENDENCIA

La actual esquina de la calle Bravo norte —antes Riva Palacio— con la avenida Independencia es el remate del Portal Reforma, que antiguamente se llamó Portal Merlín, en honor a su constructor el cura Buenaventura Merlín, quien fuera párroco de Toluca e iniciador de la Catedral.

En lo que fuera la esquina noreste del Mercado Riva Palacio, después llamado Mercado Hidalgo o mercado viejo, estuvo la tienda de abarrotes con razón social I. Peñaloza, como reza el llamativo letrero de esta acuarela, propiedad de don Inocente Peñaloza, comerciante de abarrotes e industrial de refrescos, padre del maestro del mismo nombre, muy reconocido por su abundante y extraordinariamente cuidada producción escrita durante su ejercicio como cronista de la Universidad Autónoma del Estado de México, y quien curiosamente nació en una casa del portal de la cual se aprecia su balcón.

Don Inocente Peñaloza padre, emprendedor y audaz para los negocios, con gran visión se adelantó a los tiempos, considerando que ese sitio por ser demasiado céntrico ya no era apropiado para las características de su empresa; decidió entonces alejarse del concurrido centro y en 1939, en la calle de Felipe Villanueva número 3, esquina con Plutarco González, estableció su fábrica de aguas gaseosas El Nevado, que tenía una capacidad de producción de ocho mil refrescos

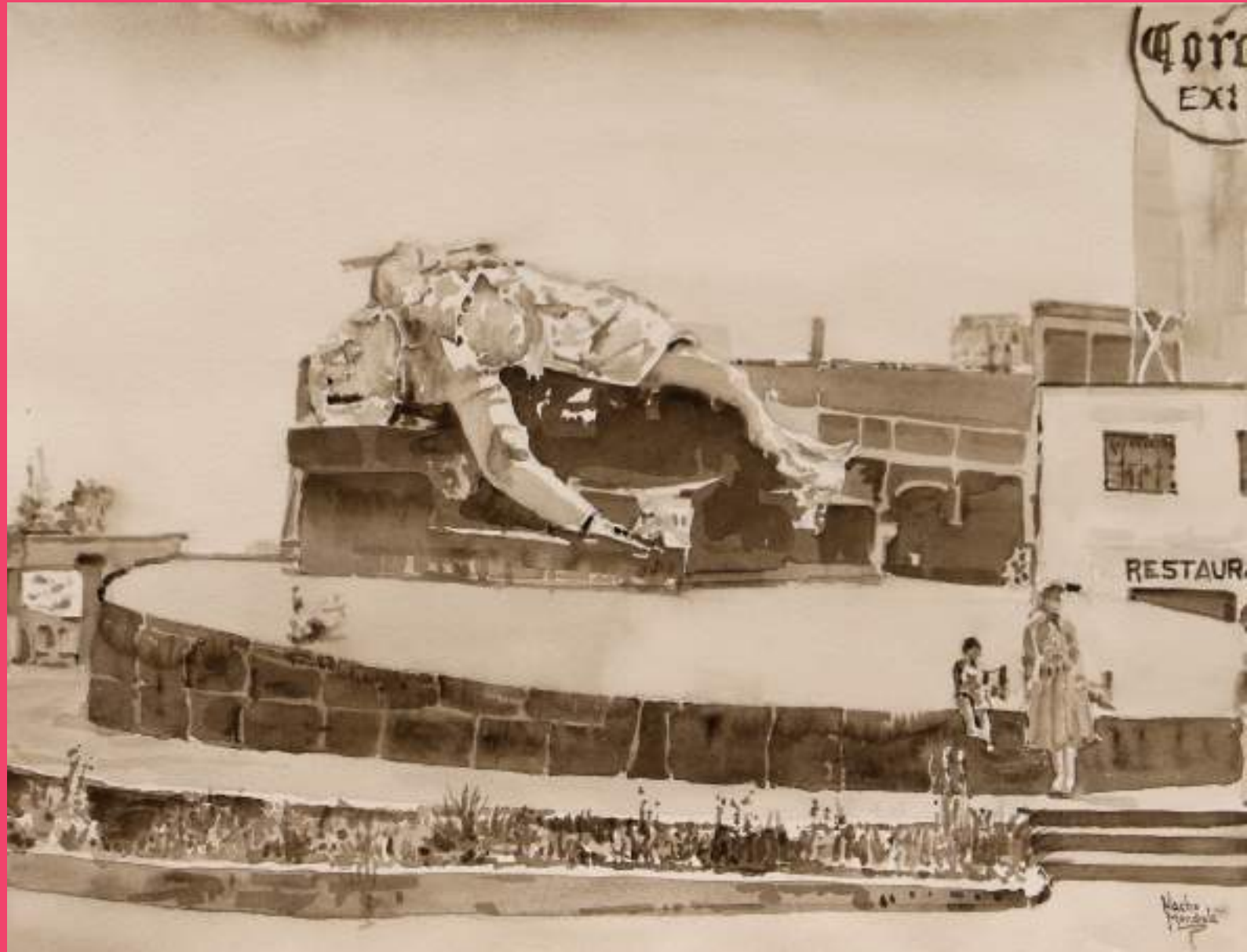
diarios, con la particularidad de estar envasados en botellas de canica que sellaban herméticamente, en lugar de corcholatas.

En el vértice que se ve en la acuarela, hacia el lado derecho, daba inicio una calle muy breve que terminaba a unos cuantos metros, en la esquina con 5 de febrero, calle que la nomenclatura le había impuesto el nombre de Santos Villa (1750-1811); hoy, en lo que fuera aquella diminuta calle se erige el monumento a la heroína doña Leona Vicario, dama que tenía antecedentes toluqueños por parte materna.

En el lado izquierdo de la acuarela se aprecia el Portal, justamente en la esquina que actualmente aloja a un prestigiado negocio de tortas que abrió sus puertas en 1944 a iniciativa de una familia de republicanos españoles que se quedaron a radicar aquí y que continúan cumpliendo con el mandato de “dar de comer al hambriento”.

En los años sesenta del siglo pasado, al realizarse la remodelación del primer cuadro de nuestra ciudad, se recortaron algunos arcos del Portal para alinearlos con el paño de la fachada de la Catedral, agregándole dos arcos por la avenida Independencia, que obviamente no están en la acuarela.

La imagen de esta acuarela permite también apreciar algunas escenas costumbristas de la época: indumentaria, carruajes, actividades rutinarias, semovientes y ciertos asomos publicitarios.



MONUMENTO A LOS NIÑOS HÉROES

El 13 de septiembre de 1957 en el ex aniversario de la defensa del Colegio Militar de Chapultepec el gobernador del estado, el ingeniero Salvador Sánchez Colín, inauguró este monumento, que hoy ha sido trasladado a la avenida Las Torres Solidaridad esquina con Paseo Colón. Recientemente se le han construido seis columnas con los nombres de los tenientes y subtenientes: Juan de la Barrera, Fernando Montes de Oca, Francisco Márquez, Agustín Melgar, Juan Escutia y Vicente Suárez, respectivamente.

Un hecho singular amerita hacer una digresión en el sentido de que el arquitecto Ramón Rodríguez Arangoiti, de gratos recuerdos para Toluca por sus destacados proyectos —antiguo Palacio de Gobierno, Palacio Municipal, Catedral, acondicionamiento del Palacio de Justicia en el antiguo hospital de los juaninos, la casa de los hacendados Barbabosa, la Escuela de Artes y Oficios, entre otras obras importantes—, fue también un alumno de fila defensor del Colegio durante la Invasión norteamericana; aquel 13 de septiembre cayó herido hacia el Jardín Botánico y pudo ser uno más de los llamados Niños Héros, recordados en el monumento que el propio Rodríguez diseñó y que se encuentra en Chapultepec, sin confundirlo con el realizado por el arquitecto Enrique Aragón Echeagaray, monumento que también se encuentra en las estribaciones del Cerro del Chapulín en la Ciudad de México.

El autor del monumento dedicado a los Niños Héros en Toluca fue el arquitecto Vicente Mendiola, con un trabajo escultórico del

artista Manuel Silva G. Originalmente había sido concebido para que se construyera adosado al Cerro de Coatepec —hoy Ciudad Universitaria—, representando precisamente la caída de aquellos héroes desde el cerro, tal como fueron abatidos; sin embargo, una decisión final consistió en colocar el monumento en una glorieta, a unos metros del antiguo Parque Guelatao, en la confluencia de las avenidas —aparentemente paralelas— Hidalgo y Lerdo poniente.

Al momento de la inauguración estaba en boga una canción mexicana titulada “La cama de piedra”, por ello el pueblo, en una de sus comunes muestras de ingenio y probablemente en forma más jocosa que irrespetuosa, le llamó así al monumento, al grado de convertirse en punto referencial.

Un par de días antes de que concluyera su gobierno, el licenciado Ignacio Pichardo Pagaza, el 13 de septiembre de 1993, acompañado por el entonces presidente Carlos Salinas de Gortari, reinauguró el monumento a los Niños Héros y el Colegio Militar en su nuevo emplazamiento, ubicado en el sitio ya señalado.

Hay opiniones en el sentido de que las ubicaciones que ha tenido el monumento, ajenas al propósito que tuvo el proyecto original, han demeritado un tanto el sentido y valor que sus autores quisieron impregnarle.

La acuarela muestra la escena de cuando era glorieta, al poniente de la ciudad.



ANTIGUO MERCADO HIDALGO

Durante las fiestas patrias de 1851 el gobernador del Estado de México Mariano Riva Palacio inauguró diferentes obras, entre ellas el primer mercado bajo techo que tuvo Toluca, que se encontraba dentro del perímetro que actualmente ocupa la Plaza González Arratia, el contorno dado por las avenidas Hidalgo e Independencia y las calles Bravo y 5 de febrero, terreno que había sido ocupado en siglos anteriores por el panteón para indígenas, parte importante del Convento Franciscano.

Tres décadas después, por la llegada del tren, el 14 de octubre de 1882 se expidió el Decreto número 83 del Congreso local, que autorizaba al Ejecutivo del estado, el licenciado José Zubieta, para convocar a una exposición de productos naturales, mineros, agrícolas, industriales, de ciencias y bellas artes, que tendría lugar en la ciudad capital a partir del 2 de abril de 1883.

Para el anuncio y promoción de aquella exposición se publicó especialmente el libro *La ciudad de Toluca, crónica de la exposición*, obra del destacado maestro institutense Isauro M. Garrido.

Terminada la exposición, el enorme predio volvió a funcionar como Mercado Riva Palacio y más tarde cambió de nombre, convirtiéndose en el Mercado Hidalgo,

El “mercado viejo”, como el pueblo lo llamó, en su lado frontal al Portal Reforma tuvo muchos comercios importantes, principalmente de

abarrotes, como El Fénix y El Gallo Blanco —la primera con molino de café y cantina—; las carnicerías La Playa y La Mina Flotante; zapaterías; la cantina La Flor de Tenancingo, famosa por sus cocteles “banderitas”; así como la entrañable fonda de Carlotita, quien siempre le tuvo trato de consideración a los estudiantes que no disponían de muchos recursos.

Por la calle de 5 de febrero igualmente fueron muy destacados los abarrotes Gama, la cantina El Nuevo Continente, la ferretería La Palma, imprentas, papelerías y hasta unos sanitarios públicos.

La parte norte del mercado era solamente una breve cuadra que a pesar de ser una prolongación de Independencia no llevaba ese nombre, sino el de Santos Villa, insurgente emparentado con el cura Hidalgo; ahí, además de ser la entrada para la estiba, también estaban las escaleras que conducían a la Dirección de Agricultura y Ganadería del gobierno del estado.

Alrededor de 1980 el mercado fue cerrado, con gran dolor de sus antiguos locatarios y de muchos clientes que vivían en el centro, cuando este era todavía residencial.

El Mercado Hidalgo sigue existiendo, ahora en la zona de las colonias Sor Juana Inés de la Cruz, Sánchez Colín y Electricistas.



ANTIGUA CASA DE LOS GOBERNADORES

Esta residencia, ya desaparecida, perteneció al industrial refresquero toluqueño Enedino Arévalo. Se localizaba en la esquina suroeste del actual cruce de las calles de Lerdo y Quintana Roo. Fue conocida como Casa de los Gobernadores porque ahí vivieron temporalmente dos gobernadores en los años cuarenta del siglo pasado. El predio, hoy desmantelado de construcciones, es un estacionamiento del Instituto de Seguridad Social del Estado de México (ISSEMYM).

En las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX la ciudad de México se afrancesó en la arquitectura, comercio, moda, gastronomía, literatura, corrientes artísticas y hasta en el uso de términos que por esnobismo guiaban a la élite social e intelectual.

La influencia francesa en la arquitectura mexicana provenía desde 1781 con la fundación de la Academia de San Carlos Borromeo en las nobles y bellas artes. La Intervención francesa y el Segundo Imperio remacharon esos influjos; ya en el siglo XX tratados como el de Gaudet y la contratación de arquitectos franceses como Émile Bernard y Maxime Roisin hicieron florecer diversas construcciones de gran valor.

En las ciudades llamadas *de provincia* se dieron reflejos de lo anterior y, guardando las proporciones de cada caso, hubo emulaciones e imitaciones. El arquitecto Carlos Obregón Santacilia, severo crítico de ciertas corrientes arquitectónicas, con cáustico comentario

señaló que había colonias en las que abundaban casas copiadas de modelos europeos o americanos, con techos inclinados en donde nunca resbaló la nieve y en donde remataban las principales residencias porfiristas sin más objeto que ponerse a la altura de las ciudades europeas, que algunos conocían solo en estampas. Los remates a base de planos inclinados o prismas invertidos solían estar interrumpidos con vanos verticales.

Este tipo de construcciones tuvieron apogeo en los años veinte, en terrenos donde las condiciones del suelo eran propicias para hacer adobes y quemar ladrillos; ahí mismo se elaboraban, lo que originaba socavones que se utilizaban para habilitar sótanos de generosas alturas que prácticamente eran un nivel subterráneo. La famosa vecindad del Hoyo —hoy en ruinas—, localizada en la esquina de León Guzmán y Humboldt, es un claro ejemplo de este tipo de construcciones.

Por otro lado, estas construcciones de adobe combinado con ladrillo se generalizaron más, cuando en agosto de 1921, hace exactamente un siglo, la famosa ladrillera La Huerta anunciaba que nuevamente estaba en posibilidades de atender pedidos de ladrillo hueco, ladrillo reprensado y ladrillo común, comercializado por Henkel Hermanos Sucesores en la calle de Libertad número 28.



CATEDRAL SIN CÚPULA

En esta acuarela observamos la Catedral de Toluca cuando aún conservaba colindancia con algunas construcciones civiles y todavía no estaba su enorme cúpula, la cual está construida sobre apoyos de torres huecas armadas en concreto y forradas con chapa de cantería.

La Catedral de Toluca tiene una historia singular, pues tuvieron que transcurrir más de ciento diez años entre el 12 de mayo de 1867 en que se colocó la primera piedra junto a la puerta de la Tercera Orden y el 11 de abril de 1978 en que fue consagrada. Como una cuestión anecdótica o de curiosa coincidencia, este máximo templo tiene algo de vida paralela con la Catedral de Madrid, que demoró también ciento diez años en terminarse y ser consagrada el 15 de junio de 1993 por el papa Juan Pablo II.

Tres proyectos arquitectónicos y varias suspensiones incidieron en la construcción de la de Toluca, pues su edificación se emprendió en mal momento: la promulgación de las Leyes de Reforma, las luchas intestinas entre conservadores y liberales, la creación del Registro Civil con su resultante en la reducción de ingresos de la Iglesia, entre otros contratiempos que perturbaron los planes.

El arquitecto Ramón Rodríguez Arangoiti realizó el proyecto, que con algunas modificaciones fue seguido mucho después. Fue hasta 1951, a partir de la creación de la Diócesis de Toluca, cuando realmente se

trabajó intensamente en la edificación, bajo la dirección del arquitecto Vicente Mendiola Quezada y con el tenaz impulso del primer obispo de Toluca, el doctor Arturo Vélez Martínez.

Para entonces, el sistema constructivo adoptado en lo sucesivo era mixto: de piedra tallada con alma de hierro y concreto.

Al nivel de +19.55 metros arrancan los arcos falsos de acero que son los que verdaderamente reciben todo el peso de la cúpula, mil trescientas toneladas y la transmiten como carga vertical, sin empujes peligrosos hasta las torres o apoyos.

Hoy, la enorme cúpula está coronada por una imagen de San José, bajo cuyo patrocinio religioso está Toluca.

El 11 de abril de 1978, coincidiendo con el xxvii aniversario de la consagración episcopal del doctor Arturo Vélez Martínez, se llevó a cabo la Solemne Consagración de la Catedral de Toluca, con la asistencia del cardenal Miguel Darío Miranda, monseñor Alberto Tricarico y el arzobispo de México, el doctor Ernesto Corripio Ahumada, ceremonial que no es común, pues la consagración de una catedral no es frecuente y este es un raro caso en el siglo xx.

Dos arquitectos: Vicente Mendiola Quezada, en Toluca, y Fernando Chueca Goytia, en Madrid —quien llegó a visitar Toluca—, pudieron decir: ¡por fin cada uno hemos construido una catedral!



FUENTES CONSULTADAS

- Aguayo, Fernando (2003). *Estampas ferrocarrileras, fotografía y grabado: 1860-1890*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Álvarez, Manuel Francisco (1922). *La Catedral de Toluca*. México: Imprenta de J. Ballezá.
- Aragón Echeagaray, Enrique (1953). *México: Ciudad multiforme*. México: Publicaciones Atlántida.
- Ariceaga, Javier (1995). *El Toluca de entonces. Relatos, vivencias y minucias de la Toluca de antes*. México: Gobierno del Estado de México.
- Ballesteros Vendrell, Carlos (2003). *Notas para la historia de la medicina en Toluca*. México: Secretaría de Salud - Instituto de Salud del Estado de México.
- Béligand, Nadine (2017). *Entre lagunas y volcanes. Una historia del Valle de Toluca (finales del siglo XV-siglo XVIII)*. 2 vols. Zamora: El Colegio de Michoacán, Gobierno del Estado de México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- Breve Historia de la Plaza Cívica de Toluca* (1977). H. Ayuntamiento de Toluca.
- Camacho Escamilla, Lorenzo (1953). *Guía 1953 de Toluca*. Toluca.
- Colín, Mario (1949). *Vía ancha México-Toluca-Acámbaro*. Toluca: Ediciones de la Cámara de Diputados.
- Colín, Mario (1965). *Toluca, crónicas de una ciudad. Antología*. México: Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.
- Correa González, Humberto Adolfo (2014). *La ciudad de Toluca. Anécdotas y recuerdos del comercio (1930-1940)*.
- Crespo, Ricardo (1992). *El Ranchito, 100 años en Toluca*. Edición privada.
- Crónica de la Feria de 1957*. Gobierno del Estado de México.
- De la Torre, Juan (1888). *Historia y descripción del Ferrocarril Nacional Mexicano*. I. México: Cumplido.
- Expo Toluca 200 años. Sucesos con destino. Catálogo (1799-1999). H. Ayuntamiento de Toluca (1997-2000).
- Fernández Orozco, Guillermo, María Teresa Jarquín Ortega y María Teresa Ocampo Camacho (2013). *La Catedral de Toluca*. Toluca: H. Ayuntamiento de Toluca.
- Flores Marini, Carlos (1980). "Toluca neocolonial". En *Cuadernos de arquitectura y conservación del patrimonio artístico*, 8, INBA.

- García Gutiérrez, Rodolfo (1970). *Cosas de Toluca. Testimonios de Atlacomulco*. México: Tenoch.
- García Gutiérrez, Rodolfo (1982). *Páginas dispersas*. México: Gobierno del Estado de México.
- García Luna, Margarita (1981). *La construcción del Ferrocarril de México a Toluca*. México: Universidad Autónoma del Estado de México.
- García Luna, Margarita (1985). *Toluca en el Porfiriato*. México: Gobierno del Estado de México y Universidad Autónoma del Estado de México.
- García Luna, Margarita (1999). *La ciudad provinciana de Toluca en los años cincuenta*, México: H. Ayuntamiento de Toluca.
- García Luna, Margarita (2010). *Las casas antiguas de mi ciudad*. México: Gobierno del Estado de México (colección Biblioteca Mexiquense del Bicentenario).
- García Martínez, Bernardo (1969). *El marquesado del Valle: tres siglos de régimen señorial en Nueva España*. México: El Colegio de México.
- Gómez, Filiberto (1930). “Informe que rinde el Ejecutivo del Estado a la H. Legislatura local el 1.º de marzo de 1930”. Toluca.
- “Historia de los servicios de agua potable, drenaje y saneamiento en el municipio de Toluca” (2000). H. Ayuntamiento de Toluca.
- Invitación Electoral (1900). Estados Unidos: Imp. de San Antonio Ptg.
- Katzman, Israel (1963). *La arquitectura contemporánea mexicana, precedentes y desarrollo*. México: INAH.
- Katzman, Israel (1993). *Arquitectura del siglo XIX en México*. México: Trillas.
- León, Nicolás (1969). *El convento franciscano de la Asunción de Toluca*. México: Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.
- López Morales, Francisco Javier (1987). *Arquitectura vernácula en México*. México: Trillas.
- McAndrew, John (1965). *The open-air churches of sixteenth-century Mexico: atrios, posas, open chapels, and other studies*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Mejía López, Marcos (2010). *Reposo en la Soledad. El Panteón General de Toluca*. México: H. Ayuntamiento de Toluca.
- Mendiola, María Luisa y Vicente Mendiola Quezada (1993). *Vicente Mendiola, un hombre con espíritu del Renacimiento que vivió en el siglo XX*. México: Instituto Mexiquense de Cultura.
- Novo Valencia, Gerardo (1984). *Guía turística de Toluca*. México: H. Ayuntamiento de Toluca (1982-1984).
- Novo Valencia, Gerardo (1998). *Breve reseña del comercio en Toluca*. Salón del Automóvil.
- Novo Valencia, Gerardo (2012). *Monumentos históricos y artísticos del municipio de Toluca*. México: H. Ayuntamiento de Toluca.

- Novo Valencia, Gerardo (2013). *La nomenclatura de Toluca. Un recorrido por su historia*. México: H. Ayuntamiento de Toluca.
- Novo Valencia, Gerardo (2019). *Algunas efemérides toluqueñas acontecidas entre 1519 y 2013*. México: H. Ayuntamiento de Toluca.
- Novo Valencia, Gerardo (2020). *Algunas Efemérides toluqueñas acontecidas entre 1520 y 2019*. México: H. Ayuntamiento de Toluca.
- Obregón Santacilia, Carlos (1952). *Cincuenta años de arquitectura mexicana (1900-1959)*. México.
- Olvera Avelar, Carlos. “Crónica Toluca” (diversos artículos, publicados en *El Sol de Toluca*).
- Peñaloza García, Inocente (2001). *Toluca, sucesos del siglo XX*. México: UAEM.
- Peñaloza García, Inocente (2003). *El antiguo Beaterio de Toluca*. México: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Peñaloza García, Inocente (2003). *Verde y Oro. Crónica de la Universidad Autónoma del Estado de México*. México: UAEM.
- Peñaloza García, Inocente (2018). *El Beaterio de Toluca. Tradición colonial. Documentos que prueban su existencia*. México: UAEM.
- Pérez, Ramón (1970). *Toluca anecdótico*. México, Cuadernos del Estado de México.
- Pérez, Ramón (1974). *Estampas Toluqueñas*. México, Gobierno del Estado de México.
- Ramírez de Alba, Horacio (1991). *La construcción en el Estado de México*. México: Gobierno del Estado de México y El Colegio Mexiquense, A.C.
- Rivera Cambas, Manuel (1957). *México pintoresco y monumental*. Tomo III (edición facsimilar de la de 1883). México.
- Robinson Wright, Marie (1910). *Mexico. A history of its progress and development in one hundred years*. Philadelphia: George Barrie & Sons.
- Romero Álvarez, Juan Guillermo (2000). *Ramón Rodríguez Arangoiti, arquitecto del siglo XIX*. México: H. Ayuntamiento de Toluca.
- Romero Quiroz, Javier (1980). *La ciudad de Toluca, capital del Estado de México*. México: Gobierno del Estado de México.
- Salinas Alanís, Miguel (1965). *Datos para la Historia de Toluca*. México: Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.
- Salinas Alanís, Miguel (1988). *Toluca: la plaza de los Mártires*. México: Consejo Cultural de Toluca.
- Sánchez Arteche, Alfonso (2013). *Las siete Toluca y otros ensayos*. México: H. Ayuntamiento de Toluca.
- Sánchez Arteche, Alfonso y Cristian Reynoso Rodríguez (2015). *Álbum de los Constituyentes del Estado de México (1916-1917)*. Toluca: Gobierno del Estado de México-Fondo Editorial del Estado de México.
- Sánchez García, Alfonso (1978). *De mercado del Centenario a Jardín Botánico*. México: H. Ayuntamiento Constitucional de Toluca.

- Sánchez García, Alfonso (1978). *Ditirambo a los Portales de Toluca*. México: H. Ayuntamiento Constitucional de Toluca.
- Sánchez García, Alfonso (1981). *El Paseo Colón de Toluca*. México: H. Ayuntamiento de Toluca (1979-1981).
- Sánchez García, Alfonso (1981). *La Plaza González Arratia, monografía humana y en piedra de un pedazo de Toluca*. México: H. Ayuntamiento de Toluca.
- Sánchez García, Alfonso (1987). *Toluca monumental*. México: Gobierno del Estado de México y H. Ayuntamiento de Toluca.
- Sánchez García, Alfonso (1990). *Toluca en la mirada* (introducción, selección y fichas). H. Ayuntamiento de Toluca.
- Sánchez García, Alfonso y Alfonso Sánchez Arteche (1999). *Monografía municipal de Toluca*. México: Instituto Mexiquense de Cultura.
- Sentíes E., Yolanda (2000). *Charlas con Octavio Sentíes Gómez*. México: UAEM.
- Serrano Barquín, Héctor (coordinador) (2016). *Arquitectura vernácula y tradicionalista en el Estado de México*. México: Fondo Editorial del Estado de México.
- Ulloa, Miguel (1883). *Memoria de la Primera Exposición en la capital del Estado de México*. Toluca: Edición Oficial.
- Varios autores (2012). *Toluca a 200 años de las Cortes de Cádiz*. México: Gobierno del Estado de México, UAEM, H. Ayuntamiento de Toluca.
- Varios autores (1996). *Toluca, Capital de altura*. México: H. Ayuntamiento de Toluca.
- Varios autores (1996). “Toluca: su historia, sus monumentos, su desarrollo urbano” (curso impartido por la UAEM y el H. Ayuntamiento de Toluca).
- Varios autores (1997). *El Sol de Toluca, 50 años, un diario, una ciudad*. Toluca.
- Velázquez, Gustavo G. (1972). *Toluca de Ayer*. Tomos I y II. México: Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.
- Velázquez, Gustavo G. (1983). *José María González Arratia*. México: Gobierno del Estado de México.
- Vélez Orozco, Josefina y José Yurrieta Valdés (1998). *Carlos A. Vélez, 1879-1957. Vida y obra. Antología*. México: UAEM.
- Venegas, Aurelio J. (1979). *El Instituto Científico y Literario del Estado de México* (Edición facsimilar de la de 1927).
- Venegas, Aurelio J. (1993). *Guía del viajero en Toluca* (primera edición facsimilar). México: Instituto Mexiquense de Cultura.
- Villegas, Víctor M. (1942). *Hierros coloniales en Toluca*. Toluca: Escuelas de Artes y Oficios del Valle de México (EDAYO).
- Villegas, Víctor M. (1957). *La casa colonial popular de Toluca*. México: Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas (26), UNAM.
- Wyseur, Marcel (1954). *Gand et ses béguinages*. Gand, Bélgica: Snoeck-Ducaju & Fils.
- Yurrieta Valdés, José (1999). *El Instituto. Crónica de un edificio*. México: La Tinta del Alcatraz (La Hoja Murmurante).
- Zincunegui Tercero, Leopoldo (1971). *¡Toluca la bella! Toluca en mis recuerdos*. México: Ediciones lzt.





ACUARELAS DE LA TOLUCA DESAPARECIDA.

Encuentros y diálogos entre la vista y la memoria, de Gerardo Novo Valencia, Benito Nogueira Ruiz y Ricardo Barraza Sánchez Armass (coordinadores), se terminó de imprimir en abril de 2022 en Jano S.A. de C.V., Ernesto Monroy núm. 109, Col. Exportec II, C.P. 50223, Toluca, México. Para su reproducción se utilizó papel couché mate de 130 gramos. El tiraje consta de 200 ejemplares. Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras. Corrección de estilo: Silvia Martínez García, Alejandro Ostoa y María José Gallardo Rubio. Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis. Formación: Eva Laura Rojas Almazán. Diseño de portada: Luis Maldonado Barraza.

Editor responsable
JORGE EDUARDO ROBLES ALVAREZ

 Dirección de
Publicaciones
Universitarias

R. Barraza
17

